



**LA REINVENCIÓN DEL PASADO
LA MASACRE DE LAS BANANERAS EN LA
PRODUCCIÓN CULTURAL DE LOS AÑOS SESENTA**

LAURA SOFÍA FONTAL GIRONZA

**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y ECONÓMICAS
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS SOCIALES
PROGRAMA ACADÉMICO DE SOCIOLOGÍA
UNIVERSIDAD DEL VALLE**

2015



**LA REINVENCIÓN DEL PASADO
LA MASACRE DE LAS BANANERAS EN LA
PRODUCCIÓN CULTURAL DE LOS AÑOS SESENTA**

LAURA SOFÍA FONTAL GIRONZA

**INFORME DE INVESTIGACIÓN PRESENTADO PARA OPTAR
AL TÍTULO DE SOCIÓLOGA**

**DIRECTOR DE TRABAJO DE GRADO:
ALBERTO VALENCIA GUTIERREZ**

**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y ECONÓMICAS
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS SOCIALES
PROGRAMA ACADÉMICO DE SOCIOLOGÍA
UNIVERSIDAD DEL VALLE
CALI, 2015**

A la memoria de Elmo y Lilia

CONTENIDO

CONTENIDO	3
INTRODUCCIÓN	6
CAPÍTULO 1	
PRESENTACIÓN DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN	11
1.1.Los años sesenta y la posibilidad de reescribir el pasado nacional	11
1.2.Los sucesos de las bananeras en la producción cultural de 1960.....	13
1.3.La literatura y el teatro como fuentes para la investigación	18
1.4.Marcos temporales de rememoración.....	20
1.5.Hacer memoria para dotar de sentido el pasado reciente y el presente	21
CAPÍTULO 2	
REFERENTES TEÓRICOS Y CONCEPTUALES	25
2.1.Memorias, significados y sentidos	25
2.2.Los usos de la memoria colectiva	27
2.3.Memoria colectiva, memoria individual y memoria histórica	29
2.4.Memorias, representaciones sociales e identidad.....	32
2.5.Memorias oficiales y memorias subalternas: la lucha por la legitimidad.....	34
2.5.1.Reivindicaciones de memorias subalternas.....	37
2.6.La literatura como vehículo de la memoria	39
2.7.Balance de estudios sobre el tema.....	42
2.7.1.Estudios específicos: las bananeras en la literatura.....	47
CAPÍTULO 3	
EL FINAL DE LOS AÑOS VEINTE Y LA MASACRE DE LAS BANANERAS	50
3.1.Algunas consideraciones sobre los años veinte	50
3.2.Acerca de la huelga y la masacre de las bananeras	55
3.2.1.La economía bananera	55
3.2.2El conflicto laboral en la zona bananera.....	59
3.2.3El relato de la masacre	61
CAPÍTULO 4	
TRES DÉCADAS PARA UN RELATO, LA RUTA HACIA LOS AÑOS SESENTA.....	67

4.1. Entre la República liberal y la Violencia, la disyunción de lo social y lo político	67
4.2. Los años sesenta: condiciones sociales y políticas.....	71
4.3. La precaria elaboración del pasado de la Violencia	74
4.4. Renovación cultural en los años sesenta.....	78
4.4.1. El <i>boom</i> de la literatura.....	82
4.4.2. El grupo de Barranquilla	83
4.4.3. El movimiento del Nuevo Teatro	84
CAPÍTULO 5	
LAS MEMORIAS DE LA MASACRE DE LAS BANANERAS	86
5.1. Antecedentes	86
5.1.1. La denuncia de Jorge Eliecer Gaitán	87
5.1.2. La defensa del general Cortés Vargas	88
5.1.3. Los testimonios de los líderes socialistas	89
5.1.4. Primeras manifestaciones artísticas acerca de la huelga y la masacre	91
5.2. Construcción de memoria de las bananeras en la producción cultural de 1960 ...	95
5.2.1. <i>Cien años de soledad</i>	95
Las memorias detrás de <i>Cien años de soledad</i>	97
Las bananeras en el universo literario de <i>Cien años de soledad</i>	100
Recreación y representación de la masacre en la novela.....	102
La historia de los “no-sujetos”	107
Reescribir la historia nacional.....	109
<i>Cien años de soledad</i> , entre el mito y la vulgata	110
5.2.2. <i>La casa grande</i>	114
Acerca del universo literario de <i>La casa grande</i>	114
La huelga y la masacre de las bananeras en <i>La casa grande</i>	117
<i>La casa grande</i> o la violencia como drama familiar.....	123
La historia de Colombia como la historia del eterno retorno de la violencia	125
5.2.3. <i>La denuncia</i>	127
Acerca de <i>La denuncia</i>	129
Uso político de la memoria de las bananeras.....	132
El conflicto con la historia.....	136
REFLEXIONES FINALES	138

BIBLIOGRAFÍA	145
--------------------	-----

INTRODUCCIÓN

El objeto de estudio de la presente monografía es la rememoración de la masacre de las bananeras de 1928 en la producción cultural de la década de 1960 en Colombia, específicamente en el campo de la literatura y el teatro.

El trabajo considera cómo aparecen representados los hechos históricos de las bananeras en la producción cultural de la década del sesenta, pero la investigación se enfoca en las condiciones que propiciaron la reaparición de un pasado “sepultado” treinta años atrás. ¿Por qué razones la generación del sesenta retomó el tema de las bananeras y lo utilizó en sus elaboraciones artísticas?

El contexto de los años sesenta se convierte en un elemento de análisis para comprender por qué en ese momento se retornó al pasado de los años veinte y se reutilizó la memoria de las bananeras. Los sesenta son considerados “el tiempo de la rememoración”, son los marcos temporales que nos permiten explicar la recuperación de las bananeras del olvido histórico en que se encontraban.

Se considera que la generación de los años sesenta estaba en medio de una búsqueda de sentido sobre su pasado reciente y su presente. El retorno a los años veinte implicó una reevaluación de más de tres décadas de historia nacional marcadas por la violencia social y política que tuvo su máxima expresión en los años cincuenta. Para superar el estado de anomia creado por el fenómeno de la Violencia se requería una correcta elaboración de los acontecimientos y su integración en el relato de nación. No obstante, las dificultades narrativas y las luchas por la imposición de sentido contribuyeron a la prevalencia de relatos fragmentados, de mitos y vulgatas del pasado nacional que no se lograron unificar ni integrar en un relato histórico.

Los trabajos de memoria realizados en la década del sesenta nos muestran distintos intentos por dotar de significado los acontecimientos y por crear memorias que trascendieran de la literalidad a la ejemplaridad (Todorov, 2008). Sin embargo, como veremos en el análisis de las fuentes, algunas de las narrativas reproducen la memoria literal de la violencia y explican su repetición a lo largo de la historia a manera de mito. Las obras consideradas en este estudio elaboraron literaria y teatralmente un material que se encontraba en bruto en las representaciones sociales y por ello nos sirven como evidencias de la elaboración del pasado nacional.

Se considera entonces que el pasado de la masacre de las bananeras fue reinventado en los años sesenta a partir de nuevos significados y sentidos que se le otorgaron. El tratamiento que se le dio fue el de un lugar de la memoria, un hito del pasado nacional al que había que regresar para encontrar un origen de las circunstancias del presente de los años sesenta. Los acontecimientos de las bananeras fueron una más de las memorias que circularon durante esa época como referentes fundacionales y explicativos del relato nacional, o como elementos reivindicativos para justificar proyectos con miras al futuro. Como se considera a lo largo de la monografía, fueron los sectores de izquierda los que se apropiaron de la memoria subalterna de las bananeras para hacer frente a las versiones hegemónicas que habían liderado la historia nacional.

Además de abordar las elaboraciones de los años sesenta, la monografía también considera otras formas de construcción de memoria de la masacre de las bananeras que fueron más tempranas, por ejemplo la opinión pública en los años treinta evidenciada en la caricatura política y los discursos movilizados en el escenario político de la misma época, en especial por Jorge Eliecer Gaitán, el general Cortés Vargas y los líderes del Partido Socialista Revolucionario. En la actividad discursiva de estas personalidades se evidencia una elaboración de los acontecimientos que los dotó de significados y sentidos y que contribuyó a los posteriores trabajos de construcción de memorias de las bananeras.

En el capítulo 1 se desarrolla el planteamiento del problema con mayor profundidad. Allí se explica el retorno al pasado de las bananeras como parte del interés que despertaban los años veinte y como un intento por revisar el relato histórico del país para reescribirlo de acuerdo a las nuevas condiciones que llegaron con la modernización de los años sesenta. También se muestra la pertinencia del tema de las bananeras en la producción cultural de los años sesenta y se justifica el uso de las fuentes literarias y teatrales para la presente investigación.

Debido a que las construcciones narrativas son abordadas como ejercicios de memoria y a que todo el trabajo gira en torno a las reelaboraciones del pasado, el capítulo 2 ofrece un detallado desarrollo de los referentes teóricos y conceptuales acerca de la memoria colectiva. La autora reconoce que la elaboración teórica de esta monografía supera los alcances planteados en el problema de investigación; no obstante, considera que su inclusión en la monografía es pertinente ya que responde a la intención de realizar una

investigación teórica sobre el tema de la memoria que, se espera, pueda servir de referente a futuras investigaciones.

En el capítulo 3 se realizan algunas observaciones acerca del contexto de los años veinte que despertó el interés de la generación en los años sesenta, y se da cuenta de la huelga y la masacre de las bananeras según la historiografía para tener un referente comparativo para el abordaje de los relatos ficcionales de la literatura y el teatro.

El capítulo 4 elabora someramente las condiciones que propiciaron la reescritura del pasado nacional. Considera algunos antecedentes de los años sesenta, desde la Republica liberal hasta la Violencia de los años cincuenta, como “fracasos” que no eran referentes útiles para las reconstrucciones de la década del sesenta. Debido a que esos acontecimientos se concibieron como inscritos en una larga lista de frustraciones para la historia del país (Revolución en marcha, “contrarrevolución en marcha”, gaitanismo, Violencia), fueron pasados por alto para retornar hasta los años veinte, considerados el punto inicial en el que sí era posible encontrar referentes para un relato en los años sesenta.

Para el desarrollo de esta monografía se compuso una muestra de obras elaboradas o publicadas en 1960 y comienzos de 1970 en las que se aborda el tema de la masacre de las bananeras (ver *Cuadro 1*). Finalmente se seleccionaron las dos novelas y el texto para montaje teatral que corresponden a *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez (1967), *La casa grande* de Álvaro Cepeda Samudio (1962) y *La denuncia*, autoría de Enrique Buenaventura (1973). Al final del capítulo 4 se presentan algunas consideraciones sobre el auge cultural en la década de los sesenta y se describen algunos procesos que permitieron la explosión de la literatura y el teatro con el fin de contextualizar la producción y divulgación de las obras escogidas.

El capítulo 5 considera algunas formas de construcción de memorias de la masacre de las bananeras. Comienza con las manifestaciones tempranas provenientes del escenario político y cultural de los años treinta y posteriormente se presenta el análisis de las obras literarias y del guion teatral que funcionan a manera de metáforas de la historia nacional. El trabajo con *Cien años de soledad* y con *La casa grande* nos permite evidenciar las memorias literales y la reproducción del mito del eterno retorno y la repetición de la violencia.

En las novelas se integra el relato de las bananeras en medio de una visión trágica y pesimista de la historia del país; esta concepción mítica y literal está estrechamente relacionada con las características que componen la dificultad narrativa del fenómeno de la Violencia, recogidas por el investigador Daniel Pécaut (2012), por lo que se considera que aunque las novelas no abordan lo sucedido en la década del cincuenta, aluden a la narrativa fragmentada sobre esa época y proponen una lectura del pasado nacional –incluidos los años veinte– condicionada por la visión mítica del pasado reciente.

Por otro lado, la lectura del pasado que se encuentra en el teatro es un intento por desmitificar la historia al acomodarla en categorías que respondían a los postulados ideológicos de izquierda que estaban en auge en medio de la efervescencia política y social que se vivía en los años sesenta. El análisis de *La denuncia*, nos muestra una lectura del pasado desde “coordenadas marxistas” y reproduce la línea del partido comunista, lo que confirma la vinculación entre el arte y la política y el uso del pasado en función de las expectativas del presente de los años sesenta.

En ambos casos, tanto con la literatura como con el teatro, se trata de analizar cómo se estaba reinventando el pasado de las bananeras de acuerdo a las condiciones de los años sesenta; recordemos que toda lectura del pasado se hace de acuerdo al presente desde el que se rememora.

Debido a la lejanía de los eventos estudiados se dificultó acceder a fuentes vivas de información, por lo que se privilegió únicamente el diseño documental. El procedimiento para llevar a cabo esta monografía consistió en confrontar varias fuentes documentales y proponer un diálogo entre textos. Así se definió un entrecruzamiento entre la memoria como relato y producción narrativa y el devenir de los acontecimientos históricos que se deben interpretar. A partir del trabajo con los textos historiográficos fue posible identificar algunas visiones del pasado que se sostenían durante los años sesenta, especialmente la visión mítica de la repetición de la violencia y la versión de la izquierda colombiana, presentes en las mentalidades colectivas de la época. También fue posible rastrear los relatos anteriores, marcados por un sesgo oficialista que relataba la historia como un recuento de héroes y victorias, excluyendo las voces de sectores marginados. A lo largo del trabajo se encontrará una confrontación entre la historia oficial, el relato histórico y los relatos de memoria.

La consulta de textos acerca de la historia social, política y económica de Colombia permitió definir una serie de acontecimientos que marcaron el destino del país entre los años veinte y los años sesenta y que trazan una historia de fracasos sociales y políticos que se pretendían elaborar en un relato de nación. La consulta de estas fuentes también fue crucial para reconstruir el contexto de los años veinte y de la huelga y la masacre de las bananeras, y para definir las condiciones de los años sesenta como marcos temporales de rememoración.

Algunos estudios historiográficos y sociológicos fueron considerados en la medida en que arrojaban información acerca de la Violencia de los años cincuenta y de su elaboración narrativa, que se dificultó debido a varias características propias del fenómeno como la indistinción de actores y motivos (Pécaut, 2012). El hecho de que la Violencia mereciera especial atención se justifica porque una de las hipótesis que guía la presente monografía consiste en que la rememoración de la masacre de las bananeras en los años sesenta hizo parte de una reelaboración del pasado nacional en la que se encubrió el recuerdo de la Violencia y no se lograron superar las dificultades para una narrativa del fenómeno.

El análisis de las construcciones de memoria se realizó a partir de la lectura de las obras literarias como fuentes principales, identificando algunos elementos como la representación de la masacre, la correspondencia entre el relato ficcional y el relato histórico, los actores del relato y sus relaciones, la oposición entre un “nosotros” y un “ellos” que da lugar al desarrollo del conflicto, el espacio del relato y sus asociaciones con la historia de Colombia. Igualmente, las obras fueron contrastadas con estudios sobre literatura y memoria y sobre las elaboraciones literarias de la masacre de las bananeras.

También se consideraron algunos elementos biográficos de los autores para identificar procesos de socialización, grupos de pertenencia y puntos de encuentro entre las memorias colectivas y las memorias individuales expresadas en las obras.

La revisión de las obras se hizo sobre la base de unas preguntas que fueron replanteadas lo largo de la investigación. Como guía se tomó un esquema propuesto por Jelin (2012) que consiste en identificar algunos ejes como ¿quién recuerda?, ¿cuáles son los contenidos de la rememoración, es decir, qué se recuerda y qué se olvida?; ¿cómo se recuerda?, ¿para qué? y finalmente, ¿cuándo se recuerda?

CAPÍTULO 1

PRESENTACIÓN DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

1.1. Los años sesenta y la posibilidad de reescribir el pasado nacional

En las décadas de 1960 y 1970 en Colombia hubo un amplio interés por el pasado de los años veinte. El retorno a esa época se puede considerar como un intento por identificar puntos de partida para un relato del pasado nacional, que le permitiera a las generaciones del sesenta y el setenta comprender su pasado reciente y su presente. Aunque no toda la atención se puso sobre los años veinte, ni se les atribuyó una relación causal con todos los sucesos posteriores, sí se consideraron como un tiempo fundamental para trazar la historia del siglo XX, lleno de hitos que constituyeron un antes y un después en la historia del país.

La producción historiográfica, las ciencias sociales y el arte nacional de los años sesenta, nos ofrecen muestras del retorno a los años veinte y, en general, del trabajo de elaboración del pasado. Es importante señalar que la reescritura de la historia de Colombia fue una tarea posibilitada por las condiciones de los años sesenta en la que colaboró el surgimiento de la Nueva Historia, que renovó las antiguas formas en que se realizaba la disciplina en el país. Fue en los años sesenta que la historia se dotó de verdadero carácter académico, objetivo y verificable.

Antes de esa década existían aproximaciones historiográficas sobre el pasado de Colombia, pero en ellas primaba la improvisación y los sesgos ideológicos ya que era realizada por “un pequeño grupo de intelectuales que se ocupaban de esa disciplina a veces por tradiciones familiares y otros por conveniencia política o ideológica” (Friede, citado en Tirado, 2014: 260). No solo se tenía una precaria elaboración del pasado, sino que tampoco había un gran desarrollo de las artes para abordar desde ahí la identidad nacional o la cultura; fue en los años sesenta que el movimiento cultural se fortaleció, se instaló el arte moderno y se inauguró el llamado *boom* de la literatura latinoamericana en el que el país tuvo su cuota de grandes expositores.

Colombia era hasta entonces un país mayoritariamente rural que no contaba con medios adecuados para nombrarse a sí misma ni para enfrentar todo el peso de su pasado, cargado de eventos atroces y violentos ante los que nadie respondía. La historia que se conocía del país era una visión “por lo regular partidista que se dedicaba al culto de los

héroes o a interminables querellas sustentadas en textos secundarios” (Tirado, 2014: 260), o consistía en un registro de hechos políticos y eventos institucionalizados o en la sucesión de héroes militares y presidentes, como quedó consignado en los libros de Rafael M. Granados y de Gerardo Arrubla y Jesús María Henao utilizados para la enseñanza en el bachillerato¹.

Sin embargo, la modernización que llegó con los sesenta permitió la creación de programas académicos destinados a la investigación y la apertura de carreras de humanidades y ciencias sociales. El interés por el pasado aumentó y estuvo ligado a una formalización del conocimiento. Otros sectores que tuvieron un notable desarrollo durante esa década fueron los movimientos políticos de izquierda y los movimientos culturales, que también manifestaron el interés por el pasado y llevaron a cabo su propia tarea revisionista de la historia del país. Entre ellos se encuentran distintas versiones e interpretaciones, miradas múltiples sobre lo acontecido en el país, que integran diferentes sentidos y significados. El conocimiento del pasado ya no sólo interesaba para saber las fechas de los acontecimientos, el cuándo y el dónde, sino para interpretar lo que habían significado en la vida del país y de sus habitantes.

Con la profesionalización de la historia en los años sesenta fue posible reconstruir el pasado del siglo XX y el significado de la década del veinte, los trabajos de historiadores como Jaime Jaramillo Uribe, Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Miguel Urrutia, Álvaro Tirado Mejía, etc. son muestras de ello. Gracias al auge del movimiento cultural también se abordó el pasado desde las artes y la literatura. Es ahí, en la elaboración del pasado de los veinte desde la producción cultural que se encuentra el objeto de la presente investigación.

Abordar toda una década es una tarea ambiciosa que nos obliga a remitirnos a relaciones, personalidades, movimientos o fenómenos específicos para poder acotar la problemática. La década del veinte contiene eventos importantes del pasado nacional, algunos fueron fundamentales para el desarrollo y la modernización del país y otros son muestra de las problemáticas y crisis sociales que se desencadenaron en esa época; entre

¹ Ver: Granados, Rafael M. (1972). *Historia de Colombia. La independencia y la República*. Texto adaptado al cuarto año de bachillerato. Duodécima edición. Bogotá: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo. También se puede consultar Arrubla, Gerardo; Henao, Jesús María. (1984). *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*. Colombia: Plaza & Janés. La publicación de dichos libros se realizó en la década de 1950 para el caso del de Granados y en 1910 para el segundo; ambos previos a la profesionalización de la historia en el país.

varios de los sucesos de los veinte encontramos la expansión de la economía cafetera, el auge de movimientos obreros ligados a los ferrocarriles y las petroleras, la hegemonía conservadora y su declive que dio paso a la república liberal y la masacre de las bananeras como un símbolo de esa transición.

Es precisamente esta masacre la que se convierte en el eje de nuestra indagación debido a la importancia que tuvo dentro de la producción cultural, especialmente dentro de la literatura y el teatro desde comienzos de la década del sesenta hasta ya entrados los setenta.

Muchas de las obras literarias y piezas teatrales más importantes de esa época estuvieron enfocadas en los sucesos de las bananeras o los abordaron dentro de su contenido. La obra que mejor nos permite evidenciar esto es *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, publicada en 1967, con la que el autor se hizo merecedor del Nobel en 1982. En ella se narran los eventos de la huelga y la masacre de las bananeras. Al ser mezclados en medio de una narrativa ficcional, los hechos históricos se recrean.

1.2. Los sucesos de las bananeras en la producción cultural de 1960

Para algunos investigadores, fue el reconocimiento que tuvo *Cien años de soledad* lo que posibilitó que en los años sesenta se abordara de nuevo el pasado de las bananeras. El historiador Nicolás Pernet le atribuye al impacto masivo de la novela el hecho de que la masacre hubiera resurgido del olvido histórico en que se encontraba desde tres décadas atrás. Según él, fue a partir de la novela que la masacre “se empezó a hacer presente con más fuerza en la conciencia histórica y política nacional y en las varias investigaciones aparecidas de la década de 1970 en adelante” (Pernet, 2009: 194).

Sin embargo, antes de la publicación de esa novela ya estaban en circulación varios cuentos, algunas novelas e incluso un guion teatral sobre el tema. En el *Cuadro 1* se encuentra un listado de obras sobre las bananeras con información desde 1928 hasta los años noventa, en el que se evidencia que fueron las décadas de 1960 y 1970 las de mayor exploración de las bananeras en la literatura y el teatro nacional y que desde el comienzo de la década, seis años antes de la publicación de la novela de García Márquez, había empezado el auge rememorativo expresado en las artes.

Las manifestaciones literarias² referidas a la huelga y a la masacre de las bananeras componen una tradición narrativa que se ha extendido por más de setenta años en Colombia (ver Cuadro 1). Pernet agrupa dicha tradición o tendencia narrativa en tres momentos. El primero abarca obras y autores desde el tiempo de la huelga y la masacre (año 1928) hasta 1961: es el periodo de menos producciones y coincide con las escasas investigaciones históricas sobre el suceso. El segundo momento, que es el de máxima expresión, recoge toda la década de 1960 con la aparición de importantes novelas de repercusión nacional e internacional que abordan a profundidad el tema y que fueron escritas en su mayoría por autores costeños, como Álvaro Cepeda Samudio, Gabriel García Márquez, Javier Auqué Lara y Efraín Tovar Mozo; el interés del presente trabajo se ubica en este periodo. El último apartado está compuesto por expresiones literarias aparecidas a partir de la década de 1990, que constatan el permanente interés por el acontecimiento histórico en la literatura del Caribe colombiano (Pernet, 2009: 200).

Se reconoce que estas elaboraciones del evento histórico no corresponden a ejercicios historiográficos, académicos o verificables y por ello no pueden ser consideradas como elaboraciones de un relato histórico, como sí sucede con las obras de los historiadores de los años sesenta que también abordaron el tema. Sin embargo, en ellas el evento aparece re-narrado por lo que reciben reconocimiento como obras *sobre* las bananeras. Por esos motivos, las abordamos como construcciones de memorias acerca del hecho histórico.

Por lo anterior, decimos que las obras son *vehículos de la memoria* de la masacre de las bananeras elaborados en los años sesenta. Aunque hemos tratado de circunscribirnos a la década mencionada, haremos una concesión cronológica para integrar obras de los años setenta que consideramos como obras relacionadas con el auge que se inició en los sesenta.

Por vehículos de la memoria³, entendemos aquellos medios que personas o grupos sociales utilizan para transmitir reconstrucciones e interpretaciones de acontecimientos

² En adelante, cuando se haga referencia a manifestaciones literarias consideraremos tanto las novelas como el teatro, excepto en los casos en que se establezca diferenciación, debido a que para fines de la presente investigación tomamos el texto para el montaje teatral, es decir la literatura teatral y no el montaje de las obras.

³ Aunque la definición de “vehículos de la memoria” pertenece a Van Alphen, la idea de introducir ese concepto en la presente investigación proviene del uso que hace de él el historiador Nicolás Rodríguez Idárraga en su libro *Los vehículos de la memoria. Discursos morales durante la primera fase de la*

del pasado de acuerdo con las necesidades de su presente. Los vehículos se convierten en fuentes que divulgan visiones y versiones acerca de lo acontecido e impactan en la producción social por ser constructores de memorias.

Los vehículos de la memoria se definen por su carácter social y por la necesidad de un entramado cultural para su transmisión debido a que la memoria se produce “en tanto hay agentes sociales que intentan ‘materializar’ estos sentidos del pasado en diversos productos culturales” (Jelin, 2012: 70). Son esos productos culturales los que se convierten en vehículos y pueden ser publicaciones, museos, monumentos, películas o libros de historia; también pueden ser actuaciones y expresiones que incorporan performativamente el pasado (Van Alphen, citado en Jelin, 2012: 70).

Podemos decir que el objeto de este trabajo es la rememoración de la masacre de las bananeras en 1960 y entrada la década de 1970, que se transmitió en forma de literatura y teatro, relacionada a la necesidad de darle sentido al pasado.

La pregunta de esta investigación gira en torno a cuáles fueron las condiciones que determinaron el retorno al pasado de las bananeras en la producción literaria y teatral de los años sesenta, esto equivale a descifrar las condiciones políticas, sociales, económicas y culturales bajo las que una generación se dio a la tarea de revisar su pasado.

Una vez intentemos dar respuesta a ese interrogante, podemos interpretar las reconstrucciones que quedaron consignadas en las obras para identificar cómo se rememoró el evento de las bananeras y en qué consisten las memorias que transmiten.

Para ello utilizaremos una muestra de tres obras: dos novelas y un guion teatral. Las novelas son *Cien años de soledad*, antes mencionada, y *La casa grande* de Álvaro Cepeda Samudio, publicada en 1962. El guion teatral corresponde al texto de la obra de teatro *La denuncia*, ejecutada por el Teatro Experimental de Cali bajo autoría y dirección de Enrique Buenaventura; la obra apareció publicada en 1973, pero los montajes iniciaron antes, en 1968.

CUADRO 1: LISTADO DE TEXTOS LITERARIOS Y TEATRALES REFERIDOS AL CONFLICTO DE LAS BANANERAS Y A LA MASACRE, PRODUCIDOS DE 1928 A 1996						
No.	Título	Autor	Ciudad de origen	Fecha de publicación	Tipo de texto	Aparece en
1	Lenine en las bananeras	Francisco Gnecco Mozo	Santa Marta	1928, diciembre 15.	Cuento	Revista <i>Cromos</i> , Bogotá.
2	El trapo rojo	Antonio Prada	Desconocido	1938	Cuento	Revista literaria <i>Pan</i> , No. 25, Bogotá.
3	Al tercer día del carnaval	José Francisco Socarrás	Valledupar	1944	Cuento	<i>Viento de trópico</i> , libro de cuentos, Bogotá: Ediciones Zulia.
4	La uña de la gran bestia	José Francisco Socarrás	Valledupar	1961	Cuento	<i>Viento de trópico</i> , libro de cuentos, Bogotá: Ediciones Zulia.
5	El cielo se guardó el agua	José Francisco Socarrás	Valledupar	1961	Cuento	<i>Viento de trópico</i> , libro de cuentos, Bogotá: Ediciones Zulia.
6	Viento de trópico	José Francisco Socarrás	Valledupar	1961	Cuento	<i>Viento de trópico</i> , libro de cuentos, Bogotá: Ediciones Zulia.
7	<i>La casa grande</i>	Álvaro Cepeda Samudio	Barranquilla (nacimiento)/ Ciénaga (crianza)	1962	Novela	Bogotá: Ediciones Mito, primera edición, 1962.
8	<i>Zig-Zag en las bananeras</i>	Efraín Tovar Mozo	Región del Magdalena Grande.	1964	Novela	Bogotá: Offset de Colombia - Editores, 1964.
9	<i>Soldados</i>	Carlos José Reyes	Bogotá	1966	Guion teatral	Bogotá: Ediciones Casa de la Cultura.
10	<i>Cien años de soledad</i>	Gabriel García Márquez	Aracataca	1967	Novela	Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
11	<i>Los muertos tienen sed</i>	Javier Auqué Lara	Barranquilla	1969	Novela	Venezuela: Monte Ávila Editores.
12	<i>Bananeras</i>	Jaime Barbín	Desconocido	1971	Guion teatral	Teatro Acción.
13	<i>Los frutos masacrados</i>	Néstor Madrid Malo	El Carmen de Bolívar	1973	Guion teatral	Bogotá: Colcultura.
14	<i>La denuncia</i>	Enrique Buenaventura	Cali	1973	Guion teatral	Cali: Fundación Festival de Teatro de Cali, 2010.
15	<i>El sol subterráneo</i>	Jairo Aníbal Niño	Moniquirá, Boyacá.	1977	Guion teatral	Bogotá: Carlos Valencia Editores.
16	Si no fuera por la zona caramba	Ramón Illán Bacca	Barranquilla	1981	Cuento	R.I. Bacca.(compilador). <i>Tres para una mesa</i> , Medellín: Editorial Lealon, 1991.
17	<i>Déborah Krue</i>	Ramón Illán Bacca	Barranquilla	1990	Novela	Bogotá: Plaza y Janés, 1990.
18	La noche es una bruja	Guillermo Henríquez	Ciénaga	1991	Cuento	R.I. Bacca. (compilador). <i>Tres para una mesa</i> , Medellín: Editorial Lealon, 1991.

19	Un día antes	Guillermo Henríquez	Ciénaga	1991	Cuento	R.I. Bacca. (compilador). <i>Tres para una mesa</i> , Medellín: Editorial Lealon, 1991.
20	Extraños en la noche	Clinton Ramírez	Ciénaga	1991	Cuento	R.I. Bacca. (compilador). <i>Tres para una mesa</i> , Medellín: Editorial Lealon, 1991.
21	<i>Maracas en la ópera</i>	Ramón Illán Bacca	Barranquilla	1996	Novela	Medellín: Fundación Cámara de Comercio de Medellín, 1996.
Fuente: elaboración propia.						

Dejamos por fuera de consideración otras manifestaciones artísticas que también abordaron el tema de las bananeras debido a que las representaciones literarias y teatrales explotaron el evento histórico de manera abundante –como muestra el Cuadro 1– y lograron instalarse en la memoria colectiva de los lectores que las dotaron de validez.

Las versiones literarias de las bananeras han despertado el interés de la academia; algunos estudios se enfocan en su importancia para la conservación de la memoria y describen las representaciones que ha creado la literatura, otras investigaciones señalan el papel de las obras en la “obsesión rememorativa” que se despertó en la década del sesenta⁴.

El contexto de 1960 posibilitó que las bananeras resurgieran del olvido histórico, por ello se pretende caracterizar las condiciones de esos años como marcos sociales que promovieron la recuperación del pasado de las bananeras, en especial por parte de sectores que en ese momento cobraron importancia, como la izquierda, el campesinado y las masas obreras. También es necesario indagar por las condiciones de la producción cultural de 1960, en especial la producción literaria y teatral, para explicar su

⁴ Ejemplos de estos trabajos son: Bost, David. (1991). Una vista panorámica de las respuestas literarias a la huelga de las bananeras de 1928. En: *Revista de estudios colombianos*, No. 10. Colombia: Asociación de colombianistas norteamericanos. Tercer mundo ediciones. También el de Figueroa, Mario Bernardo. (2009). Recuerdo y escritura. A propósito de la masacre de las bananeras en García Márquez. Y el de Pernet, Nicolás. (2009). La masacre de las bananeras en la literatura colombiana. Ambos se encuentran en: M. Archila & L.J. Torres (editores). *Bananeras: huelga y masacre, 80 años*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

compromiso con el tema. En general, se trata de identificar las “estructuras de oportunidades” para la creación y divulgación de las obras literarias en los años sesenta.

En medio de ello, se hacen algunas consideraciones acerca del perfil de los autores de las tres obras, ya que su interés por las bananeras también estuvo determinado por factores propios de su trayectoria de vida.

Por otro lado, se reconoce que el retorno al pasado de las bananeras estuvo relacionado con el interés por los años veinte y por los procesos que marcaron esa década, como el auge modernizador, el aumento de las exportaciones, la irrupción de los movimientos sociales, entre otros. El final de la década del veinte constituye un hito en la historia del país debido a la transición de la hegemonía conservadora a la república liberal; en medio de ese proceso, la masacre de las bananeras se identificó como un símbolo del declive del conservadurismo. Por ese motivo, se hace necesario indagar por las condiciones de los años veinte y por aquellas que posibilitaron la huelga de 1928 y su desenlace en masacre, debido a que fueron retomadas cuatro décadas después para asociarlas con la situación de los años sesenta.

1.3. La literatura y el teatro como fuentes para la investigación

Las obras literarias incidieron y siguen incidiendo en la memoria acerca de las bananeras debido a que han sido consideradas como “textos colectivos” (Erll, 2012), es decir, son legitimadas por el público que encuentra su contenido valioso para el recuerdo, lo que posibilita su contribución a la memoria colectiva. Los textos colectivos son aquellos que pueden ser relacionados con la realidad porque su narración tiene significados compartidos con eventos que sucedieron y que se encuentran en la memoria de los lectores. Como menciona Erll, una de las condiciones que se debe cumplir para que una obra literaria tenga efecto en la memoria colectiva es que los lectores le atribuyan una *relación con la realidad*” (2012: 218; énfasis original).

Se reconoce que las obras literarias no pueden ser consideradas fuentes verídicas u objetivas de investigación debido a que tienen sesgos por la carga de subjetividad, la ficción y el uso de distintos recursos literarios. Son relatos que no tuvieron necesidad de ser sometidos a procedimientos de verificación y la calidad de lo que narran se basa en la creatividad del autor y en su capacidad de relatar historias que pueden o no estar

basadas en hechos reales. Sin embargo, esas narraciones son legitimadas porque resultan convincentes aunque no sean verídicas.

Se trata de analizar las narraciones como vehículos de las memorias que aportan significados y sentidos acerca del pasado histórico. Son ejercicios que sirvieron para dar coherencia y estabilidad a las experiencias colectivas. Como menciona Mendoza, “con la narrativa se le da orden, estabilidad, coherencia a la experiencia, se le lleva al terreno de lo conocido, [...] es una forma de ordenar, de dar significado a lo ocurrido a una colectividad” (Mendoza, 2004: 13).

La credibilidad de las historias que construyeron estos artistas, puesta en duda por el uso de la ficción, no les ha impedido compartir escenario junto a las historias de carácter oficial y las reconstrucciones académicas desde las que se rememora y reconstruye la masacre. Al contrario, muchas veces son estas elaboraciones las que figuran en la memoria colectiva de la nación o de sectores adeptos a la literatura.

El compromiso que hubo desde el arte con el acontecimiento de las bananeras resulta muy particular y abre debates sobre la responsabilidad en ese ejercicio; se cuestiona la validez de este tipo de narraciones frente a los trabajos científicos, en especial los historiográficos, debido a la carga ficcional y de inventiva que no corresponde con los relatos objetivos y verificables. Además, algunas veces son relatos que privilegian sentires e ideologías de los autores.

Al ubicarnos en el contexto de efervescencia política y social de los años sesenta, no resulta casualidad que desde el arte se haya asumido un compromiso político y una posición crítica frente a las realidades vividas en el país. Como veremos más adelante, el pasado de las bananeras se adaptó discursivamente para justificar varias reivindicaciones propias de los sesenta, como los movimientos obreros y campesinos, las reformas agrarias, la lucha por la soberanía nacional y contra las formas de imperialismo. En las obras literarias se transmiten varios de esos sentidos e interpretaciones de un pasado distante pero que se conectó con el presente que vivían las generaciones de los sesenta.

Finalmente, podemos agregar que la masacre en la producción literaria abre la discusión acerca del tratamiento que se le debe dar al pasado. La responsabilidad de la escritura de la historia ha estado en manos de las instituciones académicas y de las autoridades en

los temas tratados. Sin embargo, la tarea de reelaborar el pasado, especialmente cuando ha estado marcado por acontecimientos traumáticos, se realiza desde distintos sectores que poseen relatos válidos para complementar la historia y cuyas versiones de lo sucedido no se han oficializado o han sido marginadas. Así, ante la historia oficial aparecen multitud de memorias en formas diversas como relatos, narraciones, testimonios y monumentos que dan cuenta de las múltiples experiencias del pasado que un solo relato no alcanza a integrar.

En las obras literarias y teatrales de los años sesenta se evidencian construcciones alternativas, algunas veces basadas en relatos marginados y ocultados. En ellas, el acontecimiento real fue un referente y un punto de partida para construir la ficción. Es por eso que podemos considerar y aprobar diferentes versiones que remiten a lo mismo y que están relacionadas entre ellas, aunque no todas hayan sido legitimadas de igual manera.

1.4. Marcos temporales de rememoración

Hemos mencionado ya que los años sesenta son considerados los marcos temporales de rememoración y reelaboración del pasado, no solo del pasado de las bananeras, sino de los años veinte y de lo ocurrido en el siglo XX.

Hablamos de marcos temporales porque en esos años se encuentran los entramados que permitieron el ejercicio de memoria y porque reconocemos que la producción literaria y teatral se basa en las memorias colectivas sobre el evento. Por ejemplo, con el abordaje del tema de las bananeras salieron a relucir memorias colectivas de la región del Magdalena (donde ocurrió la masacre) y del entramado del mundo Caribe, detrás de esto se revela el carácter regional de la memoria, pero al ser apropiada desde distintos lugares del país y al ser integrada como parte del relato de nación, el carácter regional se difumina y las bananeras pasan a figurar en la memoria colectiva de la nación.

La idea de los “marcos” se ha adoptado de la obra de Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, que constituye un importante referente teórico y conceptual para la presente investigación.

Se trata de analizar la década de 1960 como el tiempo de la rememoración, es la década en la que se realizó el retorno al pasado y en que se exploraron memorias para darles nuevos usos y sentidos. No podemos desvincular los procesos de memoria del

entramado social en que sucedieron ya que influye en la manera en que los sujetos se apropian de sus experiencias y las elaboran; como menciona Jelin, “quienes tienen memoria y recuerdan son seres humanos, individuos, siempre ubicados en contextos grupales y sociales específicos. Es imposible recordar o recrear el pasado sin apelar a esos contextos” (2012: 53).

Actualmente podemos analizar lo ocurrido en los sesenta como un proceso de memoria debido a que también se trata de un tiempo pasado. Podemos abordar lo realizado durante esos años como trabajos de memoria y nos quedan los vestigios de elaboraciones sobre pasados que cada vez se hacen más lejanos. Desde nuestra perspectiva, los años sesenta son el pasado y los años veinte serían “el pasado del pasado”; ya son más de ocho décadas desde las bananeras y se cumplen más de cincuenta años desde que los sesenta revolucionaron al mundo. Por eso, esta investigación está cargada de la interpretación del pasado, del retorno a él desde la visión de mundo del presente. Se manifiesta entonces un constante retorno al pasado y se trabajan dos temporalidades, los años veinte y los años sesenta, centrando la atención en los últimos e interpretando el proceso de memoria llevado a cabo en ellos con el fin de reconstruir lo que hizo esa generación con un pasado que para ella era más reciente.

De fondo se pone la cuestión acerca de las condiciones sociales que permitieron que un pasado se hiciera presente en la memoria de toda una colectividad, la manera en que varios sujetos retomaron un tema y lo convirtieron en un interés colectivo. Es pertinente reiterar que la presente investigación se pregunta por las condiciones bajo las cuales el evento histórico de las bananeras cobró importancia durante los años sesenta; así, el interés por la masacre de las bananeras de 1928 no radica en ese evento tal cual sucedió ni en su reconstrucción histórica (aunque se tiene en cuenta como se verá en el capítulo 3), sino en el acontecimiento como objeto de rememoración, en torno al cual se construyeron unas memorias transmitidas en la producción literaria y teatral.

1.5.Hacer memoria para dotar de sentido el pasado reciente y el presente

Ahora bien, podemos indagar acerca de para qué en los años sesenta, una década modernizadora, transgresora y con impulso de nuevos proyectos, se produjo el interés por el pasado de la nación. Podría pensarse que en vez de apuntar hacia el futuro, algunos sectores parecían más preocupados por lo que ya había ocurrido y manifestaban una permanencia en el pasado.

Sin embargo, la respuesta puede encontrarse en la necesidad de construir una identidad nacional y de integrar un relato de nación acerca del pasado colombiano para continuar con una memoria y una historia bien definidas acerca de lo que había acontecido hasta entonces; esto con el objeto de darle un sentido claro y unificado a cómo se había llegado al punto en que se estaba en aquel entonces.

También se puede contemplar que los autores hubieran experimentado vivencias que les llevaron a buscar en el pasado de las bananeras algunas cuestiones sobre su identidad regional o incluso sobre su identidad política⁵. No obstante, podemos plantear una hipótesis más general en la que se contemple el retorno a los años veinte como una forma de pasar por encima de la Violencia de los años cincuenta ya que las narrativas y elaboraciones de ese periodo se dificultaron por algunas características que le eran propias⁶ y por un ambiente de silencio y olvido que se impuso sobre él.

La década del cincuenta correspondió al periodo denominado la Violencia, cuando se registró un mínimo de 200 mil personas asesinadas entre 1948 y 1962 (Oquist, 1978) en enfrentamientos a nombre de los dos partidos políticos tradicionales. Ese fenómeno transformó las relaciones políticas y llevó a un arreglo entre las élites conocido como Frente Nacional, para disminuir los enfrentamientos y dar cierre al conflicto que se había perpetuado por más de una década. El pacto del Frente Nacional sí constituyó un mecanismo efectivo para detener los enfrentamientos (Pécaut, 2013a), no obstante, también constituyó un manto institucional de silencio y olvido (Rodríguez, 2008: 2) sobre el pasado reciente, con lo que cerró las posibilidades de trabajar sobre lo ocurrido a fin de reelaborarlo y asimilarlo.

La Violencia de los años cincuenta quedó sumida en un sin-sentido y aunque había penetrado las fibras de las estructuras sociales, políticas y económicas del país, no era claro establecer la naturaleza del fenómeno y mucho menos elaborar un relato integro o unificado para dar cuenta de él como un proceso ya superado (Pécaut, 2012).

⁵ Más adelante (capítulos 4 y 5) veremos cómo los autores tenían marcos regionales y familiares que los llevaron a conocer memorias sobre las bananeras o a desarrollar una afinidad política hacia ellas. Por ejemplo García Márquez y Cepeda Samudio pertenecían a la región en que ocurrió la masacre y crecieron en familias que conservaban la memoria de las bananeras. Mientras que Buenaventura tenía una fuerte influencia de la izquierda política.

⁶ En el capítulo 4 se definen esas características y se explica la dificultad de elaborar el fenómeno de la Violencia, tomando las consideraciones de Pécaut (2012).

No sería la generación de 1960 la que lograría esa tarea, mucho menos bajo las condiciones restrictivas del Frente Nacional⁷. Ninguno de los sectores que emergieron en esos años (la izquierda, la oposición al Frente Nacional, los movimientos sociales, obreros y campesinos) logró encontrar referentes en el estado de anomia de los cincuenta; por ese motivo, su búsqueda se remitió a otros procesos anteriores con los que sí pudieran establecer una identificación.

Pécaut menciona que las generaciones posteriores a la Violencia “no han descubierto en ella un momento de creación de una nueva representación de lo político, y no han buscado apropiarse, por un proceso de identificación, la figura de uno u otro de sus protagonistas” (2012: 509). Es como si la Violencia se omitiera en la construcción de nuevos proyectos sociales y políticos, por eso en la década del sesenta se pasó por alto y se sustituyó por referentes de épocas anteriores. Debido a que se consideraba que la Violencia había sido consecuencia del gaitanismo o de la Revolución en Marcha, fue necesario volver atrás; es ahí donde se enmarca el retorno a los años veinte, que además contenía elementos como el trabajo de los líderes socialistas, las movilizaciones obreras y las primeras manifestaciones antiimperialistas, que servían de identificación a los sectores emergentes de los sesenta.

Siguiendo la hipótesis planteada, se considera que la generación de 1960 tuvo que hacer una indagación retrospectiva de casi tres décadas para explicarse a sí misma los orígenes del pasado reciente y componer un relato que diera cuenta de lo acontecido en el periodo confuso de la Violencia. Se procuraba una interpretación útil a la época de los sesenta, que traía nuevas promesas de transformación política y social.

Consideramos que los ejercicios de memoria realizados en los sesenta dan muestras de la reelaboración del pasado para que fuera útil y ejemplar. La posibilidad de reinventar el pasado e introducirlo en un nuevo tiempo está dada por los trabajos de la memoria. Como menciona Rodríguez, el pasado “se transforma en memoria cuando es susceptible de reactivación en el presente, cuando podemos actuar sobre él con miras al futuro” (Rodríguez, 2008: 52) por eso las condiciones en que se “reactivó” el pasado de las

⁷ A pesar de esto, hubo trabajos importantes para comprender la Violencia. Probablemente, el más notable de ellos es el realizado por Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, recogido en el libro *La violencia en Colombia*, publicado en 1962. Más adelante, en el capítulo 4, volveremos sobre esto.

bananeras son el punto de partida para analizar qué se pretendía con la reutilización del evento histórico en ese presente específico de los años sesenta.

CAPÍTULO 2

REFERENTES TEÓRICOS Y CONCEPTUALES

2.1. Memorias, significados y sentidos

El trabajo con las memorias es una búsqueda de sentido, útil para entender el tiempo presente y construir el futuro. La capacidad de trabajar sobre el pasado permite crear significados múltiples sobre lo sucedido, por eso se dice que las memorias son diversas, capaces de ser modificadas con el paso del tiempo y con los cambios propios de los sujetos que las elaboran.

Difícilmente un acontecimiento del pasado puede ser rememorado de manera fiel o veraz; la memoria compromete la capacidad de los individuos y de las colectividades de privilegiar ciertos recuerdos, además de legitimar algunas versiones de lo sucedido frente a otras que son marginadas. Las memorias dan cuenta de qué hacen los grupos sociales con su pasado, qué conservan y qué eliminan, pues algunos recuerdos resultan más útiles o aceptables y por eso sustituyen a otros.

El pasado no se almacena como una copia fiel de lo sucedido sino que se reinterpreta y reelabora según las necesidades del presente, por eso es posible tergiversarlo, dudar de él, olvidarlo y renarrarlo muchas veces. La memoria se puede entender como una selección de contenidos del pasado que pueden ser recordados de maneras distintas a la manera como *realmente* sucedieron. El recuerdo, como menciona Bartlett, “resulta ser mucho más una cuestión de reconstrucción que una cuestión de mera reproducción” (citado en Vázquez, 2001: 46); por eso decimos que los trabajos de la memoria son reconstrucciones del pasado, un volver a representar lo ocurrido de maneras distintas que responden a las impresiones del presente, entendido como el tiempo de la rememoración.

Desde el presente se trabaja sobre el pasado para cargarlo de significados y sentidos. En palabras de Pécaut, “la memoria se reinventa a medida que se modifican las realidades. Toda memoria es memoria a partir del presente” (2013a: 183).

Además de ser selectiva, la memoria se compone de una interacción entre el recuerdo y el olvido, o, de acuerdo con Todorov (2008), entre los procesos de “conservación” y de

“supresión”. Debido a esas interacciones, el pasado se rememora con vacíos y podemos afirmar que es imposible restablecerlo de manera integral⁸.

Cuando hablamos de memoria social, podemos considerar que la selección de eventos que serán recordados u olvidados depende de elecciones conscientes y no es un proceso autónomo ni involuntario. Los trabajos con el pasado no están exentos de manipulaciones ni de intereses y conveniencias de determinados grupos y colectividades. Algunas veces las memorias que se transmiten privilegian a algunos sectores o transmiten discursos e ideologías para perpetuar determinado orden social. O en ocasiones, se decide dejar pasados relegados en el olvido, porque no conviene volver sobre ellos. No obstante, las reconstrucciones y elaboraciones del pasado no tienen un carácter definitivo, pues tanto los individuos como las sociedades pueden reactivar recuerdos que habían estado olvidados y ven resurgir memorias que durante algún tiempo fueron marginadas (Jelin, 2012); para ello resultan muy útiles las huellas y los vestigios del pasado que han sobrevivido y que pueden producir efectos aun tiempo después.

Los relatos y las narraciones que nos ocupan en el presente trabajo son un claro ejemplo de huellas de memoria; a través de ellos se transmiten visiones del pasado que posibilitan a las generaciones del presente y del futuro a reinterpretar lo ocurrido.

La memoria puede definirse como una “construcción social narrativa” (Rodríguez, 2008), que se encuentra presente en las diversas manifestaciones discursivas para narrar y comunicar las experiencias vividas. Entonces, podemos encontrar memorias en forma de relatos escritos, tradición oral, mitos y monumentos, entre otros. En ellos se comprometen sentidos y significados otorgados a los acontecimientos, como menciona Montesperelli,

[...]recordar, como cualquier actividad cognitiva, es también atribuir significados: no sólo del pasado al presente, a través de la tradición, sino más bien en dirección opuesta, cuando los procesos de significación confieren al pasado un sentido que concuerda con las necesidades presentes. (2004: 8)

⁸ El restablecimiento integral del pasado tal vez solo sea posible en la ficción, tal como lo imaginó el escritor Jorge Luis Borges con su personaje *Funes el memorioso*, un hombre incapacitado para olvidar. La manera en que opera la memoria del personaje sería un ejemplo extremo de “conservación”. A partir del relato se plantean las funciones del olvido y su necesidad para la sana estructuración del pensamiento.

Las narraciones son una forma de expresar las rememoraciones de los acontecimientos y expresan la manera en que los sujetos construyen sentidos; por eso encontramos las memorias en forma de relatos comunicables, que deben tener un mínimo de coherencia (Jelin, 2012: 60), sobre todo porque las memorias son narraciones compartidas, y por eso podemos hablar de memorias colectivas.

El significado dado al pasado depende de varios factores, por ejemplo, se puede encontrar con relación a la carga afectiva que los acontecimientos dejaron en el sujeto o en las colectividades. En ocasiones, algunos sucesos involucran los sentimientos y emociones de quienes recuerdan, lo que los impulsa a una búsqueda de sentido y a reflexionar sobre el pasado. Según Bal, “es este compromiso afectivo lo que transforma esos momentos y los hace ‘memorables’” (citado en Jelin, 2012: 60).

2.2.Los usos de la memoria colectiva

Para que el pasado de un individuo o de una colectividad sea dotado de sentido y preste una utilidad en el presente, primero debe ser recuperado. Esto corresponde al derecho de saber, conocer y dar a conocer la propia historia, que es sustancial de la vida en democracia y por este motivo nada debe impedir que las memorias sean recuperadas. Cuando se trata de la rememoración de acontecimientos trágicos y traumáticos, el derecho al recuerdo se convierte en un deber (Todorov, 2008: 24, 26).

La utilización del pasado indica para qué ha de servir en el presente; la escogencia de contenidos e informaciones sobre el pasado se hace en nombre de ciertos criterios que orientan el uso que se hará de él (Todorov, 2008: 25).

Un buen uso del pasado se caracteriza por la superación de los recuerdos que nos resultan inaceptables; no se trata de aplicar el olvido sobre ellos, se trata de privilegiar su superación y de transformarlos para que no sean perjudiciales en el presente. Según Todorov, “la recuperación del pasado es indispensable; lo cual no significa que el pasado deba regir el presente, sino que, al contrario, éste hará del pasado el uso que prefiera” (2008: 39). En el psicoanálisis se le atribuye gran importancia a la recuperación de los recuerdos que han sido reprimidos pero que de una u otra manera permanecen activos y obstaculizan la vida de los sujetos. Al recuperarlos, no se espera que la persona les otorgue un lugar dominante en su vida, sino que los haga retroceder a

una posición donde sean inofensivos para poder controlarlos y desactivarlos; de esta manera, esos recuerdos no podrán ser olvidados, pero sí podrán ser dejados de lado (Todorov, 2008: 38, 39).

El trabajo desde el psicoanálisis propone recuperar los recuerdos en vez de reprimirlos. Estos postulados son válidos tanto para la vida individual como para la social ya que la represión de recuerdos no es un mecanismo exclusivo de la vida individual, las sociedades también reprimen fragmentos de su pasado. La propuesta psicoanalítica de recuperación y posterior reelaboración de los recuerdos inaceptables puede ser útil para abordar la memoria social.

En contraparte, se encuentran algunos casos en los que el olvido aparece como una opción de superación del pasado. La historia está repleta de ejemplos de grupos sociales que por una política anti-olvido han sostenido conflictos que se heredan de generación en generación durante muchos años. Es el caso de algunos países o grupos étnicos que justifican su agresión hacia otros por odios infundados mucho tiempo atrás pero que se conservan intactos en su memoria, lo que no permite que la manera en que se representan al otro cambie para que deje de ser su enemigo⁹. En estos casos, negarse a olvidar se convierte en un mal uso de la memoria.

Los usos de la memoria dependen de la forma en que se reelabora un recuerdo y de la utilidad que puede tener dicha reminiscencia. Es posible distinguir dos tipos de memoria, la *literal* y la *ejemplar*; la primera es el tipo de memoria que permanece intransitiva y no conduce más allá de sí misma, “extendiendo las consecuencias del trauma inicial a todos los instantes de la existencia” (Todorov, 2008: 50). La memoria ejemplar, por el contrario, se caracteriza como un duelo exitosamente realizado, que trasciende el recuerdo del acontecimiento en sí mismo y hace un uso de él para comprender situaciones nuevas. El ejercicio de la memoria ejemplar es liberador y permite utilizar el pasado en el presente (Todorov, 2008: 52-53). La caracterización de las memorias entre literales y ejemplares es útil en la medida en que ayuda a distinguir aquellas elaboraciones del pasado que sirven para extraer lecciones y aprendizajes, que

⁹ Todorov (2008) recoge algunos ejemplos de este tipo de abuso de la memoria, algunos de ellos son las agresiones que tienen su fundamento en la historia, como la de los serbios contra los otros pueblos de la ex Yugoslavia. Igualmente el antiguo conflicto entre judíos, cristianos y musulmanes que tienen pretensiones territoriales sobre Jerusalén. Otros casos recogidos por este autor aluden a la Alemania Nazi, la Italia fascista y la Rusia estalinista en donde se hicieron selecciones cuidadosas del pasado para reforzar el orgullo nacional.

se pueden generalizar y llevar a la esfera pública; en contraposición de aquellas memorias literales que se mantienen inamovibles, resultan dañinas por haberse reprimido o no prestan utilidad en el presente.

2.3. Memoria colectiva, memoria individual y memoria histórica

La memoria “necesita de una mediación lingüística y narrativa para ser comunicada, toda memoria, sin importar lo personal que pueda parecer, tiene un carácter social” (Rodríguez, 2008: 2). Un individuo no puede recordar sólo, recuerda con la ayuda de los recuerdos de los demás.

Para reconstruir el pasado se necesita hacer uso de nociones compartidas que provienen de la socialización, por ejemplo el lenguaje y los conceptos. Como menciona Halbwachs,

[...] para obtener un recuerdo, no basta con reconstruir pieza a pieza la imagen de un hecho pasado. Esta reconstrucción debe realizarse a partir de datos o nociones comunes que se encuentran en nuestra mente al igual que en la de los demás, porque pasan sin cesar de éstos a aquella y viceversa, lo cual sólo es posible si han formado parte y siguen formando parte de una misma sociedad. Sólo así puede entenderse que un recuerdo pueda reconocerse y reconstruirse a la vez. (2004a: 34)

De esta manera, los individuos participan en dos tipos de memoria, una individual y una colectiva. La primera “puede respaldarse en la memoria colectiva, situarse en ella y confundirse momentáneamente con ella para confirmar determinados recuerdos” (Halbwachs, 2004a: 54), se trata de una memoria personal, interior y autobiográfica. Por otra parte, se encuentra la memoria colectiva, que “envuelve las memorias individuales, pero no se confunde con ellas” (Halbwachs, 2004a: 54), esta es una memoria exterior, social e histórica y es más amplia que la memoria individual. La memoria colectiva, según Halbwachs, nos representaría el pasado de forma más resumida y esquemática, mientras que la memoria autobiográfica nos podría dar una representación continua y más densa (2004a: 55).

La memoria personal se apoya en la colectiva para encontrar sentidos del pasado, corroborar y complementar recuerdos. De la memoria exterior podemos obtener algunos recuerdos que se agregan a nuestra memoria individual; en algunos casos, a nuestros

recuerdos reales se añaden recuerdos ficticios obtenidos de testimonios y relatos que nos otorgan los otros pero que nosotros mismos no presenciamos o no podemos recordar. La importancia de la memoria individual se reconoce por su papel en la formación de la persona y de su identidad. Como menciona Jelin,

[...] cada persona tiene “sus propios recuerdos”, que no pueden ser transferidos a otros. Es esta singularidad de los recuerdos, y la posibilidad de activar el pasado en el presente [...] lo que define la identidad personal y la continuidad del sí mismo en el tiempo. (2012: 53)

Los grupos de pertenencia con sus entramados sociales y culturales, sirven de marcos para la producción de las memorias. Todo individuo es un ser social, su memoria está condicionada por los elementos de la sociedad a la que pertenece; por eso cobra vigencia el análisis de los contextos en los que se construyen y se recrean las memorias y los recuerdos. El contexto social es la trama que contiene elementos comunes y compartidos que permiten que la memoria individual y la colectiva se entrecrucen. “El recuerdo individual es sustentado y organizado por la ‘memoria colectiva’, o sea, por un contexto social del que forman parte el lenguaje, las representaciones sociales del tiempo y el espacio, las clasificaciones de los objetos y de la realidad externa al sujeto” (Montesperelli, 2004: 12).

La memoria individual está condicionada por las tramas colectivas en las que se inserta el individuo, sus recuerdos requieren de la mediación de los otros para poder ser convertidos en memoria, “el individuo necesita de los recuerdos de los demás (los que son cercanos y hacen parte de su grupo, de su familia, partido político, raza, etc.) para evocar su propio pasado” (Rodríguez, 2008: 2). La memoria de los grupos es una memoria colectiva, aunque cada miembro pueda recordarla con ciertas particularidades, narrarla con una voz propia y asignarla a su memoria individual. Lo que nos permite remitirnos a un recuerdo es que forma parte de un conjunto de pensamientos que son comunes a un grupo de pertenencia, es por identificación con ese grupo que asumimos sus intereses y la orientación de sus reflexiones (Halbwachs, 2004a: 172).

La memoria histórica puede considerarse como una memoria colectiva, pero tiene ciertas particularidades que la definen. Por memoria histórica entendemos “la serie de hechos cuyo recuerdo conserva la historia nacional” (Halbwachs, 2004a: 79), es la

memoria escrita o la memoria documentada que queda para el gran grupo de la nación. Un individuo no puede identificar su propia vida en ese inmenso relato de acontecimientos que seguramente no vivió, pero que reconoce gracias a recuerdos que otros le han compartido. Por lo tanto, la memoria histórica es una memoria exterior, que excluye el universo de lo íntimo.

Los eventos consignados en la memoria histórica sirven como marcos amplios, que ubican temporalmente el relato, son indicadores de procesos reconocidos de la historia nacional que sirven como contexto a otros relatos extraídos de la memoria individual o de memorias colectivas. El grupo nacional ha sido marcado por determinados hechos que componen la memoria de la nación; el individuo que no los ha vivido puede evocarlos gracias a que los ha copiado de otra memoria que no es la suya y que le ha sido transmitida por periódicos, libros o testimonios. Cada individuo posee un bagaje de recuerdos históricos, que puede aumentar con conversaciones y lecturas (Halbwachs, 2004a: 54).

Los acontecimientos históricos o nacionales, que aparentemente son exteriores a las circunstancias de la existencia individual, nos permiten situar la vida personal en la historia de la época y así, complementamos los marcos sociales a los que hemos pertenecido.

Si bien, la memoria histórica se conserva escrita, a manera de textos que contienen la historiografía, también se agregan eventos que se conocen por otras formas como la oralidad. Para Halbwachs, es importante el “vínculo vivo de las generaciones” como un mecanismo de transmisión de memorias, gracias a él se comparten no solo los hechos, sino también las formas de ser y de pensar de antaño (2004a: 66). Por eso le da un lugar privilegiado al papel social de los ancianos, por ejemplo el de los abuelos. Gracias a ellos se puede afirmar que los marcos colectivos de la memoria también representan corrientes de pensamiento y experiencias, y no se reducen solamente a fechas y nombres. Halbwachs menciona, “por historia hay que entender, no una sucesión cronológica de hechos y fechas, sino todo aquello que hace que un periodo se distinga de los demás, del cual los libros y los relatos nos ofrecen en general una representación muy esquemática e incompleta” (Halbwachs, 2004a: 60).

Según esto, podemos identificar una historia vívida que se distingue de la escrita, no se incluye en ella pero le permite a los individuos referenciar marcos vivos y naturales basados en su experiencia o en la de la colectividad a la que pertenecen para conservar y recuperar su propio pasado, muchas veces no contemplado en la memoria histórica.

2.4. Memorias, representaciones sociales e identidad

Las nociones de memoria y de identidad son dependientes entre sí; la identidad puede definirse como un sentido de igualdad a través del tiempo y del espacio, que se mantiene gracias al recuerdo; de igual manera, lo que recordamos está condicionado por las identidades que asumimos. Constantemente revisamos nuestras memorias para que encajen en nuestras identidades actuales (Gillis, 1996: 1). Como las identidades se transforman y cambian a lo largo de la trayectoria de vida, las memorias también se revisan y se modifican con relación a ellas.

Tanto la identidad como la memoria son fenómenos subjetivos que se relacionan con las representaciones de la realidad. De acuerdo con los universos sociales con los que nos identificamos, tendremos una u otra manera de concebir y representarnos algunos fenómenos de la vida social. Siendo así, a través de las representaciones se revela la identidad detrás de ellas. Como menciona Jodelet, “la representación es tributaria de la posición que ocupan los sujetos en la sociedad, la economía, la cultura” (1986: 475). Todo sujeto o grupo social tiene representaciones con relación a otros, por eso es importante conocer la identidad y la posición social del sujeto para conocer la manera en que piensa acerca de su realidad y del mundo que lo rodea.

Las construcciones discursivas que impregnan la memoria y que conllevan ciertas representaciones acerca del pasado sirven para evidenciar la identidad de quien las emite. Las representaciones sociales se encuentran en forma de imágenes que condensan significados, sistemas de referencia que nos permiten interpretar y dar sentido a la realidad, categorías o nombres que sirven para clasificar situaciones, sujetos, lugares, etc. Son una manera de interpretar y de pensar la realidad cotidiana. Podemos entender las representaciones sociales como una forma de conocimiento que se construye a partir de nuestra experiencias y de las informaciones que recibimos y transmitimos a través de la comunicación social (Jodelet, 1986), por lo tanto se caracterizan por ser componentes elaborados en lo social, adquiridos en la relación con los otros.

Las representaciones como formas de pensamiento se construyen con relación a procesos de socialización que no están por fuera de evoluciones económicas, políticas y culturales que organizan las prácticas colectivas; por ello se deben medir según las especificidades del contexto en que se produjeron. Un grupo o una sociedad comparten un sistema de representaciones y un sistema de valores que, a manera de conciencia colectiva, condiciona los contenidos del pensamiento, aun cuando se enuncia de modo individual (Chartier, 2005: 23).

Entonces, la manera de pensar de un individuo está condicionada por los grupos sociales en los que se relaciona y en los que construye su identidad: un grupo social se articula en torno a una “visión del mundo” compartida, entendida como el conjunto de aspiraciones, sentimientos e ideas que cohesionan a sus miembros y los opone a otros grupos (Chartier, 2005: 27).

Debido a la multitud de grupos y colectividades que conforman un mismo sistema social, existen diversas memorias colectivas. Estas memorias se pueden definir como “la selección, interpretación y transmisión de ciertas representaciones del pasado a partir del punto de vista de un grupo social determinado” (Jedlowski citado en Montesperelli, 2004: 15). De esta manera, es posible atribuirle una memoria a cualquier conjunto colectivo. Una memoria compartida contiene elementos comunes de identificación para sus miembros y contribuye a la cohesión social ya que contiene representaciones en las que se basa la identidad que unifica a las colectividades.

La memoria evoluciona con el grupo social que la contiene y la preserva. Cuando los grupos se desintegran, esa memoria desaparece pues ya no es reactivada como recuerdo grupal. Según Halbwachs, “olvidar un periodo de la propia vida es perder contacto con aquellos que nos rodeaban entonces” (2004a: 33).

Toda memoria responde a marcos sociales, en ellos pre-existen nociones, representaciones y prototipos que la persona individual aprehende. Al reconstruir los marcos sociales de referencia, se pueden atribuir ciertas características a los individuos insertos en ellos. Para Farfán, un «cuadro» (o marco) “es la condición espacio-temporal para ubicar cualquier representación a partir de su relación con la memoria, como acto relacionado con el pasado de un grupo social” (2008: 59). Por lo tanto, los marcos sociales nos indican el momento y el lugar específico en que fue posible determinada

representación sobre el pasado, transmitida a manera de memoria. Para entender el sentido de algunas representaciones es necesario rastrear el contexto de producción de las memorias.

Para Halbwachs, “no existe posibilidad de memoria fuera de los marcos utilizados por los hombres que viven en sociedad para fijar y recuperar sus recuerdos” (2004b: 101). Con esto, el énfasis se pone en los marcos que envuelven al individuo y que permiten que los recuerdos se conserven y se recuperen. Gracias al mantenimiento de los marcos sociales es posible la recuperación de la memoria colectiva que se ha fijado en ellos y la apropiación de esos recuerdos colectivos en la memoria individual.

2.5.Memorias oficiales y memorias subalternas: la lucha por la legitimidad

Las memorias que se comparten en el plano de lo público son juzgadas y valoradas por los demás. Esto se hace con el fin de legitimar o no los relatos, así se ejerce un control sobre el pasado y sobre cómo debe representarse en el presente y en el futuro. Son los demás quienes dan o quitan credibilidad y significancia a las reelaboraciones que construyen tanto los individuos como los grupos.

Los relatos y discursos que aparecen a partir del acto creativo del recuerdo no tienen significado ni validez por sí mismos, esto depende de que existan otros que los legitimen. Jedlowski menciona,

[...] si algo no es plausible –es decir, realista, sensato, verosímil o coherente con otras cosas dichas por los demás– se vuelve difícil para mí darle crédito. [...] lo que nadie a mi alrededor me confirma o menciona tiende a desaparecer y, si no desaparece, tiende a volverse *irrelevante*. (citado en Montesperelli, 2004: 14, énfasis original).

Son varias las instituciones que pueden dar legitimidad a una versión sobre el pasado, imponiendo unas memorias y dejando marginadas otras. La forma en que se construye la historia privilegia la memoria de algunos actores y permite que ciertas representaciones pasen a la posteridad. Algunos individuos o sectores de la sociedad conservan vivas sus memorias y las transmiten a pesar de los olvidos que se intentan imponer sobre ellas; aunque no sean consideradas legítimas u oficiales, esas memorias permanecen con la posibilidad de ser reactivadas y revaloradas. Jelin menciona que,

[...] pasados que parecían olvidados “definitivamente” reaparecen y cobran nueva vigencia a partir de cambios en los marcos culturales y sociales que impulsan a revisar y dar nuevo sentido a huellas y restos, a los que no se les había dado ningún significado durante décadas o siglos. (2012: 62)

Esto es lo que sucede con el resurgimiento de algunas memorias subalternas o marginadas sobre las que se ha impuesto una política de olvido para evitar que resten legitimidad a otras memorias impuestas en el plano público.

Usualmente, encontramos unas memorias dominantes ligadas a la construcción de la “historia oficial”; aunque existen diversas versiones sobre un acontecimiento es común que alguna de ellas se imponga. La construcción de memorias implica una lucha por la imposición de sentido, lo que se pone en disputa son unas representaciones acerca del pasado. Imponer una versión del pasado es permitir que se reproduzcan y perpetúen ciertas representaciones sobre lo acontecido.

La memoria, entendida como “campo de lucha por las representaciones” (Rodríguez, 2008: 2) implica que las memorias no pretenden reconstruir fielmente lo sucedido, sino que están mediadas por unos sentidos y unas intenciones sobre el uso del pasado. Los relatos que se construyen no tienen poder en sí mismos, deben ser legitimados por alguna institución, es importante conocer quién recuerda, cómo construye reconocimiento y cómo lucha por otorgarle legitimidad a su relato. Cuando se logra imponer una versión del pasado, otras memorias son derrotadas. En ocasiones las memorias que adquieren legitimidad y reconocimiento privan a otras de compartir el escenario de las memorias colectivas y cada vez terminan siendo más marginadas. El proceso de imponer una memoria en el ‘campo de lucha’ “no se guía por el respeto, el diálogo y la interacción armoniosa entre las posibles memorias colectivas alternativas sino por la intolerancia, la confrontación y una violencia narrativa y simbólica claramente hegemónica e incontestable” (Larrión, 2008: 73).

Las sociedades se integran en torno a unos significados comunes sobre su pasado, por eso quien logra dominar la memoria colectiva garantiza la perpetuación de un orden en la conciencia colectiva que unifica a las generaciones del presente y del futuro. Para Hobsbawm, se trata del uso del pasado y de la invención de la tradición, pues a manera de las sociedades tradicionales, la identidad grupal se fortalece en torno a la creación de

ficciones y relatos que hacen más “honrosos y venerables sus distintos espacios, tiempos y lenguajes” (citado en Larrión, 2008: 73). Para Montesperelli, “la memoria colectiva contribuye a la legitimación al conservar los significados institucionales en un conjunto coherente y vinculante” (2004: 38-39) es decir que la memoria compartida tiene un papel constrictivo al perpetuar el mantenimiento de algunos sentidos y significados que han sido legitimados para determinada colectividad. Montesperelli, parafraseando a Marx menciona que “las ideas del poder dominante son la memoria dominante”¹⁰ (2004: 44), con esto se evidencia que algunas construcciones dominan sobre otras, dependiendo de quién las emita, siendo así el poder dominante el que mayores posibilidades de legitimidad tiene al momento de imponer sus memorias.

Las “memorias oficiales” surgen en relación con “los grupos sociales dominantes [que] en el presente son quienes se encargan de fundar, gestionar e imponer una memoria unificadora fiel a su singular lectura del tiempo pasado” (Larrión, 2008: 72). Este tipo de memoria impone un relato homogéneo que difumina las contradicciones y no da reconocimiento a todos los actores que pudieron estar involucrados en la historia, por lo que quedan marginados. Las memorias oficiales buscan relegar otras memorias colectivas para que estas últimas desaparezcan o se adapten al relato que proponen. El uso de mecanismos represivos y de censura por parte de los poderes establecidos colabora a que un mismo orden cognitivo y existencial se perpetúe (Larrión, 2008: 73).

El problema por la legitimidad se hace evidente en la relación entre memoria e historia. La historia, aunque en su ejercicio trate de ser fiel a lo acontecido, también se ha convertido en una institución que legitima ciertos relatos y los dota de veracidad. La historia oficial usualmente deja en alto el nombre de actores políticos importantes y de individuos de élites; esta manera de construir y transmitir la historia se convierte en un “saber oficial” que corroe las representaciones del pasado que tiene la población, limitando sus posibilidades de resistir y gestionar la propagación de saberes alternativos.

Sin embargo, existen memorias subalternas que logran darse a conocer y que se valen de medios alternativos para ser difundidas. En los años posteriores a 1960 se impuso la búsqueda de tradiciones alternativas, dentro de esta tendencia surgió un interés por

¹⁰ La afirmación de Marx cita “las ideas de la clase dominante son en todas las épocas las ideas dominantes” (citado en: Montesperelli, 2004: 44).

reconstruir la historia de “los otros” (Rodríguez, 2008: 53). En esa época, la manera en que se interpretaba el pasado tuvo un giro, se recodificó. El interés se volcó hacia la historia de aquellos que no tuvieron protagonismo dentro del relato que reconstruía la historia oficial. Esos “otros” estuvieron marginados en las representaciones que transmitían los relatos históricos, sin embargo las memorias de estos sectores no desaparecieron y por eso fue posible ir en su búsqueda para integrarlas en la historiografía. Aun cuando los conflictos por la memoria logren la imposición de sentidos, dispensen victorias y sancionen derrotas, no es común que la memoria de los derrotados sea borrada del todo (Montesperelli, 2004: 47).

El olvido como acto político se promueve con la eliminación de evidencias que permiten la evocación y corroboración de lo que aconteció. Sin embargo, los recuerdos y las memorias de las personas involucradas se conservan ya que no pueden ser manipulados de la misma manera, excepto cuando las personas son sometidas al exterminio físico (Jelin, 2012: 63).

No todos los usos del olvido van en la vía de ser perjudiciales puesto que “el olvido bien gestionado permite tanto abandonar los recuerdos más paralizantes y desagradables como posibilitar la generación de nuevas identidades y memorias colectivas” (Larrión, 2008: 74). En ocasiones el olvido está al servicio de la superación de ciertos elementos del pasado que por su carga emotiva o incluso moral siguen siendo traumáticos e impiden la implementación de nuevos proyectos sociales. Al respecto, Larrión menciona, “se reconoce que el olvido dificulta el conocimiento de las responsabilidades y la asunción moral de las culpas, pero también se subraya que éste fomenta por ejemplo la formación de una nueva identidad nacional” (2008: 74).

Las políticas de conservación de la memoria, implican una “voluntad de olvido” pues seleccionan, preservan y conmemoran ciertas huellas, así como dejan de lado otras. “Esto incluye, por supuesto, a los propios historiadores/as e investigadores/as que eligen qué contar, qué representar o qué escribir en un relato” (Jelin, 2012: 63).

2.5.1.Reivindicaciones de memorias subalternas

Para rastrear las memorias subalternas es necesario acudir a fuentes no oficiales –como los recuerdos familiares y personales–, así como a otras formas de conocimiento que no

han sido recogidas en fuentes formales o institucionales que responden a criterios de poder y por eso son selectivas y excluyentes (Montesperelli, 2004). Recuperar las memorias de los olvidados los dignifica, a la vez que permite que la historia oficial sea reevaluada, que se complemente, se reescriba o se corrija.

A pesar de la difusión de la memoria oficial y de su legitimación por parte de sectores dominantes, las sociedades asisten a procesos de creación de memorias alternativas y al surgimiento de memorias marginales y subalternas. Los sectores sociales que se encargan de llevar a cabo estas reivindicaciones son aquellos que han sido calificados como minorías y que “con su defensa del derecho a la memoria, introducen un pasado en el presente, con el que modifican radicalmente el privilegio que detentan los grupos que hacen la historia del presente” (Farfán, 2008: 56). Estos sujetos tienen la intención de modificar su realidad a través de nuevas representaciones de su pasado que no han sido escuchadas. Son colectividades que defienden su derecho a construir o a transmitir unas memorias distintas mediante las que se legitiman como “sujetos de su propia historia” (Farfán, 2008: 56). Así, buscan superar las representaciones con las que han sido calificados “desde afuera”, sustituyéndolas por otras que los identifican.

Las memorias construidas desde las márgenes usualmente mantienen una relación de exclusión con las memorias oficiales, pero esto no las invalida en su esfuerzo por eliminar los estigmas o por romper los silencios que la historia tradicionalmente les ha impuesto. Lo novedoso en ellas es que proponen “una reconstrucción del presente a partir del pasado” (Farfán, 2008: 56), pretenden una transformación en el orden social, pues no se trata de revisar la historia oficial para señalar sus vacíos y omisiones, sino de guiar la acción del presente a partir de nuevas representaciones contenidas en la manera en que se reelabora el pasado; es rehacer el pasado con miras a la reconstrucción del presente y del futuro.

Esto abre el panorama sobre los usos que se ha dado a la memoria en distintas sociedades y sobre cómo la memoria ha logrado reivindicaciones importantes y liberadoras consolidando memorias colectivas que dignifican a algunos sectores y que ponen al descubierto los relatos que parecían estar relegados en el olvido.

2.6. La literatura como vehículo de la memoria

La literatura es una de las tantas formas de vehículos de la memoria que podemos encontrar. En ella se manifiesta el acto creativo en torno al recuerdo a manera de construcción narrativa; por lo tanto, mediante la escritura se construyen, se conservan y se transmiten memorias. Según Halbwachs, cuando se desintegran grupos sociales, su memoria colectiva queda sin soporte y el único medio para preservar sus recuerdos es “fijarlos por escrito en una narración ordenada ya que, si las palabras y los pensamientos mueren, los escritos permanecen” (2004a: 80).

Bajo una mirada histórica, encontramos que la escritura inauguró nuevas posibilidades para la memoria en comparación con la oralidad. Mediante ella, la memoria es fijada de manera más eficaz, además procura una mayor conservación del conocimiento (Montesperelli, 2004: 20). Los escritos se convierten en fuentes en las que podemos rastrear las memorias y los conocimientos consignados por otros, mediante ellos accedemos a visiones del mundo que nos comparten individuos y colectividades aunque no correspondan a nuestros marcos temporales y espaciales.

En el caso de la literatura, que para los estudios de la memoria puede considerarse como una fuente, se trata de un producto cultural cargado de subjetividad en el que es posible rastrear representaciones acerca de los hechos narrados. Nos transmite impresiones sobre distintos acontecimientos que han tenido lugar en diferentes contextos sociales y culturales. Los relatos recogidos en las obras literarias no son memorias en sí mismos, pero pueden concebirse así si se abordan como construcciones narrativas sobre los acontecimientos, cargadas de las interpretaciones que los individuos o las colectividades hacen sobre ellos. Si la literatura se aborda como vehículo de la memoria es porque se concibe como producto cultural que contiene representaciones y sentidos sobre distintos sucesos que no son ajenos o extraños a algún contexto sociocultural específico.

La literatura conserva una necesaria relación con los contextos culturales en que se produce. Incluso la literatura que contiene elementos fantásticos y maravillosos necesita un marco de referencia que delimite lo que puede o no puede ocurrir en una situación histórico-social (Barrenechea, 1996: 30). Dentro de este tipo de narraciones se encuentran las pertenecientes al “realismo mágico”, que han sido propuestas desde Hispanoamérica, y se caracterizan por poner en juego nuevos elementos narrativos

respecto a la verosimilitud de lo que se incluye en los relatos. En efecto, no se puede separar una obra de los marcos sociales en que es producida, el contexto social y cultural de producción de las obras literarias nos permite entender los códigos contenidos en ellas.

Las narraciones son un mecanismo para que los acontecimientos históricos sean reinterpretados. Es común que los escritos se elaboren a partir de recuerdos, por lo que establecen un diálogo con la memoria colectiva. Según Erll, “muchos relatos giran, por lo general, en torno a densos lugares o figuras del recuerdo. El mundo de las memorias colectivas es un *mundo de la narrativa* en cuyo ámbito el pasado ya se ha convertido, en gran parte, en estructuras significativas” (Erll, 2012: 201; énfasis original). Los acontecimientos existen como experiencia “prenarrativa”, pero cuando se elaboran mediante las palabras, se dotan de sentido y de significado y se convierten en memorias. Cuando esas elaboraciones se dejan por escrito se abre la posibilidad de que otros las reinterpreten y las agreguen a su memoria.

Gracias a los textos, las memorias se globalizan o son apropiadas por colectividades e individuos ajenos a las realidades en que surgieron. A través de los vehículos de la memoria es posible dar a conocer distintas versiones sobre los hechos y lograr que un público más amplio tenga acceso a ellas. Entonces el carácter local de las memorias se difumina. Aunque surjan con relación a contextos específicos y pertenezcan a una memoria colectiva identificable, las fronteras para la apropiación de los recuerdos que contienen son cada vez más escasas. Una memoria que en comienzo era regional, puede ser referida en un ámbito nacional e incluso internacional, siempre y cuando cuente con medios para ser difundida y divulgada.

Los libros, como ya hemos mencionado, son un medio propicio para vehicular memorias, sin embargo también tienen una estrecha relación con la construcción de la historia. Algunos relatos contribuyen en el campo de la historia al realizar una reconstrucción objetiva de los acontecimientos, mientras que otros se hacen desde las memorias. El primer tipo de relatos pertenece al análisis histórico, mientras que el segundo pertenece a la interpretación cultural (Rodríguez, 2008: 34).

Los relatos basados en las memorias “remiten a la temporalidad vivida, no implican una periodización definida y, ligados a la experiencia individual o colectiva, son de por sí

múltiples” (Pécaut, 2013a: 186). Los relatos históricos se basan en una periodización, dependen de criterios de verificación y pretenden ser unificados, por ello evitan mezclarse con las memorias que son múltiples y que los pueden alejar de los criterios de objetividad. Sin embargo, las memorias se apoyan en los relatos históricos para complementar o confirmar algunos eventos; y en ocasiones los relatos históricos se construyen tomando las memorias como punto de partida. Incluso los relatos históricos constituyen interpretaciones del pasado.

Aquellos relatos que mezclan fragmentos de memorias con relato histórico constituyen una “vulgata histórica” (Pécaut, 2013a), que es una versión del pasado con vacíos, tiene contornos poco definidos y no alcanza a componer un relato uniforme. Podríamos decir que la vulgata es el punto medio entre memoria e historia, incorpora categorías difusas de la memoria y le resta coherencia y objetividad al relato histórico.

Recordemos que los relatos históricos deben unificar y conjugar en una sola visión legítima las múltiples versiones sobre el pasado para crear una versión reconocida y compartida que trascienda las memorias míticas que dan lugar a representaciones vagas y confusas sobre lo sucedido.

Las memorias míticas no remiten a circunstancias específicas ni a actores concretos, por lo que se dificulta emitir juicios y superar los eventos traumáticos. Es posible que cuando el pasado se representa a manera de mito se recree constantemente para llenar los vacíos de una historia que no se ha logrado construir. Según Pécaut (2013b), el caso colombiano es un ejemplo de ese tipo de elaboraciones precarias del pasado violento porque no se ha logrado establecer un relato histórico reconocido y unificado que genere representaciones compartidas acerca de los fenómenos de violencia experimentados en el país, por ello se han privilegiado relatos de memoria transmitidos como vulgata o relatos míticos que hacen las veces de historia. En consecuencia, distintas generaciones se han representado la historia de Colombia como la historia de la violencia y en particular, le atribuyen a la Violencia de los años cincuenta el origen de todas las formas de violencia que se han vivido en el país, aun cuando ya son eventos distintos que no tienen entramados comunes.

Esta narrativa de la violencia en Colombia se fundamenta en una temporalidad mítica que da lugar a la repetición. Por eso, “la violencia de hoy no deja de ser vista como el

regreso de la violencia anterior, y sus formas, como idénticas a las que se habían dado” (Pécaut, 2013b: 130).

Los relatos que componen una memoria mítica son una forma de representar los acontecimientos. En ellos aparecen elaborados los hechos que también son objeto de estudio para la historiografía, sin embargo, su forma de elaboración que no es objetiva ni verificable, no puede ser interpretada como un relato histórico.

Lo que logra la literatura es elaborar literariamente las representaciones que se encuentran en las mentalidades colectivas, y se convierte en reflejo de impresiones compartidas. Los textos son evidencias de memorias preexistentes que contribuyen a la renovación de la memoria colectiva, siempre y cuando los lectores les atribuyan una relación con la realidad (Erll, 2012: 218). Algo que realmente sucedió y que está en la memoria de los lectores puede dotarse de nuevos significados a partir de los textos literarios; estos determinan versiones del pasado y desempeñan un papel importante en la construcción de memorias colectivas pues le transmiten al lector identidades colectivas, imágenes de la historia, valores y normas (Erll, 2012: 217). La literatura participa en la construcción de historias alternativas sobre el pasado, que en ocasiones se enfrentan con las representaciones formales u oficiales sobre los acontecimientos.

Leer no es un acto pasivo, al contrario, requiere unas actitudes intelectuales que permiten la reapropiación, el desvío, la desconfianza o la resistencia por parte del lector, lo que imposibilita su sometimiento al mensaje ideológico o estético (Chartier, 2005: 38). Por lo tanto, los textos se construyen con las reinterpretaciones que se dan a cada lectura.

2.7. Balance de estudios sobre el tema

La relación entre memoria y literatura ha sido considerada por distintos autores que reconocen la importancia de las narrativas literarias dentro de la interpretación de situaciones históricas. Son diversos los estudios en los que las novelas y los cuentos se convierten en fuentes que nos hablan del pasado o son evidencias de un proceso de construcción de memorias. A continuación daremos cuenta de algunas experiencias investigativas que utilizan obras literarias como fuentes y que tienen por objeto analizar

la relación que mantienen las reconstrucciones narrativas con los distintos acontecimientos históricos a los que se refieren.

El primero de los estudios se titula *Los vehículos de la memoria. Discursos morales durante la primera fase de la violencia (1946 – 1953)* desarrollado por Nicolás Rodríguez Idárraga. El autor considera que las obras literarias y los discursos producidos en el periodo de 1946 a 1953 son vehículos de la memoria de la violencia partidista que tuvo lugar en varias regiones del país desde antes de la década de los cincuenta y que se extendió hasta comienzos de la década de 1960.

El interés del estudio está en la memoria de la época de la Violencia que se rastrea en la literatura. Por lo tanto, su punto de partida está en definir la memoria como una construcción narrativa en la que las condiciones sociales de existencia de los individuos son dotadas de significado. El autor privilegia la pregunta sobre quiénes narran la Violencia, pues a partir de la posición social de quien relata se puede conocer quién le da o le quita legitimidad y reconocimiento (Rodríguez, 2008).

Rodríguez maneja como hipótesis que la intensidad de los hechos de violencia produjo una crisis en el orden simbólico y eso llevó a que se produjera una eclosión de textos para explicar lo que estaba sucediendo. Otra consecuencia de la crisis sería que las personas que vivieron la Violencia tuvieron que definir con mayor precisión sus identidades y las de aquellos que las rodeaban, lo que implementó un discurso moral en que se evidenciaba claramente una diferenciación entre un “nosotros” y un “ellos”.

Este trabajo recoge el debate sobre la validez del uso de textos literarios y testimoniales para los estudios sobre la Violencia. El autor expone que usualmente estos textos han sido desechados al ser considerados “maniqueístas” o contaminados por su carácter de denuncia, por ser testimoniales o por apegarse a un discurso en el que se muestra una afiliación partidista a alguno de los bandos en disputa (Rodríguez, 2008). Sin embargo, reivindica la necesidad de reconstruir una parte de la historia de la Violencia a partir de estas obras.

Para el autor, el maniqueísmo con el que se narraban los acontecimientos es una muestra del tipo de representaciones que circulaba y que se intentaban imponer para darle sentido al pasado. Considera que es una característica común a todos los vehículos

de la memoria de esa época, incluyendo los libros de historia que fueron un medio utilizado por los conservadores en la lucha por la imposición de representaciones.

Rodríguez distingue entre la literatura *de* la Violencia y la literatura *sobre* la Violencia. La primera se produjo a partir de 1948 con el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán; se caracterizaba por ser, en su mayoría, de corte liberal. Con estas novelas se abre la discusión sobre la necesidad de que quien escribe tenga una relación con los acontecimientos, el carácter testimonial tiene un peso importante. Por otro lado, la literatura *sobre* la Violencia, posterior a 1960, no se caracteriza por privilegiar la experiencia de los testigos sino que da lugar a relatos en los que el narrador no ha vivido los hechos directamente. Esto demuestra que a pesar de la disminución de los hechos de Violencia a partir de la instauración del Frente Nacional, el fenómeno siguió siendo un tema inconcluso que requería de elaboración, incluso para aquellas personas que no lo vivieron directamente, pero que de una u otra forma, se consideraban involucradas o afectadas por él.

De manera complementaria, Rodríguez hace un balance de la historiografía acerca de la Violencia. Recoge algunos estudios de historia en los que se reconoce que hasta entonces la elaboración del pasado de la Violencia había sido elaborada por textos no respaldados por el mundo académico, en los que apenas se empezaba a clasificar y utilizar los discursos como fuentes primarias, por ejemplo, el trabajo de Fals Borda, Guzmán y Umaña titulado *La Violencia en Colombia*, publicado a comienzos de la década del sesenta.

Metodológicamente, Rodríguez analiza cuatro textos elaborados por personalidades diferentes (un cura de filiación liberal, un obispo ultraconservador, un guerrillero liberal y un policía conservador), para examinar la manera en que construyeron sus experiencias de la Violencia con relación a la posición social que asumía cada uno de ellos. Cobra importancia el hecho de que cada autor encarnaba roles que los llevaban a asumir de una clara identificación con los elementos ideológicos de los partidos que se enfrentaban.

Lo que se busca a partir del trabajo con estos vehículos de la memoria es demostrar que los relatos que transmiten tienen un carácter de discursos morales en los que se representan los acontecimientos como una oposición entre el bien y el mal, buscando

imponer un sentido en el que se culpabiliza a los representantes del partido contrario y se enaltece el actuar del partido con el que se identifica. El análisis de la construcción de memorias busca reconocer la lucha por la imposición de representaciones y de sentidos que hay detrás de ellas.

Otro estudio que elabora la relación entre la literatura y la memoria es el de Ana María Restrepo, titulado *Literatura y memoria. Sobre la narrativa de las guerras civiles en Colombia a finales del siglo XIX*. En él, los cuentos y novelas sobre las guerras civiles producidos durante el siglo XIX, son considerados como construcciones de memoria. A partir de lo expuesto por Jacques Le Goff, se plantea la utilidad de la memoria para actualizar informaciones e impresiones pasadas. En las obras literarias se registra el pasado y se dispone para que sea actualizado con las “acciones de la lectura” (Restrepo, 2009). La autora retoma a Roger Chartier para caracterizar a las obras literarias como constructos que no son fijos, que se actualizan en el reencuentro entre una proposición y una recepción, que se construyen en dos sentidos, desde sus formas, motivos y estructuras y desde las diversas maneras en que los públicos se adueñan de ellas.

Las obras literarias utilizadas en este estudio se seleccionaron por la cercanía temporal de los autores con los sucesos históricos, así se asume que quien relata es a la vez un testigo y un intérprete de su tiempo. Restrepo considera que los autores a través de sus obras le dan nuevas significaciones a los procesos humanos y cumplen un papel en la construcción de la historia de la literatura y de la memoria histórica. Para ella, la importancia de las obras literarias también radica en que en ellas se construye “otra historia”, la de los sujetos que no pertenecían al ámbito de la vida pública y cuyas experiencias no fueron recogidas por la Historia. Las experiencias de los individuos contienen hechos “incomodos” para el recuerdo, como los relatos de muertes y desapariciones, contados desde el sufrimiento y la tristeza o desde la inconformidad.

Para la elaboración del trabajo, la autora reconstruye el contexto histórico, social y literario de producción de las obras literarias. Se remite a la historia del siglo XIX y de las guerras civiles mediante trabajos académicos de historiadores y sociólogos. Para el análisis literario, se vale de trabajos sobre historia literaria y crítica literaria en Colombia. Posteriormente, analiza la construcción de los personajes (los héroes, los cobardes, los reclutas, los soldados y las mujeres heroínas), del tiempo y del espacio en el contexto discursivo de las obras literarias. Concluye que a través de los personajes

que son variados e incluyentes (mujeres, hombres, niños, de distintas posiciones sociales), se conoce el relato de la guerra, es un dar a conocer lo que los personajes experimentan como muestras de las individualidades frente a las guerras civiles. Con el reconocimiento de todos los tipos de personas que vivencian la guerra, se complementa un vacío de los análisis históricos que no comprenden los casos particulares ni la diversidad de sectores afectados por los acontecimientos.

Restrepo también analiza las obras literarias a la luz de los planteamientos políticos y sociales que dejan evidenciar los imaginarios, las posiciones y las representaciones frente a la guerra civil, abordándolos como asuntos públicos que tuvieron un efecto sobre los individuos del siglo XIX más allá de sus elecciones individuales. En este sentido, se trata de analizar cómo el ambiente de la guerra incidió en los individuos y qué efectos produjo en sus subjetividades (Restrepo, 2009: 57). Finalmente, este trabajo considera que las novelas y los cuentos del siglo XIX se convierten en monumentos de la historia porque la llenan de significados y de representaciones que buscan dejar memoria.

Otro texto considerado como referente para la presente investigación es un artículo titulado *Novela negra y Memoria en Latinoamérica* de Alexander Salinas, el autor afirma que este tipo de ficción literaria ha permitido una nueva construcción de memoria colectiva que recoge “pasajes oscuros” del pasado político de Latinoamérica, que no se incluyen en la historia oficial.

Para Salinas, la novela negra representa la ficcionalización de la historia, plantea una nueva perspectiva histórica y contribuye a la construcción de la memoria histórica de Latinoamérica. Según él, la novela negra es un espejo de la historia del continente, a través de ella se puede entrar al pasado para revivirlo, redireccionarlo y mostrarlo desde un nuevo punto de vista (Salinas, 2007: 337).

El autor toma dos novelas de autores distintos y provenientes de dos países diferentes para mostrar las particularidades de este género. Son las novelas *Agosto* del brasilero Rubem Fonseca y *Abril rojo* del peruano Santiago Roncagliolo. De ellas, resalta la importancia de los personajes y sus realidades, pues son los sujetos que construyen la historia, que se puede contrastar con las realidades propuestas por la historia oficial. Según Salinas, desde los dramas personales de sujetos que para la historia son anónimos

y sin importancia, se puede reconstruir la memoria colectiva de un país y acercarse a su realidad.

Finalmente, Salinas analiza cómo las dos novelas desde contextos históricos, sociales y geográficos tan diferentes, tienen estrategias similares para reconstruir la memoria sobre ciertos pasajes de la historia latinoamericana (2007: 341). Por ejemplo, le dan voz a los sujetos que han sido víctimas de la corrupción y la violencia en sus ciudades y retratan a aquellos personajes que son oprimidos por fuerzas más poderosas que ellos. Aunque se reconoce que estas novelas no cuentan relatos veraces, son útiles en la medida en que nos remiten a imágenes cotidianas de las ciudades de Latinoamérica. Todo el género constituye un punto de intersección entre las realidades de países diferentes pero que se reconocen en procesos similares, lo que lleva a construir una memoria colectiva para toda la región. Según el autor, estas narrativas permiten que nos pensemos como sujetos y que evaluemos la responsabilidad que tenemos sobre nuestro pasado (Salinas, 2007: 342).

2.7.1. Estudios específicos: las bananeras en la literatura

Los siguientes trabajos son experiencias investigativas que se enfocan en la relación de las obras literarias con la huelga y la masacre de las bananeras.

El trabajo de Nicolás Pernet titulado *La masacre de las bananeras en la literatura colombiana* reconoce la importancia de la literatura colombiana, especialmente el papel de la novela *Cien años de soledad*, en los años sesenta y setenta para que la masacre de las bananeras, ocurrida en 1928, surgiera del olvido histórico y se hiciera presente en la conciencia histórica y política. Así se desencadenó una “obsesión rememorativa” que se apoderó de la opinión pública nacional e internacional lo que favoreció a que se le diera utilidad al recuerdo de ese acontecimiento. Según el autor, a partir de la rememoración que ejerció la literatura, el ámbito académico también empezó a hacer contribuciones sobre el tema. De igual manera, los movimientos sociales que reivindicaban a las víctimas de la masacre empezaron a apoyarse en las obras literarias.

Pernet caracteriza a la narración literaria como “uno de los bastiones de la preservación y la transmisión de la memoria y la interpretación de un suceso histórico de trascendental importancia para el país” (2009: 223). El autor considera que la literatura

es una fuente en la que se encuentra una mediación entre la ficción y la realidad histórica en la que están insertos los escritores.

Las novelas fueron pioneras en recoger la memoria de las bananeras que hasta entonces se había mantenido dentro de la tradición oral del Caribe colombiano. Pernet expone que gracias a las elaboraciones narrativas que preservaron y transmitieron la memoria se logró que la historia se ocupara nuevamente del acontecimiento.

Por otro lado, se encuentra el trabajo de David H. Bost, titulado *Una vista panorámica de las respuestas literarias a la huelga de las bananeras de 1928*. Se enfoca particularmente en cuatro novelas que retoman la huelga y la masacre¹¹. Según el autor, estas novelas hacen parte de un amplio grupo de respuestas periodísticas y literarias que desarrollaron el interés por las situaciones que habían marcado cambios en la evolución histórica de los países. En Latinoamérica particularmente, la literatura se habría encargado de construir historias ficticias sobre sucesos del pasado (Bost, 1991: 12).

Bost analiza las particularidades de cada novela y encuentra que aunque todas dependen de un referente histórico común, en la narración acuden a una diversidad de tendencias y estilos literarios. Cada autor presenta una versión individualista e idiosincrática que difiere mucho de las demás; sin embargo, todos guardan cierta fidelidad a las fuentes históricas conocidas sobre el tema. El autor demuestra el uso de fuentes históricas por parte de los autores de las novelas y cómo las usan para subvertir la historia oficial por medio de la ficción.

Es decir que los cuatro novelistas considerados para el estudio relatan una secuencia de acontecimientos que conducen a la masacre y que no escapa de coincidencias respecto a los sucesos históricos. El autor se vale de distintos estudios académicos para dar cuenta de los eventos que enmarcaron la huelga y los compara con las distintas alusiones a ellos que aparecen en las novelas. Este trabajo sugiere que las imprecisiones históricas y los vacíos en torno a la reconstrucción de los acontecimientos han dado libertad a los novelistas para especular sobre algunos hechos; por ejemplo, sobre el número de muertos.

¹¹ Las novelas consideradas por este autor son: *La casa grande* de Álvaro Cepeda Samudio, *Zigzag en las bananeras*, de Efraín Tovar Mozo, *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez y *Los muertos tienen sed*, de Javier Auqué Lara. Dos de estas novelas también son consideradas en la presente investigación.

Para Bost, por medio de estas ficcionalizaciones de la historia, es posible evidenciar las simpatías y las posturas de los autores acerca de lo sucedido. Así, identifica en algunas novelas la intención de denunciar lo acontecido con un claro propósito político (Bost, 1991: 15). Según el autor, el abordaje de este tema en la literatura demuestra la fusión entre arte y política y un compromiso por parte de los autores.

Concluye que la literatura atiende la necesidad del revisionismo histórico e intenta asir la complejidad del pasado aunque sea por medio de moralismos políticos. La actividad literaria en torno a un hecho histórico permite que el pasado llegue al presente así sea mediante manifestaciones ficticias.

CAPÍTULO 3

EL FINAL DE LOS AÑOS VEINTE Y LA MASACRE DE LAS BANANERAS

Al final de la década del veinte se acumularon varias tensiones sociales, políticas y económicas que condujeron al derrumbe de la república conservadora, que se había perpetuado en el poder durante más de cuatro décadas; justo ahí se ubican los sucesos de las bananeras, por lo que su recuerdo comúnmente es asociado con el fin del conservadurismo y la transición hacia la república liberal en 1930. A continuación realizaremos algunas observaciones acerca del contexto de los años veinte para comprender los factores que posibilitaron la huelga y la masacre.

3.1. Algunas consideraciones sobre los años veinte

Los conservadores habían gobernado desde 1886, cuando el país aún se encontraba bajo las guerras civiles que cerraron el siglo XIX. Sin embargo, en 1902, al finalizar la Guerra de los Mil Días, se terminó un ciclo de violencia y el inicio del siglo XX se caracterizó por la ausencia de guerras civiles, aunque también tuvo formas de violencia y represión.

Con la finalización de las guerras civiles, la clase dirigente se encontró ante un marco de oportunidad para desarrollar acuerdos políticos que ayudaran a disminuir los conflictos y consolidar la pacificación del país con fines económicos ya que los empresarios y comerciantes, así como altos dirigentes de ambos partidos políticos tradicionales, consideraban que el desarrollo del país sólo se lograría de la mano de inversión extranjera y que los inversionistas no dispondrían el capital a menos de que se mostrara una nación en paz (Melo, 1991).

Desde 1910 empezó una era de notoria estabilidad política, muy distinta de la “inestable política del siglo anterior, la política de disputas ideológicas fundamentales y de exclusividades partidistas” (Bergquist, 1981: 289). El conflicto entre liberales y conservadores que marcó el siglo XIX se aminoró a lo largo del XX e incluso las élites dirigentes de los dos partidos tradicionales buscaron acuerdos y negociaciones para que ambos tuvieran representación efectiva en los cuerpos legislativos.

El gobierno de los conservadores desde 1900 hasta 1930 impulsó proyectos encaminados a la modernización, por eso durante los años veinte se produjeron

transformaciones propias del paso hacia una sociedad moderna (Melo, 1985), por ejemplo la apertura de rutas de transporte, mayor urbanización, creación de industrias nacionales, el auge cafetero y la apropiación de tendencias culturales provenientes de Europa y Estados Unidos. Todos ellos fueron cambios que transformaron el modo de vida pastoril que hasta entonces había caracterizado al país, cuya población era mayoritariamente rural (Uribe, 1991).

La intervención extranjera fue determinante, pues no solo se hizo en forma de inversiones económicas y préstamos, sino que a través de ella se introdujeron costumbres, modas, tendencias y objetos o avances tecnológicos que implicaron nuevas actitudes y formas de pensar en los sectores de la sociedad que podían tener acceso a ellos. Colombia se empezaba a integrar en la llamada sociedad de consumo y consolidaba su inserción en el sistema de producción capitalista (Uribe, 1991).

La intervención extranjera también fue crucial para el proyecto de modernización del Estado, especialmente por la solicitud de las misiones extranjeras, contratadas por el gobierno colombiano para el diseño de planes educativos, militares, de salud y económicos. Algunas de las misiones más reconocidas son la misión militar suiza, la misión penal italiana, la médica francesa y la pedagógica alemana. La misión más exitosa en su implementación fue la misión financiera y administrativa norteamericana denominada misión Kemmerer, que en pocos meses logró la aprobación en el Congreso de varias leyes sobre sistema monetario y bancario, así como la reorganización de algunos ministerios y la reforma de contabilidad nacional; igualmente logró la creación del Banco de la República, el control de bancos privados y la estabilización de la moneda (Helg, 1986). Lo anterior es muestra de la diversidad política y cultural de las influencias extranjeras en el país. El origen de las misiones fue diverso para evitar el monopolio por un solo país, y su accionar estuvo vigilado y limitado por parte de asesores e instituciones nacionales. La tendencia de solicitar misiones para delinear los sistemas e instituciones de carácter público para el fortalecimiento del Estado, se explica tanto por las características de la élite colombiana como por imperialismo europeo y norteamericano (Helg, 1986).

La contratación de las misiones se dio con la llegada de los primeros millones de dólares pagados por Estados Unidos como compensación por la separación de Panamá. El pago de 25 millones de dólares como reparación material por la cesión del territorio

se hizo dividido en cuotas de cinco años (Tirado, 2003) y fue un motivo para que el país se sintiera fortalecido económicamente. A esa época se le conoce como “la danza de los millones” debido a la euforia colectiva generada a partir de la inversión para el despegue económico (Uribe, 1991).

Tal vez uno de los factores más influyentes en las transformaciones de la década del veinte y en el mantenimiento de un ambiente político libre de conflictos fue el fortalecimiento de la economía cafetera. La producción y las exportaciones de café estaban en un auge que produjo grandes ganancias para el país y permitió el aumento de la capacidad de gasto del Estado desde finales del siglo anterior. Como menciona Melo,

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX el país asistió a una transformación económica que produjo los más hondos efectos sobre la estructura de la sociedad colombiana: el desarrollo acelerado de la producción de café y la conversión de este grano en el principal producto de exportación [...]. En 1893 se calculó que la inversión en café podría producir una rentabilidad superior al 50%, y aunque el rendimiento real debió resultar mucho más bajo [...] tal rentabilidad era insólita en cualquier otro tipo de inversión de la época. (Melo, 1991)

La expansión prolongada y sostenida del mercado del café produjo una transformación en la política colombiana porque “consolidó la hegemonía política de los intereses importadores-exportadores bipartidistas” (Bergquist, 1981: 290) y llevó a un conceso ideológico y programático entre las élites de ambos partidos lo que permitió dar solución a problemas económicos y políticos para legitimar y estabilizar el nuevo orden.

Otra de las grandes transformaciones de la década del veinte se encuentra en la creciente urbanización, incentivada por el aumento de la masa de trabajadores asalariados; no obstante, el crecimiento urbano fue desordenado y la presión por la vivienda elevó el valor de la tierra y el precio de los alquileres (Archila, 2001: 187). El traslado de la población rural a las ciudades aumentó la tasa demográfica urbana y empezó a modificar la composición y distribución poblacional en el país, así como contribuyó a la creación de nuevos hábitos y estilos de vida y de necesidades sociales y económicas que no se habían previsto y que en muchos casos se volvieron críticas.

A pesar de los acuerdos entre los partidos políticos y del orden social y económico que contrastaba con el estado general del siglo anterior, la década del veinte se caracterizó

por crisis que llevaron a la irrupción de movimientos sociales y a la expresión de conflictos dentro del escenario político.

Los conflictos expresados en la década del veinte correspondieron más al orden social que al político pues surgieron como manifestaciones de la sociedad civil, en forma de movimientos sociales propiciados desde distintos sectores. Quienes más se movilizaron fueron indígenas, trabajadores rurales, estudiantes, trabajadores al servicio del Estado y la naciente clase obrera (Archila, 2001: 185). A lo largo de toda la década, hubo un gran número de huelgas de trabajadores, que aumentaron a partir de 1919.

Los principales motivos para la irrupción de las movilizaciones se encuentran relacionados con el crecimiento del número de trabajadores. Debido a la expansión económica y al desarrollo industrial y de obras públicas hubo mayor vinculación de personas en nuevas áreas de la producción nacional. A la clase obrera se sumaron sectores asalariados de las obras públicas, los ferrocarriles, la zona bananera, petrolera, cafetera y azucarera (Uribe, 2007). Cada vez eran más las personas vinculadas al mercado del trabajo, que abandonaban la producción agrícola y migraban a los núcleos urbanos, con lo que se consolidaba una clase obrera con intereses y necesidades similares lo que propició su organización, muestra de ello es la creciente sindicalización en el país (Archila, 2001).

Además del aumento de las demandas de los trabajadores y de la expansión urbana desordenada y económicamente insostenible, hubo otras condiciones económicas y políticas que contribuyeron al abandono de la denominada “cuestión social”, con lo que se acrecentó el estado de crisis que llevó a la deslegitimación del gobierno conservador.

Al final de la década del veinte hubo un periodo de declinación desde 1927 hasta 1930 debido a que el progreso y desarrollo experimentados a lo largo de la década se tradujeron en una gran deuda correspondiente, sobre todo, a los préstamos con otros países; si al comienzo del siglo se vivía “la danza de los millones”, el final de los años veinte se denominó como la “prosperidad a debe”¹².

Los compromisos económicos con otros países se sumaron al aumento de la inflación que incrementó el costo de vida. Además de la crisis agraria, expresada en el desplazamiento de más de 30 mil trabajadores del campo para emplearlos en el

¹² La expresión fue popularizada por Alfonso López Pumarejo.

creciente sector de las obras públicas, lo que perjudicó a la agricultura, sector fundamental de la economía. El estado crítico del agro se dio por la dificultad de los productores rurales de abastecer la creciente demanda urbana, y por la agudización de los conflictos entre propietarios, apareceros y colonos (Melo, 1991).

A la crisis social y económica se sumaron los problemas dentro de la clase dirigente conservadora y en el escenario bipartidista. El conservadurismo había instaurado un gobierno represivo que difícilmente otorgaba margen de oportunidad para que la oposición accediera a cargos gubernamentales; para mantener su control y predominio era frecuente la manipulación de las elecciones y ya tenía arraigada una tradición de fraude (Melo, 1991). Aunque el liberalismo no quedaba completamente exento de participación ya que se le reservaban algunas curules, éstas no correspondían a cargos importantes y nunca lograron acceder al ejército, ni a las gobernaciones o alcaldías más representativas. Algunos sectores como el liberalismo de izquierda eran aún más marginados, y se negaba completamente la posibilidad de participación para otros partidos por fuera del sistema bipartidista, por ejemplo el PSR.

El orden bipartidista también se sostenía por la existencia de una sola mentalidad de la clase dirigente, ya que tanto el Partido Liberal como el Conservador no tenían distinciones ideológicas de fondo, ni diferían en cuanto al modelo político y económico que debía regir el país. La única brecha entre ambos partidos consistía en su posición frente a la participación que debía tener la Iglesia en la conformación del Estado (Melo, 1991). La élite dirigente instauró un sistema excluyente que obstruía la formación de nuevos partidos y la expresión de ideologías distintas.

Sin embargo, el aumento de los sectores trabajadores y la irrupción de los movimientos sociales desencadenaron un proceso de integración de nuevos grupos obreros y sectores campesinos que empezaron a expresar intereses propios. Melo menciona que entre estos núcleos obreros hubo una fuerte adhesión a los ideales socialistas y una progresiva separación de los partidos tradicionales (Melo, 1991); ello contribuyó al cambio en las representaciones sobre la política en el país y amplió a los cuestionamientos contra el gobierno conservador, posibilitando la transición hacia el gobierno liberal en 1930.

El declive del conservadurismo también fue una expresión del inconformismo de la clase dominante que ya no se sentía representada por un régimen que se apoyaba en la Iglesia y en la policía. Además, sus temores aumentaban por las concesiones otorgadas

apresuradamente a los extranjeros, por el endeudamiento y por el quebrantamiento de los antiguos esquemas ideológicos (Pécaut, 2012).

El último gobierno del conservadurismo, que correspondió al presidente Miguel Abadía Méndez (1926-1930), se percibió como el gobierno en el que se acumularon varias crisis y tensiones, como el aumento de la inflación, la caída de las exportaciones, la desatención en la proyección urbana, los privilegios a las compañías extranjeras, etc. En su gobierno fueron comunes las movilizaciones sociales, que se reprimieron fuertemente. Entre ellas se encuentra la emblemática huelga de la zona bananera que concluyó en masacre.

3.2. Acerca de la huelga y la masacre de las bananeras

A saber, la masacre de las bananeras no puede ser explicada sin remitirse a su antecedente más inmediato, el conflicto laboral de 1928 en la zona bananera; ni al contexto nacional que llevó a las autoridades a apelar una “razón de Estado” como argumento definitivo para acabar a sangre y fuego con el conflicto (Archila, 2009).

Por “masacre de las bananeras” se conocen los eventos sucedidos en Ciénaga, Magdalena entre el 5 y 6 de diciembre de 1928, cuando el ejército colombiano asesinó a un número indeterminado de trabajadores de la zona bananera.

La resolución por parte del ejército de abrir fuego contra los trabajadores se dio tras haberlos sentenciado como “bandoleros” e identificarlos como una amenaza comunista para el país; todo ello debido a que meses atrás los trabajadores habían iniciado una huelga, protestando por las condiciones laborales que ofrecía la *United Fruit Company* (UFC), compañía frutera estadounidense que controlaba el negocio de banano en la región. La huelga, que paralizó las actividades de la compañía, que recibió apoyo del recién creado Partido Socialista Revolucionario (PSR) y que era una muestra más de la conformación del movimiento obrero en el país, fue concluida a sangre y fuego como resultado de la complicidad entre el ejército y la compañía; sin embargo, todo el evento tiene relación con las condiciones sociopolíticas de la época.

3.2.1. La economía bananera

El conflicto laboral que llevó al trágico desenlace de la masacre estaba estrechamente relacionado con las condiciones de producción económica de la región, específicamente

con su economía de enclave bananero. Desde la segunda mitad del siglo XIX, la región del Magdalena presentaba una actividad económica creciente impulsada por el sector agrícola. Su ubicación geográfica la hacía apta para el cultivo de los principales productos de exportación y, por su cercanía al mar, la región era propicia para el transporte y el comercio hacia el exterior. Debido a la ausencia de una política económica nacional, la iniciativa de incorporar al Magdalena al mercado de exportación estuvo liderada por la clase terrateniente comercial de Santa Marta y de Barranquilla, distribuida en algunas familias tradicionales que, con el tiempo, llegarían a ser importantes cultivadores de banano (Ramos, 1990).

Debido a las perspectivas de la exportación de banano hacia Estados Unidos, los hacendados locales decidieron apostarle a la siembra de esa fruta. En 1892, un norteamericano llamado Minor Cooper Keith, que se había asentado en América Latina con el negocio de los ferrocarriles, fundó la *Colombian Land Co.* especializada en la producción de banano. Esta compañía, junto a *The Santa Marta Railway Company*, quedó en manos de un solo apoderado en Santa Marta. Las actividades de ambas compañías estaban encaminadas a un mismo interés monopólico y contribuyeron a la formación de la *United Fruit Company* (Botero & Guzmán, 1977).

El crecimiento de las exportaciones de banano resultó en un enclave agrícola especializado en el cultivo de esa fruta. Por economía de enclave se entiende

[...] una forma de producción fomentada por la inversión imperialista [que] establece un monopolio sobre el proceso de producción en sus diferentes fases. Igualmente incide de forma dominante en esferas de la vida social y política por fuera de la órbita estrictamente económica. [Es] una forma enquistada y con vida propia, al margen del contexto nacional. (Botero & Guzmán, 1977: 311, 312)

De manera particular, el enclave bananero del Magdalena, controlado en su totalidad por la compañía estadounidense UFC, se caracterizó por el exceso de monopolios y “por el control que estableció del uso de las aguas, del transporte tanto terrestre como marítimo, de las comunicaciones en general así como el control que ejerció sobre la tierra y a los contratos a que sometió a los grupos nacionales” (Botero & Guzmán, 1977: 341). Debido a su actividad invasiva, la compañía terminó por imponerse en la región de manera exclusiva, lo que le permitió transformarla a su conveniencia.

Al ser Colombia una economía dependiente, su proceso de transformación capitalista requería la ampliación de los vínculos con el mercado mundial y la destrucción de formas de producción tradicionales (Melo, 1985: 31). Sin embargo, el Estado no estaba en la capacidad de ejercer poder y control sobre este proyecto de reforma económica y por ello fue reemplazado, en gran medida, por los empresarios particulares y por la intervención extranjera. Como plantea Melo, el Estado colombiano

[...] no logró el poder, los recursos y la capacidad institucional para imponer claramente un proyecto económico y social y ponerlo en práctica. Esto hizo que [...] el papel del Estado en el desarrollo industrial, la ampliación del sistema educativo y otros procesos fuera relativamente débil, mientras que el papel de los empresarios particulares era más amplio. (Melo, 1985: 32)

El caso del enclave bananero es una muestra de que la región no contaba con regulación nacional y por ello quedó bajo exclusivo control de la compañía frutera que fundó un *Estado dentro del Estado*. Como el área de cultivo de banano se extendió rápidamente desde Santa Marta hasta Ciénaga y otros municipios aledaños como Sevilla, Aracataca y Fundación¹³, se hizo necesaria la construcción de un ferrocarril que facilitara el transporte del banano desde las plantaciones hasta el río Magdalena para la salida al mar. Así el control territorial de la compañía se extendió y vinculó a más personas en el proceso, con lo que la fuerza laboral vinculada a las plantaciones de banano aumentó considerablemente en poco tiempo.

El consorcio del ferrocarril y de un proyecto de construcción de un muelle quedó en propiedad de la compañía londinense *The Santa Marta Railway Company*. Todo el proyecto estuvo incentivado por la inversión extranjera (Botero & Guzmán, 1977). Las mejoras de las condiciones infraestructurales fueron habilitadas en función de la prosperidad de las inversiones de capital francés, inglés y norteamericano y en beneficio de las plantaciones de banano, pero no fueron significativos para la unificación del mercado interior ni para comunicar a la región con el resto del país (Ramos, 1990).

El enclave agrícola en el departamento del Magdalena fue determinante para la conformación de la clase obrera de la región pues implicó la transformación del campesinado en clase asalariada y renovó las formas de vinculación al trabajo.

¹³ La denominada Zona bananera del Magdalena era una región comprendida entre las ciudades de Ciénaga y Fundación, y entre la Ciénaga Grande de Santa Marta y las faldas de la Sierra Nevada (Botero & Guzmán, 1977).

Igualmente, propició el aumento del proletariado rural en la región al integrar la inmigración procedente de otras zonas que se integraron al sector campesino o de los colonos.

La compañía ejercía procesos de expropiación territorial; la población despojada de sus tierras tuvo que ofrecer su fuerza de trabajo como único medio de subsistencia, lo que aumentó la proletarización. Tanto colonos como campesinos quedaron indefensos ante la pérdida de sus tierras pues todo el proceso contó con el consentimiento de las autoridades locales (Ramos, 1990), ya que la compañía bananera incluso ejercía control sobre la fuerza pública¹⁴.

El crecimiento de la UFC replanteó toda la estructura económica y generó profundos cambios en la sociedad y en la cultura de la zona. Anteriormente predominaba una economía de exportación de cacao y tabaco con una base esclavista de producción, también había algunos núcleos indígenas dedicados a la pesca y a la agricultura y pequeños minifundios cuya actividad principal eran los cultivos de pancoger. La producción, que no era excesiva, sólo permitía intercambios por mercancías de consumo y herramientas en el comercio de Santa Marta (Ramos, 1990). Por lo tanto, la llegada de la compañía significó una colisión con las antiguas relaciones económicas, modificó la propiedad y la tenencia de la tierra y alteró las relaciones de clase.

La UFC implementó un sistema de contratistas que “enganchaban” a los trabajadores para poder emplear una gran cantidad de campesinos sin vincularlos completa ni formalmente a la compañía. Las expropiaciones de tierras de los campesinos y la vinculación de los hacendados en el negocio creó una fuerte tensión social, y fue el inicio de las luchas por la tierra en la región (Archila, 2001).

Las formas de contratación no daban garantías a los trabajadores pues no eran vinculados directamente por la UFC; además de eso, no tenían condiciones básicas de higiene y seguridad ni servicio de salud y el estado sanitario de la zona era deplorable. El pago se realizaba a través de vales que sólo podían intercambiarse por productos en los comisariatos de la compañía o de agentes comerciales de ella, lo que perjudicó el

¹⁴ El Código de Policía del Magdalena tenía disposiciones que autorizaban la creación de policías supernumerarios que estarían al servicio de quien pudiera pagarlos para la vigilancia de sus intereses y propiedades (Botero & Guzmán, 1977: 341). De esta forma, los desalojos violentos estaban dotados de un carácter de legalidad y eran efectuados por la policía en contra de los trabajadores y colonos, cuya desventaja económica los dejaba desprotegidos.

libre comercio que existía en la zona y lo limitó a los productos que entraba la compañía. En consecuencia, los comerciantes de la región también se vieron afectados y por ello ofrecieron su respaldo a la huelga (Ramos, 1990).

Usualmente, las diversas narrativas acerca de los sucesos de las bananeras pasan por alto el hecho de que la composición de los huelguistas debía ser diversa. Entre ellos había “obreros” asalariados, campesinos, hacendados, comerciantes, etc. igualmente debía contener una gran complejidad racial y subregional (LeGrand, citada en Archila, 2009). Los diversos relatos se tornan homogenizantes e integran toda esa diversidad bajo el rótulo de “huelguistas”. Solamente algunas narrativas mencionan que al momento de la masacre, había, además de huelguistas, algunas mujeres y niños¹⁵.

3.2.2 El conflicto laboral en la zona bananera

Las notables desventajas para la fuerza de trabajo se fueron acumulando como tensiones que a partir de 1918 estallaron en algunas manifestaciones convocadas por los empleados y obreros del ferrocarril y de la UFC.

El conflicto laboral de 1928 no fue el primero que se expresó en la región, ni mucho menos en el país. Como demuestra Archila, en los años veinte que hubo una proliferación de movimientos sociales “que causó verdadera alarma en los círculos dirigentes de los partidos tradicionales” (2001: 185). Se movilizaron sectores vinculados al café, al petróleo, los ferroviarios y la industria textil entre otros que contenían a la creciente clase obrera.

La precaria legislación laboral llevaba a que los trabajadores demandaran mayor regulación y mejoras en sus condiciones de trabajo. Entre las peticiones más comunes figuraba el establecimiento de la jornada de ocho horas, mejoras sanitarias y habitacionales en los lugares de trabajo, servicio médico, aumento salarial y formas de contratación directa con las compañías (Archila, 2001).

El conflicto de 1928 en las bananeras era una experiencia más dentro de la agitación laboral extendida por todo el país y contaba con antecedentes de movilizaciones exitosas. Archila menciona que especialmente en 1926, “las huelgas consiguieron importantes mejoras para los trabajadores” (2001: 203). Además, la organización en la

¹⁵ El relato consignado en *Cien años de soledad* es uno de los que hace esa referencia. (Ver: García, 2007: 345). El de Buenaventura (2010a: 73) lo reproduce.

zona bananera contaba con el apoyo de líderes que ya habían participado en otras huelgas y que tenían experiencia en dirigencia del movimiento obrero, por ejemplo Raúl Eduardo Mahecha, Alberto Castrillón y María Cano (Archila, 2001; Uribe, 2007).

Estas son razones que confirman que no fue el conflicto de 1928 el que inauguró las movilizaciones obreras y por ello contradicen el carácter fundacional que varios relatos le otorgan al acontecimiento, por ejemplo aquellos que denominan la masacre de las bananeras como “el bautizo de sangre de la clase obrera colombiana”¹⁶, en una interpretación de corte sensacionalista que se aleja de informaciones verificables.

El pliego de peticiones presentado por los trabajadores el 6 de octubre de 1928 especificaba nueve puntos precisos que se limitan a hacer demandas de carácter laboral. De manera breve, estos nueve puntos eran: 1. Establecimiento de seguro colectivo, 2. Protección a accidentes de trabajo, 3. Cumplimiento de leyes nacionales sobre habitaciones obreras, higiene social, asistencia pública y descanso dominical remunerado, 4. Aumento del 50% en los jornales, 5. Cesación de los comisariatos de la UFC y libre comercio en la zona, 6. Fin de préstamos por medio de vales, 7. Pagos semanales y no quincenales, 8. Contratación colectiva, 9. Hospitales a lo largo de la zona a razón de uno por cada cuatrocientos trabajadores (Archila, 2009).

Las demandas del movimiento eran de carácter económico, enfocadas en lo laboral y además apelaban al cumplimiento de la ley colombiana. Para Archila, esto confirma que no se trataba de una revolución socialista, ni tenía pretensiones en contra del gobierno como sostenía el general Cortés Vargas, nombrado jefe civil y militar de la Provincia de Santa Marta para que se encargara de “pacificar la zona”. Incluso a pesar de las versiones periodísticas de que la huelga era pacífica, fue declarada ilegal y de ser tratada como una disputa laboral, pasó a verse como un asunto del Ministerio de Guerra (Archila, 2009).

El ministro de guerra, Ignacio Rengifo fue quien encargó a Cortés Vargas y solicitó un despliegue mayor de tropas a la zona, con lo que se redujeron las posibilidades de dar solución pacífica al conflicto; al contrario, se estableció un marco legal que facultaba a los militares a disparar contra los huelguistas. Todo ello, además, en medio de una

¹⁶ Esta denominación se encuentra en varios documentos panfletarios como semanarios y comunicados emitidos por grupos obreros y estudiantiles que se definen como comunistas. Por ejemplo el semanario *Revolución obrera*, órgano de la Unión Obrera Comunista.

declaración de Estado de sitio. Rengifo estableció un toque de queda y la disolución de toda reunión mayor de tres personas, ante el incumplimiento de esas resoluciones, la fuerza pública podía disparar contra la población civil para dar estricto cumplimiento al decreto legislativo (Ramos, 1990: 56, 57).

La exagerada reacción del ministro de guerra y de Cortés Vargas, así como la aprobación por parte del gobierno de Miguel Abadía Méndez se fundamentó en que para ellos “la huelga había derivado en un complot subversivo” (Archila, 2009: 153) e identificaban en ella una amenaza bolchevique. De manera particular, se tienen evidencias de que Cortés Vargas sostenía que la huelga era un “complot comunista” (Archila, 2001).

La única “infiltración” confirmada hasta la fecha es la participación de líderes socialistas como los ya mencionados Mahecha, Castrillón y Cano, así como la coordinación por parte de la Unión Sindical de Trabajadores del Magdalena (USTM) (Archila, 2001).

3.2.3El relato de la masacre

Al revisar distintos trabajos que reconstruyen lo sucedido en la zona bananera a partir de archivos de prensa, testimonios y documentos oficiales, se logra integrar un relato que explica el desenlace de la huelga en masacre.

A saber, la compañía se negó a estudiar el pliego de peticiones presentado por los trabajadores; en respuesta, el movimiento se unificó aún más para proceder a dialogar con el gobernador. Aparentemente, hasta el cuatro de diciembre, los huelguistas tenían esperanzas de un arreglo favorable (Botero & Guzmán, 1977).

El cinco de diciembre los huelguistas se concentraron en la estación del ferrocarril del municipio de Ciénaga para el diálogo. Para el momento, Cortés Vargas contaba con una numerosa tropa a su cargo y los huelguistas habían desplegado una serie de estrategias con las que esperaban ganar la simpatía de los soldados. Como mencionó el mismo Cortés Vargas en una declaración al diario *El Espectador*, los huelguistas tenían la esperanza de que los oficiales simpatizaran con ellos (citado en Archila, 2009:154).

El gobernador nunca se presentó a su cita para dialogar con los huelguistas, que decidieron quedarse en señal de protesta. Su plan era pasar la noche para dirigirse a

Santa Marta al otro día. Se estima que estaban congregadas entre 2 mil y 4 mil personas (Ramos, 1990: 66). A media noche las tropas militares aparecieron y redoblaron los tambores del ejército durante cinco minutos. Los soldados se alinearon a través de la plaza del ferrocarril con dos ametralladoras y una doble fila de rifles. Se estima que la columna estaba compuesta por 300 hombres entre veteranos y reclutas.

Tras esto, el general Cortés Vargas leyó la declaración de Estado de sitio y ordenó que los trabajadores debían dispersarse en cinco minutos. Los huelguistas se negaron y se quedaron en sus lugares mientras lanzaban gritos de “¡viva Colombia libre!” y “¡viva el ejército colombiano!”, como parte del plan para invitar a los soldados a confraternizar con el movimiento obrero. Ante la negativa de evacuar, el general Cortés Vargas dio la orden de abrir fuego contra la multitud. La reconstrucción de estos sucesos fue posible gracias a los testimonios de sobrevivientes y a las versiones de los líderes de la huelga¹⁷.

La determinación de Cortés Vargas de abrir fuego contra una multitud que ni siquiera se encontraba armada se fundamentó, según Archila, en el argumento de recuperar la autoridad a como diera lugar, pues era evidente la simpatía de parte de la población y de algunas autoridades civiles con la huelga. Además, el plan de captar a las tropas a favor de la huelga dio algunos resultados y hubo hechos que evidenciaron signos de fraternización de las tropas, lo que para Cortés Vargas equivalía casi a una rendición de las tropas y a una pérdida de autoridad. Por ello, recuperarla era una razón de Estado (Archila, 2009: 162).

Se desconoce cuántos muertos hubo ese día, antes o después. A la opinión pública se le informó de nueve, sin embargo, la tradición oral de la región habla de miles de muertos que fueron transportados en trenes para ser arrojados al mar (Archila, 2001).

El personero de Ciénaga, que fue llamado la mañana siguiente para el levantamiento de muertos, reportó nueve en la plaza y cuatro víctimas más que habrían muerto por sus heridas. Sin embargo, Alberto Castrillón, líder de la huelga, estimó un número de

¹⁷ Entre ellos resaltan Raúl Eduardo Mahecha y Alberto Castrillón, quienes participaron en la organización de los trabajadores y fueron objeto de persecución por parte de las fuerzas armadas. Otras figuras como María Cano e Ignacio Torres Giraldo, también fueron importantes por sus narraciones y reconstrucciones de estos acontecimientos. Los testimonios de Castrillón (1974) se recogen en su libro *120 días bajo el terror militar*. Los de Mahecha (1929), se han recogido como Intervenciones en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana.

cuatrocientos (Ramos, 1990: 67) y Torres Giraldo menciona que podrían ser hasta ochocientos (citado en Botero & Guzmán, 1977: 365).

Tras la masacre, hubo algunos encuentros entre huelguistas sobrevivientes, las tropas y empleados de la UFC que dejaron otros saldos de víctimas mortales. Los soldados aprovecharon el Estado de sitio para buscar trabajadores incluso dentro de casas y poner presos a algunos de ellos, sobre todo a los que estaban heridos. Fueron presos más de ciento cincuenta y se estima que en una sola noche desaparecieron cerca de ciento veinte personas en Aracataca (White, 1978).

Después de la masacre, hubo persecuciones a los líderes de la huelga, los capturados fueron sometidos a consejos verbales de guerra y condenados, entre ellos el líder socialista Alberto Castrillón.

Las primeras versiones que llegaron al resto del país y que aparecieron en periódicos estadounidenses estaban sesgadas y afirmaban que sólo habían perecido ocho trabajadores por enfrentarse en un asalto armado a las barracas de los soldados. La prensa en general calificó el evento como un horror perpetrado por los huelguistas y los «bolcheviques» (White, 1978). Por su parte, el gobierno de los Estados Unidos estuvo al tanto de los acontecimientos y pudo ejercer presión sobre el gobierno colombiano para que terminara la huelga. Debido a que había intereses económicos y políticos en juego, el país extranjero se mantuvo informado y alerta para tomar medidas en caso de que el ejército colombiano no lograra contener las manifestaciones, incluso se encuentran versiones que sostienen que la presión incluyó amenazas de intervención militar norteamericana (Archila, 2009).

Los funcionarios estadounidenses tuvieron información ampliada acerca del desenlace de la huelga. Los canales de comunicación sostenidos con el país extranjero han servido como fuentes para complementar la limitada información que se difundió dentro del país tras la censura impuesta a los medios de comunicación locales dado que “con el tiempo, las únicas noticias que se conocían en Bogotá las difundía el Ministerio de Guerra” (Archila, 2009: 152).

Según unas declaraciones emitidas por el embajador norteamericano en Colombia, Jefferson Caffery, en un telegrama del 22 de diciembre de 1928, cuyo destinatario era el secretario de Estado de los Estados Unidos, el número total de huelguistas asesinados

alcanzó entre quinientos y seiscientos, mientras que el número de soldados muertos fue uno (ver: Imagen 01). No obstante, dos meses después, el mismo funcionario emitió otro comunicado esclareciendo que la cantidad de huelguistas asesinados habría superado el millar (Acevedo, 2012) (ver: Imagen 02).

El número de muertos de la masacre de las bananeras no se ha logrado esclarecer, lo que contribuye a la impunidad que pesa sobre la memoria histórica del evento; no obstante, la incógnita al respecto ha sido explotada en las distintas memorias que arrojan diferentes versiones, algunas son producto de la invención y la exageración¹⁸, pero le otorgan una magnitud al evento.

¹⁸ En el análisis de las construcciones de memorias observaremos cómo cada una de ellas ofrece una versión acerca del número de muertos y se atreve a arrojar una cifra tentativa. Llama la atención la versión de los tres mil muertos en *Cien años de soledad* que ha suscitado un gran debate acerca del uso de la ficción y sus riesgos para el ejercicio de la historia.

Imagen 01: telegrama emitido por el embajador de Estados Unidos en Colombia, diciembre 29 de 1928¹⁹

21-5045

RECD

LEGATION OF THE
UNITED STATES OF AMERICA

Bogotá, December 29, 1928.

DEPT. OF STATE

JAN 18 29

NO. 55.

FOR DISTRIBUTION - CHECK Yes No

INDEX BUREAU

821.5045/44

FILED

JAN 24 1929

The Honorable
The Secretary of State,
Washington.

Sir:

Referring to my recent reports concerning the Santa Marta strike and especially referring to my Despatch No. 821.5045/44 41 of December 22, 1928, on that subject, I have the honor to report that the legal adviser of the United Fruit Company here in Bogotá stated yesterday that the total number of strikers killed by the Colombian military authorities during the recent disturbance reached between

five

- 2 -

five and six hundred; while the number of soldiers killed was one.

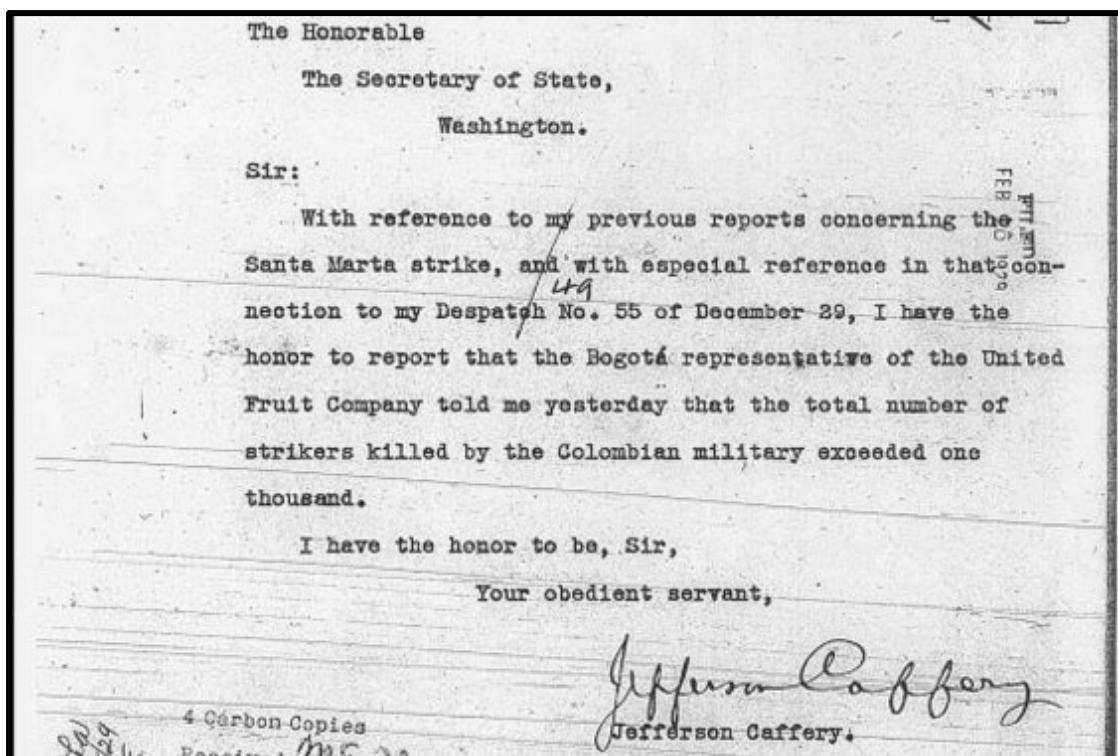
I have the honor to be, Sir,

Your obedient servant,

Jefferson Caffery

¹⁹ Documento facilitado por Carlos Alberto Mejía, de su archivo personal.

Imagen 02: telegrama emitido por el embajador de Estados Unidos en Colombia, en verificación del documento anterior, febrero de 1929²⁰



²⁰ Tomado de *El Espectador*, 2012, 30 de abril. Recuperado de: <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/el-tamano-si-importa-articulo-342860> (consultado el 23 de octubre de 2014).

CAPÍTULO 4

TRES DÉCADAS PARA UN RELATO, LA RUTA HACIA LOS AÑOS SESENTA

El movimiento obrero que se expresó durante la década del veinte contribuyó a la “erosión de la «hegemonía conservadora» (Archila, 2001: 207). El liberalismo que había captado adeptos entre las masas obreras aprovechó la división de los conservadores para lanzar a su candidato Enrique Olaya Herrera, que ganó las presidenciales para 1930 y dio apertura a la República liberal. La masacre de las bananeras quedó ligada al recuerdo de esa transición y se asoció al declive de un régimen y al final de una era.

4.1. Entre la República liberal y la Violencia, la disyunción de lo social y lo político

La clausura del régimen conservador no se tradujo en rupturas o modificaciones estructurales ya que la República liberal dio continuidad a la mayoría de los aspectos políticos y económicos: continuó la expansión cafetera, el esquema de “desarrollo hacia afuera” y el intervencionismo; también se mantuvo el orden oligárquico, con sus fragmentaciones y violencias (Pécaut, 2012: 117-119).

La transición hacia el gobierno liberal puede ser considerada como un relevo entre la misma élite dirigente que no posibilitó el acceso de nuevos sectores sociales al poder (Pécaut, 2012). Sin embargo, el gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938), introdujo una serie de reformas y logró conquistar a las masas al permitir el desarrollo de huelgas y de reivindicaciones sociales. Su estrategia política se caracterizó como un “populismo liberal” con un discurso dominante de superación de las desigualdades. Entre otras cosas, López abanderó el proceso de la “Ley 200” de 1936 que representó un verdadero acontecimiento para las masas campesinas (Pécaut, 2012: 163) pues reguló un tipo de reforma agraria que modificó el latifundio. No obstante, no fue una reforma radical ya que nunca pretendió expropiar a los grandes terratenientes para redistribuir la tierra y solo afectó las tierras posiblemente colonizables, sin explotar hasta el momento (Duzán & Kalmanovitz, 1986).

López se ganó la simpatía de los obreros y sindicatos que, acostumbrados a la represión, se encontraron efectivamente representados por su gobierno (Pécaut, 2012: 230). Esto dio la ilusión de un acercamiento entre las masas populares y el poder político.

Las esperanzas renovadas que las masas depositaron en la Revolución en Marcha de López se vieron frustradas cuando la presión de los grupos económicos pertenecientes a ambos partidos limitó las posibilidades de ejecución de muchos de sus proyectos e inició una campaña de desprestigio. A partir de 1937 el escenario político tuvo un viraje que privilegió los intereses partidistas sobre los intereses sociales. Los mismos sectores medios contribuyeron en ello pues empezaron a comportarse como clientela política más que como una capa social (Pécaut, 2012). Esto demuestra la posición subordinada de los sectores medios, los obreros asalariados y los campesinos que, a falta de elementos ideológicos propios en torno a los cuales organizarse, se adhirieron a los partidos políticos tradicionales y respondieron a los intereses de la élite dirigente (Pécaut, 2012: 141-148). Con esto se dio inicio a la “contrarrevolución en marcha” (1938-1942), que detuvo los procesos transformadores de López.

Para Pécaut, la “contrarrevolución en marcha” que bien se puede identificar con el gobierno de Eduardo Santos “se inscribe, ciertamente, bajo el signo de la continuidad de la ‘República liberal’, pero significa también la ruptura del pacto social ‘lopista’” (Pécaut, 2012: 301). En el nuevo gobierno, los sectores populares no encontraron identificación con el régimen y fueron sometidos a la “disciplina social”, impuesta por la “regulación estatal” del gobierno de Santos que pretendía establecer un monopolio de un Estado “arbitro” por encima de las clases; lo que tenía efectividad para borrar las huellas del pacto social en que se había fundamentado la Revolución en Marcha (Pécaut, 2012: 301, 303). Así, el “pueblo” perdió aún más la posibilidad de participar en el Estado y se confirmó la brecha entre las masas y el poder.

Los dirigentes del Partido Liberal asumieron que se debía clausurar la fase de las conquistas sociales de la clase obrera (Pécaut, 2012: 322). Hasta comienzos de la década del cuarenta, el gobierno aumentó sus intentos por recortar la ciudadanía social, contener la acción sindical y restringir el derecho a la huelga (Pécaut, 2012).

En la década de 1940 se presentó una evidente crisis política. El gobierno de 1942, asumido nuevamente por López Pumarejo, se enfrentó a la desunión del Partido Liberal y a una fuerte oposición de la extrema derecha conservadora (Pécaut, 2012: 352). Además de las perturbaciones políticas e institucionales se hizo evidente también una crisis social. La disyunción entre lo social y lo político había aumentado desde la década anterior; el terreno social había quedado abandonado, especialmente tras la tendencia de

los aparatos sindicales y de los partidos comunistas de situarse exclusivamente en el campo político (Pécaut, 2012: 351).

La desregulación que afectó el orden institucional empezó a permear también el orden social bajo la forma de unas “masas peligrosas” que habían pasado desapercibidas (Pécaut, 2012). Se trataba de las masas rurales que padecían de una creciente miseria y de los campesinos desplazados hacia las ciudades que no alcanzaban a ser asimilados por la industria.

El escenario social, dividido entre aquellos sin acceso al poder y los que lo controlaban de una manera monopolística, abrió el camino para el populismo (Pécaut, 2012: 361). La figura de Jorge Eliecer Gaitán apareció para conciliar el “país real” y el “país político” (Pécaut, 2012: 353). Su lectura identificaba un gran contraste entre la situación de “la gran masa humana’ y el funcionamiento de una “mecánica política, como fin en sí misma [que] la manejan anárquicas oligarquías, en propio beneficio y contra la democracia” (citado en Pécaut, 2012: 361). Los sectores populares manifestaban la necesidad de representación para cerrar las brechas que los obligaban a permanecer en las fronteras de lo social (Pécaut, 2012).

El populismo gaitanista logró dar forma política a la movilización social que apareció en el momento de la crisis institucional (Pécaut, 2012: 407) y que progresó considerablemente a partir de 1946 en torno a las reivindicaciones sociales y a la aspiración de reconquistar el poder para el liberalismo (Pécaut, 2012: 457), ya que nuevamente la presidencia había sido asumida por un representante conservador. Pécaut señala que el movimiento social no se limitó a un movimiento obrero ni reivindicativo, sino que se caracterizó como un movimiento impulsado por las masas urbanas, “un movimiento tanto del pueblo bajo como de los pequeños comerciantes y artesanos, de todos los empleados públicos liberales y, cada vez más, de las capas intelectuales vinculadas con el liberalismo” (Pécaut, 2012: 459, 460). Era una movilización que se llevaba a cabo desde el fondo del tejido social colombiano y fue un marco propicio para un nuevo encuentro entre las masas y el líder debido a la fuerte identificación con la figura de Gaitán.

El 9 de abril de 1948 significó “la brusca desarticulación del populismo” (Pécaut, 2012: 495) pero no significó lo mismo para la movilización del pueblo que, tras la conmoción del “Bogotazo”, se refugió en la identidad partidista que ya se manifestaba en la

movilización social (Pécaut, 2012). Las clases dominantes, tras el populismo, lograron regresar al control del poder, pero no recuperaron su antigua legitimidad (Pécaut, 2012: 497).

La posibilidad de una reunificación del cuerpo social se destruyó tras la caída del populismo y se generó un mayor abismo entre lo social y lo político. Lo social se concebía a manera de una división radical y la reinscripción en la división partidista dio lugar a una “lucha sin cuartel entre los dos partidos” (Pécaut, 2012: 498).

Entre 1947 y 1965 (Valencia, 2002), tuvo lugar “la Violencia” a nombre de los dos partidos políticos tradicionales del país. Las cifras indican que las muertes intencionales dejaron una tasa de 34,4 homicidios por cada 100 mil habitantes (ONU, citado en Valencia, 2002).

Detrás de los enfrentamientos se reconoce un carácter de oposición partidista, aunque la diferencia entre ambos partidos tenía un carácter inmotivado. Incluso los dirigentes políticos más representativos de la época²¹ tenían una conciencia creciente sobre “la falta de «razón de ser» de la oposición política” (2002: 108) pocos años antes de que se desencadenara el conflicto.

Los límites poco definidos de la oposición bipartidista se deben a que, de fondo, los partidos no enarbolaban tendencias distintas en cuanto a sus modelos sociales, políticos o económicos; y en cuanto a su ideología tampoco tenían mayores divergencias, a excepción del factor religioso. La composición de los partidos no expresaba distinciones de clase, como menciona Valencia, “la división partidista no coincidía con la estructura de clases sociales ya que cada uno de los partidos políticos era policlasista” (2002: 104); por lo que no se encuentran claras distinciones para sustentar el hecho de que los asesinatos se cometieran por motivos políticos entre una población con varios elementos comunes de identificación y con una relativa homogeneidad²²; lo que se tradujo en una ruptura del vínculo social y a una mayor distancia entre las bases sociales y el acceso al poder político.

²¹ Entre ellos Jorge Eliecer Gaitán, Alfonso López Pumarejo y Laureano Gómez (Valencia, 2002).

²² Los enfrentamientos en la Violencia ocurrieron mayoritariamente entre pobladores de las zonas rurales sin diferencias en sus orígenes sociales, pero cuya identificación partidista los llevaba a concebir a la otredad como una “especie política” que debía ser erradicada. Al respecto ver Valencia (2002), donde se hace una detallada descripción de las formas de asesinar para eliminar “de raíz” al contrario.

4.2.Los años sesenta: condiciones sociales y políticas

Colombia recibió la década de los sesenta viviendo los rezagos de la Violencia de la década anterior que disminuyó tras la implementación del Frente Nacional en 1958. A grandes rasgos, el Frente Nacional fue un pacto entre las élites de los dos partidos políticos tradicionales que consistió en su alternación en el poder, un periodo presidencial era asumido por los liberales y el siguiente por los conservadores, repartiendo por mitades todos los cargos públicos. Se implementó de forma sucesiva durante dieciséis años, por lo que atravesó toda la década del sesenta y condicionó el escenario político de entonces.

Con el establecimiento del pacto se restauró la presencia del bipartidismo en el poder y se acomodaron las condiciones para el sostenimiento de la oligarquía bipartidista no sólo durante los años en que estuvo vigente, sino durante las décadas sucesivas; además se garantizó que ninguna fuerza política distinta a los dos partidos pudiera competir por el poder. Con ello se logró que la distribución del aparato estatal quedara en manos exclusivas de una misma élite dirigente hermética, del mismo modo en que se venía haciendo desde décadas atrás, sólo que con una “legitimación constitucional de los dos partidos tradicionales como los únicos para gobernar alternativamente el país” (Ayala, 1999).

El argumento de retornar al bipartidismo se apoyó en que el gobierno anterior al pacto había sido la fórmula militar de Rojas Pinilla, acogida desde 1953 como un alivio por una clase dirigente cada vez más preocupada debido a la situación de violencia que tan solo desde 1948 hasta 1953 ya había dejado cerca de 140 mil víctimas (Pécaut, 2012; 501). A pesar de que los partidos tradicionales habían avalado dicha fórmula, no se logró superar la ingobernabilidad del país, sino que por el contrario, el ejercicio de la democracia se limitó y se agudizó la crisis social con la prolongación de la violencia y con distintas formas de represión y censura (Archila, 1995). Lo que en algún momento fue pensado como una alternativa para dar solución a la crisis, posteriormente fue considerado como una ‘dictadura’ contra la que se consolidó la oposición, tanto desde la sociedad civil como dentro de la clase política²³.

²³ El gobierno de Rojas Pinilla despertó la oposición de un sector de la clase dirigente que tenía representantes del liberalismo y del conservadurismo. Cuando Rojas intentó proponer su proyecto político alternativo al bipartidismo, desencadenó aún más rechazo de ese sector. Por eso, Alberto Lleras y Laureano Gómez en cabeza de los partidos políticos, impulsaron el acuerdo del Frente Nacional para

Por ese motivo, el Frente Nacional fue justificado como un proyecto que retomaría el cauce de las instituciones tradicionales y democráticas para finalmente “eliminar las causas que habían llevado a Colombia a una década de violencia y dictadura” (Melo, 1978). Algunos estudios señalan que el pacto tenía la intención de “acabar con la lucha entre dos partidos que, por mucho tiempo, se consideraron enemigos irreconciliables y se declararon en guerra sin cuartel (al menos entre sus bases populares). [...] Se trataba de crear una ‘cultura democrática’ en remplazo del conocido lema ‘a sangre y fuego’” (Rojas, sin año de publicación: 22).

Aunque se ofreció como una vía para la redemocratización del país tras el gobierno del general Rojas Pinilla, el Frente Nacional realmente significó un obstáculo para que otros sectores u organizaciones políticas accedieran al poder. En la práctica operó como un límite para la participación. Como menciona Camacho, “el Frente Nacional constituyó un pacto excluyente que no permitía que opciones diferentes de los partidos tradicionales participaran en las justas electorales y pudieran expresar institucionalmente sus intereses políticos” (2009: 72).

Pero ello no significa que los sectores de oposición se hubieran quedado marginados sin expresión alguna o que no surgieron alternativas políticas al bipartidismo. De hecho, durante la década de 1960 se dio un auge de fuerzas políticas opositoras a los partidos tradicionales, tales como el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) y la Alianza Nacional Popular (Anapo) entre las alternativas no armadas (Tirado, 2011: 167), y por otro lado, se manifestó la insurgencia armada, orientada por las distintas corrientes del movimiento comunista internacional, en Colombia surgieron las organizaciones guerrilleras FARC-EP, ELN y EPL.

El escenario de oposición que afloró en la década del sesenta no se agotó en las guerrillas ni en las organizaciones políticas no armadas; se vio enriquecido además por “movimientos de masas independientes de esas agrupaciones” (Camacho, 2009: 73). Por ejemplo, el campesinado se visibilizó como un actor influyente; especialmente bajo la figura de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) cuyas reivindicaciones giraban principalmente en torno al problema de la distribución de tierra. Si bien la ANUC se fundó por iniciativa del presidente Carlos Lleras Restrepo,

retomar las vías políticas del bipartidismo y suprimir las posibilidades de Rojas Pinilla de continuar su trayectoria política independiente (Archila, 1994).

fue una organización que hizo frente al gobierno y a las fuerzas armadas del Estado. Los triunfos de la Revolución cubana en 1959 sirvieron de ejemplo a los campesinos para sustentar sus demandas de tierra, créditos, vías y mercadeo; sobre todo porque el Frente Nacional los mantenía en condiciones de desigualdad y pobreza (Camacho, 2009: 72). Además, se manifestaron diversos conflictos laborales, encabezados por un sindicalismo fortalecido que encontró el apoyo del estudiantado, también surgieron fuerzas opositoras a modo de movimientos de opinión y grupos culturales.

La izquierda tuvo mayor visibilidad dentro del escenario político colombiano a pesar del hermetismo del Frente Nacional, por ejemplo la organización del MRL era de izquierda y contaba con un “núcleo importante de intelectuales, profesores y abogados, con una base heterogénea urbana y campesina, que agrupaba entre otros al Partido Comunista” (Tirado, 2011: 167). Se fundó el Partido Comunista Marxista Leninista (PC-ML) en 1965 y posteriormente, a comienzos de los setenta, surgió el Movimiento 19 de Abril (M 19). La diversidad de vertientes ideológicas de izquierda respondía, entre otros factores, al aumento en el número de masas obreras, de sectores medios ligados a la creciente urbanización, a la mayor sindicalización y al crecimiento del estudiantado. A diferencia de los años veinte, los movimientos de los años sesenta contaban con mayor instrucción en cuanto a ideologías tanto en las universidades como en las organizaciones obreras; era menester el estudio del marxismo con el objeto de delinear una nueva forma de sociedad y reestructurar las funciones del Estado.

Colombia era considerada un país subdesarrollado cuya dirigencia política intentaba implementar el desarrollo por las líneas del capitalismo moderno, a pesar de la oposición de distintos sectores que reconocían en él el riesgo de la sobreexplotación y la dependencia (Camacho, 2014). Aunque durante los años sesenta el país cambió, se puede decir que hubo una continuidad en cuanto al mantenimiento de la estructura política predominante con una oligarquía bipartidista que sostenía sus formas tradicionales de violencia y que continuaba privilegiando sus intereses de clase sobre los intereses sociales.

Sin embargo, la hegemonía bipartidista se empezó a fracturar debido a la aparición de fuerzas opositoras y, sobre todo, al afianzamiento de la izquierda que era asumida desde los sectores populares y los obreros. Antes de la década de 1960, el único partido diferente al Liberal y al Conservador era el Partido Comunista. Posteriormente

surgieron otros partidos de oposición que, aunque fracasaron, ayudaron al fortalecimiento de la izquierda y a que se propagaran nuevas representaciones políticas. A lo largo de los años sesenta los sectores populares conformados por campesinos, estudiantado, sindicatos y sectores medios rurales, se organizaron en torno a los ideales de izquierda, aunque no estuvieran afiliados a algún partido en específico o vertiente ideológica.

En la década del sesenta se experimentó un movimiento de apertura y transformación cultural que se adhirió a las nuevas perspectivas políticas e ideológicas de izquierda (Tirado, 2014). El movimiento cultural estuvo estrechamente ligado a la política y continuó así hasta la década de los setenta, con un claro sentido crítico, de reivindicación de la cuestión social y con miras a establecer un orden político y económico distinto que permitiera definitivamente superar la violencia, la pobreza y la desigualdad.

4.3. La precaria elaboración del pasado de la Violencia

La visión que se tenía del pasado estaba marcada por el trauma de la Violencia y sus efectos se perpetuaron aun cuando los hechos violentos disminuyeron considerablemente. El Frente Nacional no logró erradicar la violencia que atravesaba la sociedad, una violencia que “no se deja dominar por la Ley, [y] borra las fronteras de la legitimidad y la ilegitimidad” (Pécaut, 2006: 24). Los acontecimientos de la década del cincuenta contribuyeron a que, en adelante “las relaciones sociales y políticas se descifren en términos de violencia” (Pécaut, 2006: 26), lo que ha contribuido a la vivencia de la violencia como repetición.

El Frente Nacional no logró sepultar por completo el pasado vivo de la Violencia, como lo demuestran diversas manifestaciones que contradijeron el olvido político propuesto por el gobierno al reconstruir los hechos experimentados y ofrecer interpretaciones sobre ellos. Quizá la manifestación más remarcable la constituye el trabajo de Fals Borda, Umaña Luna y Guzmán Campos, quienes exhumaron archivos y recogieron testimonios en las zonas rurales para interpretar lo ocurrido y lo dejaron consignado en su estudio *La violencia en Colombia*, que salió a la luz pública en 1962, no sin recibir pocas amonestaciones debido a su crítica contra la clase dominante colombiana por su participación en la Violencia.

Las élites político-económicas intentaron ocultar “las estrategias de violencia que una parte de estas élites promovió sistemáticamente” (Pécaut, 2012: 503). Sus métodos de ocultamiento contribuyeron a la indistinción del fenómeno y a la dificultad para elaborarlo de manera ejemplar. Incluso la denominación dada al fenómeno contribuyó a su precaria elaboración, ya que el término *Violencia* resultó útil para responsabilizar a las masas populares, caracterizadas desde siempre como portadoras de la barbarie (Pécaut, 2012: 513-514).

La actividad narrativa en torno al fenómeno ha sido muy heterogénea y ha dado lugar a elaboraciones míticas semejantes a la vulgata, por lo que no se ha podido elaborar un relato íntegro y unificado. Pécaut sostiene que “la *Violencia* aparece a menudo, en las innumerables narraciones y testimonios que ha suscitado, como una *potencia anónima* que siembra la destrucción a su paso” (Pécaut, 2012: 503; énfasis original). Esta descripción de la Violencia como potencia anónima la asemeja a un hado o entidad informe cuyo principal rasgo es la indistinción. Para Valencia, la Violencia ha sido referida como un “ente abstracto dotado de atributos propios”, lo que ha contribuido a su “innegable eficacia simbólica e instrumental como productora de representaciones y de comportamientos” (Valencia, 2002: 102, 103).

El fenómeno en sí mismo contiene algunas características que han contribuido a su representación de manera abstracta y anónima. Pécaut recoge algunos rasgos que han acentuado la *inquietante extrañeza*²⁴ de la Violencia: 1) La imposibilidad de encontrar referentes espaciales y temporales precisos²⁵ 2) La ausencia de actores definidos que contribuye al carácter impersonal, por ello no se responsabiliza ninguna figura en particular. Además de la diversidad de protagonistas con intereses en conflicto 3) La heterogeneidad del fenómeno, en el sentido de que no es posible atribuir su causalidad de manera exclusiva a componentes políticos, sociales, culturales o económicos 4) Los crímenes cometidos con atrocidad excesiva.

²⁴ Esta expresión refiere al texto de Freud, «Das Unheimliche» traducido al francés como “La inquietante extrañeza” y al español como “Lo siniestro” o “Lo ominoso”. Freud identifica algunos motivos del efecto ominoso o siniestro y de manera muy particular describe “el permanente retorno de lo igual”, identificado, por ejemplo, como “la repetición de los mismos rasgos faciales, caracteres, destinos, hechos criminales, y hasta de los nombres a lo largo de varias generaciones” (Freud, 1986: 234). En las narrativas de la Violencia se identifica un carácter siniestro al representarla como entidad abstracta que se repite en los acontecimientos.

²⁵ No se ha determinado un punto originario de la Violencia. Aunque se puede afirmar que comenzó a finales de la década de 1940, no existe un evento en concreto identificado como punto inicial.

La repetición ha sido uno de los principales rasgos de las narrativas de la Violencia y uno de los que más contribuye a su extrañeza. Como expone Pécaut, “sólo el lenguaje de la repetición parece el adecuado para describirla y, sobre todo, el de la repetición de las luchas partidistas” (2012: 509). Esto se debe a que la Violencia se ha vivenciado como continuidad: es como si los acontecimientos volvieran a iniciarse sin interrupciones y la historia del país estuviera eternamente condicionada a unas mismas estructuras; este efecto puede tomarse como resultado de la estructura política bipartidista que históricamente funcionó como un sistema de “odios heredados”²⁶, y de las tradiciones políticas de Colombia que siempre han implicado actos violentos entre liberales y conservadores (Pécaut, 2012: 503). Para Pécaut, al haber sido vivenciada como repetición, la Violencia “no ha dejado de aflorar en la memoria individual o colectiva, donde aparece permanentemente” (2012: 510).

La generación de los años sesenta, en su reconstrucción del pasado nacional, encubrió el pasado de la Violencia y para ello se remitió a acontecimientos más lejanos que sirvieron como puntos originales o explicativos de la historia de su pasado reciente. Algunos sectores pusieron la mirada sobre las guerras civiles, o específicamente sobre la Guerra de los Mil Días; otros sobre el conjunto de acontecimientos de los años veinte donde fue remarcable el retorno a la masacre de las bananeras, por ejemplo la literatura y la producción teatral. Quienes promovieron la rememoración eran personalidades vinculadas de una u otra forma a la izquierda, que tuvo su auge durante esa década, y mostraban afinidad por las movilizaciones obreras, las reivindicaciones campesinas, los discursos antiimperialistas y las luchas por la soberanía nacional. Se trataba de otorgar reconocimiento al “pueblo” como un actor social y político y dar voz a las masas; trabajar desde lo popular, que había sido excluido del escenario político.

El regreso a los acontecimientos de los años veinte implicaba pasar por encima de otros referentes históricos comprendidos entre los veinte y los sesenta que habían fracasado. El pasado reciente de la Violencia era una anomia a partir de la cual no era posible fundar bases hacia el futuro, el gaitanismo había concluido con el asesinato de Gaitán y la imposibilidad de continuar su proyecto populista, la “contrarrevolución en marcha” y la Revolución en Marcha de López remitían a la frustración de las masas que confiaron en los nuevos proyectos sociales y políticos que quedaron inconclusos. El retorno a un

²⁶ Según la célebre frase de Miguel Antonio Caro, “en Colombia no hay partidos políticos sino odios heredados” (Orozco, 2003).

estado anterior localizado en los años veinte, previo a la cadena de catástrofes que se intentaba superar, implicaba buscar un origen que permitiera elaboraciones útiles al presente y al futuro.

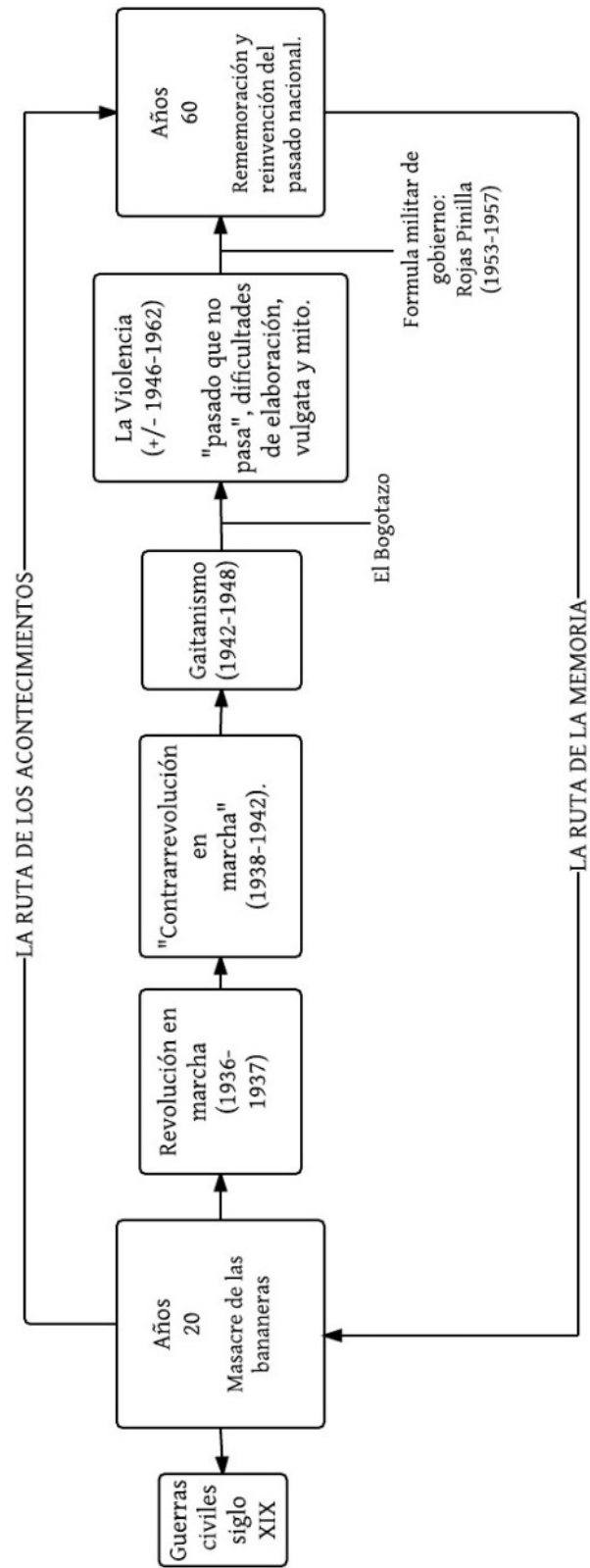
En el *Cuadro2* se puede observar a grandes rasgos una sucesión de aquellos episodios contenidos entre los años veinte y los años sesenta que fueron pasados por alto para dirigir la rememoración hacia los años veinte como punto de origen. Estos referentes transformaron la composición política, económica y social del país y son hitos dentro de la historia del siglo XX en Colombia y muestran una ruta de acontecimientos que marcó el devenir histórico. No obstante, no componen en sí mismos la ruta que tomaron los relatos y las narrativas, por eso se considera que la ruta de la memoria tiene otra dirección que selecciona ciertos eventos y pasa por alto otros.

Aunque nos remitimos a la rememoración de la masacre de las bananeras en los años sesenta, debemos considerar que para esa época también estaban circulando otras memorias que hacían uso de otros referentes. Por ejemplo, algunos sectores buscaban construir una narrativa de la Violencia asociando su origen con el “Bogotazo” o con la Guerra de los Mil Días; incluso, algunas narrativas consideraron que la Violencia era una continuación de las guerras del siglo XIX²⁷ (Pécaut, 2012: 504; Pécaut, 2013b: 131). Por otro lado, estaba la memoria de la dictadura de Rojas Pinilla y las memorias partidistas.

Estas asociaciones con el pasado realizadas en los años sesenta son muestras de un intento por construir memoria de las décadas anteriores y por encontrar referentes para las nuevas identidades de los años sesenta e introducir así un pasado en el presente. Aunque dichas asociaciones no tuvieran correspondencia como hechos históricos, crearon relatos y narrativas verosímiles a manera de memoria.

²⁷ En el siguiente capítulo, veremos cómo el relato de García Márquez incluye las guerras civiles en una lógica de continuación y repetición de la violencia y les da un carácter fundacional.

Cuadro 2: Referentes históricos entre los años 20 y los años 60



Fuente: elaboración propia.

4.4. Renovación cultural en los años sesenta

En el mundo occidental, la década del sesenta implicó “el cambio de las costumbres, en las visiones sobre la sociedad y el poder, por la irrupción masiva de la juventud en busca de formas distintas de vida y de diferentes actitudes morales” (Tirado, 2014: 20). Fue una década en que surgieron nuevos ideales políticos, movilizaciones sociales, avances de los medios de comunicación e información, se expresó la liberación femenina, la revolución sexual y el *hipismo* tuvo su máxima expresión. En el campo político, se sobrevaloraba el concepto de la lucha armada como verdadera ruta hacia el poder y por eso se idealizó la figura del Che. Los postulados de Marx y de Lenin estaban en auge (Tirado, 2014).

La irrupción de países tercermundistas como Colombia tuvo una gran acogida en el sentido en que se exportaron sus mitos culturales y políticos, su literatura, sus visiones místicas y religiosas y su música. Se trataba de un intercambio cultural ya que también se recibía el influjo universal de manifestaciones culturales y contraculturales del mundo desarrollado (Tirado, 2014: 33).

Cada país se expresaba según sus propias experiencias políticas y sociales, sin embargo había un sentido global en el que los jóvenes protestaban contra la sociedad de consumo y contra el régimen político imperante que consideraban autoritario, jerarquizado, centralizado y arcaico, nada más contrario a los nuevos valores que la generación proclamaba (Tirado, 2014). El nacimiento de una subcultura juvenil se tradujo en “nuevos estilos de vida, relaciones interpersonales y concepciones éticas y políticas nuevas y dotadas de gran fuerza” (Camacho, 2009: 76).

Los estudiantes de Colombia, Brasil, Chile y México protestaron y radicalizaron sus posturas antiimperialistas. En el caso de Colombia, el movimiento estudiantil de segunda mitad de la década radicalizó tanto sus posturas que terminó por limitar el debate académico y lo sustituyó “por fieros combates ideológicos y hasta físicos, en defensa de las diferentes líneas políticas de la izquierda en su dimensión nacional” (Camacho, 2009: 77).

La izquierda representada por distintas agrupaciones del Partido Comunista Colombiano (PCC) como la JUCO o del MOIR como la JUPA, se alejó de la investigación empírica. Su caracterización de la sociedad colombiana como feudal, semicolonial o capitalista

atrasada respondía a líneas políticas y no a investigaciones concretas por lo que predominó un sentido doctrinario en publicaciones panfletarias.

Es importante mencionar que durante los sesenta, las universidades gozaron de apertura y desarrollo promovido por la política educativa que desde el plebiscito de 1957 estableció que 10% del presupuesto nacional debía ser invertido en educación (Camacho, 2009: 75), lo que se tradujo en un crecimiento importante. El aumento de estudiantes vinculados a la educación superior coincidió con el desarrollo de sectores medios urbanos que transformaron los patrones de vida y consumo (Camacho, 2009: 75). Además, el ambiente académico se renovó con la apertura de programas adscritos a las ciencias sociales, como la sociología²⁸, la antropología y la historia, que fueron definitivas en la generación de conocimiento acerca del país y en la consolidación de un compromiso social y político por parte de la academia que requería mayor acercamiento al medio social.

Después de 1958 la historiografía fue concebida como “una práctica científica, y que la adopción de procedimientos y métodos científicos diferenciaba las nuevas formas de trabajo histórico de los tipos de narración histórica que caracterizaron la historiografía tradicional o académica” (2000: 154). El conocimiento que producía era objetivo y verificable y así, se inscribió en el mundo de las ciencias sociales.

Los académicos no eran ajenos a las circunstancias que atravesaba el país, por lo que contribuyeron a la creación de herramientas para la transformación social a partir de metodologías historiográficas (Melo, 2000: 154). Por otra parte, la academia contribuyó a superar los mitos que se habían fundado con la antigua manera de hacer la historia, muy ligada a los grupos de poder o a las élites políticas y económicas.

A partir de los años sesenta, la historia como disciplina empezó a incorporar a los sectores de la población que eran ignorados y marginados. Se inclinó hacia las teorías del subdesarrollo y la dependencia y mostró una apertura temática hacia la historia económica y social, la historia de las mentalidades y la demografía, bajo influencia de la escuela francesa de los *Annales* (Tirado, 2014: 267).

²⁸ El programa de sociología de la Universidad Nacional surgió en 1959. Entre 1965 y 1970 se fundaron cinco nuevas facultades de sociología y en 1962 se creó la Asociación Colombiana de Sociología (Tirado, 2014: 225).

Antes del Frente Nacional la historiografía en el país estaba en manos de la Academia Nacional de Historia, de carácter oficial desde 1902, con una fuerte influencia de la Iglesia, como lo demuestra la publicación de *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria* de Henao y Arrubla, que se logró con la autorización del arzobispo de Bogotá. Con el Frente Nacional, la Academia Colombiana de Historia se declaró una entidad cultural autónoma, sin carácter oficial (Tirado, 2014: 275). La Nueva Historia ganó legitimidad entre un público numeroso y diverso que tuvo acceso a nuevas formas de abordar el pasado de Colombia, lo que permitió una ruptura con la antigua historiografía que mantenía una visión heroica e individualista.

La renovación cultural de los sesenta en Colombia se expresó bajo formas particulares, que contradecían las normas y conductas establecidas. En general, predominó una expresión de la juventud que se encontraba asfixiada por los parámetros estrechos de la sociedad e inventaba nuevas formas para renovarlos en su intento por implantar una contracultura (Tirado, 2011: 157-158).

El movimiento cultural y la circulación de nuevas ideas y tendencias fueron favorecidos por procesos como la aumentada financiación de la educación, la urbanización y el crecimiento de la clase media. A pesar de los límites democráticos y de la política de olvido del Frente Nacional, hay que admitir que permitió la recuperación de libertades públicas, lo que se tradujo en una dinámica cultural diversa. Como menciona Camacho, “proliferaron las revistas culturales, textos sobre memorias de la Violencia, debates sobre el nuevo cine europeo y la novela contemporánea, en fin, un revivir de la cultura intelectual” (2009: 74).

Con la caída del régimen de Rojas y el inicio del Frente Nacional se crearon las condiciones propicias para la recepción de nuevas corrientes de pensamiento. El término del régimen anterior llevó al levantamiento de la censura y la clausura que se habían impuesto sobre la libertad de prensa y de opinión. Entonces se reanudó la emisión de diarios y suplementos culturales que contribuyeron a la difusión de ideas y estimularon el debate político; así como se estimuló el arte con tendencias modernas en el país (Tirado, 2014).

En ese entonces la sociedad colombiana se caracterizaba por ser excesivamente patriarcal y católica, y sus valores exaltaban lo parroquial. A pesar de esos factores, surgieron expresiones culturales decisivas en el país que no solo renovaron las formas

de expresión sino que aumentaron la oferta de manifestaciones culturales, ya fuera desde el campo de la pintura, la literatura o el teatro.

La demanda de producciones culturales aumentó también en consonancia con el ensanchamiento de los sectores medios y del estudiantado cuyos consumos culturales se diversificaron y propendieron a la producción intelectual, académica y artística del país y del continente (Tirado, 2014).

4.4.1.El *boom* de la literatura

La tendencia que tomaron la literatura y el teatro fue la misma que siguieron la pintura y la escultura, se trataba de romper con los moldes tradicionales. En la década del sesenta, el país, así como el continente entero, participó del llamado *boom* de la literatura latinoamericana, considerado dentro de la irrupción del tercer mundo, con efectos de trascendencia política y cultural en el escenario mundial. Las letras latinoamericanas permitieron que el continente tuviera otra valoración en el extranjero y que sus intelectuales fueran tenidos en la misma valía que los europeos o norteamericanos. El *boom* consistió

[...] en que un grupo de talentosos escritores latinoamericanos publicó, en los años sesenta, obras fundamentales que tuvieron una espectacular acogida e inmensa difusión en los medios intelectuales, en la academia y entre los lectores del hemisferio norte y de las otras regiones del globo. (Tirado, 2014: 113)

La mayoría de los escritores del *boom* eran jóvenes que compartían las posiciones de izquierda y daban su apoyo a la revolución cubana; algunos de ellos vivían fuera de sus países en calidad de exiliados forzados o por elección debido a las dictaduras que azotaban a varios países de la región (Tirado, 2014: 114).

El *boom* tuvo un efecto integrador en torno a la exaltación de América Latina, por lo que ligado a él se renovó un sentido de pertenencia que llevaba a la identificación del continente como un complejo que trascendía las particularidades y la unicidad de cada país; se entendía como un conjunto con una cultura y una historia propias que se debían preservar y conservar.

Los años sesenta en Colombia abrieron el terreno para producciones literarias que tenían un nuevo tratamiento y se alejaban de las formas tradicionales. Para el escritor José Donoso, el *boom* de la literatura respondía muy bien a la ausencia de padres,

refiriéndose a la subestimación de los referentes, propia de los años sesenta, y a manera autobiográfica añade “nos quedamos sin padres con quienes nos complaciera identificarnos; sin padres pero, debido a ese eslabón que se perdió, sin una tradición que nos esclavizara” (1997: 199), fue la liberación de la tradición lo que otorgó un margen de libertad para inventar nuevas formas.

Para Halperín (1997), la literatura de los sesenta transmitía una efímera esperanza al dar por sentado que la época de renovación que se estaba viviendo era la posibilidad de dar cierre de la historia de fatalidades que habían sufrido los países de la región, y dejaba al futuro la tarea de vindicación del pasado y del presente. Ese aspecto le valió la acogida del público lector que encontraba un sentido histórico en ella y sustituía así, en parte, la labor del historiador o del científico social.

4.4.2.El grupo de Barranquilla

La formación del grupo de Barranquilla hizo que sus escritores fueran transgresores respecto a las normas y formas tradicionales de la literatura del país. Sus integrantes se dieron cuenta de que su región, con sus paisajes, costumbres e historia, aún no se había incluido dentro de la expresión literaria, por ello, sus textos persiguieron el propósito de contar algo todavía no escrito con una forma novedosa en la que predominaran las realidades locales y su folclore.

En los relatos de la generación del grupo de Barranquilla se percibe “la mera nostalgia por un pasado entrañable [que] se vivifica y transmuta en la toma de conciencia de un cambio histórico” (Gilard, 1997: 39), lo que nos lleva a pensar en el sentido del pasado para estos escritores y su instrumentalización en relatos con conciencia histórica, que pretendían promover la crítica y el cambio social.

El grupo de Barranquilla fue uno de los principales condicionantes para la formación de los escritores que consideramos en este trabajo²⁹ debido a que la socialización experimentada en él les permitió el desarrollo de una narrativa propia mediante la cual explotaron literariamente el complejo cultural de su región Caribe y reescribieron en ficciones sus versiones de hechos históricos del país, como la masacre de las bananeras.

²⁹ Nos referimos a Gabriel García Márquez y a Álvaro Cepeda Samudio, dos de los tres autores considerados.

Según Gilard, el grupo “tuvo muy temprano una vasta y excelente información, y se anticipó en varios años al resto del país” (1997: 49). Añade que “a esa precocidad de información y reflexión, se sumó casualmente, en el reducidísimo ambiente intelectual de un puerto caribeño, una increíble concentración de buenos críticos y escritores llenos de talento” (Gilard, 1997: 49). Todos esos factores les dieron un aire de distinción a los escritores del Caribe comparados con los del resto del país, lo que contribuyó al carácter novedoso, innovador y transgresor que fue bien recibido en el movimiento cultural de los sesenta.

4.4.3.El movimiento del Nuevo Teatro

Se denomina “Nuevo Teatro” al movimiento teatral que surgió tras la década del cincuenta en Colombia y cuya intención era la creación de un teatro independiente con una dramaturgia propia.

Iba en concordancia con el “Nuevo Teatro Latinoamericano”, por lo que se puede decir que seguía el mismo impulso innovador de otros países como Argentina, Brasil, Uruguay y México (Jaramillo & Osorio, 2004). Así como la literatura, el teatro estuvo impregnado del efecto de cohesión de América Latina que se experimentó durante la década del sesenta y del intercambio de contenidos y formas de hacer arte en la región.

La apuesta del Nuevo Teatro por el método de “creación colectiva” conllevaba una oposición al teatro comercial que no daba lugar a la creación ni a la investigación; esto generó un cambio en la percepción del teatro como arte y en su función política y social. Buenaventura menciona que “teatralmente el Nuevo Teatro está en contra de todo lo costumbrista” (citado en Piedrahita, 1994: 20) y algunos de los colectivos considerados en él pretendían hacer teatro de vanguardia.

En la época era común la afinidad entre grupos teatrales y los diferentes grupos políticos (Tirado, 2014: 305). En medio de ello, el teatro universitario fue importante para la renovación artística y para la transformación del sentido de dicho arte. Como menciona Aldana, el teatro universitario “se orientó hacia la formación de público de sectores que no sólo habían sido marginados del teatro sino de la participación política general en el país tales como campesinos, obreros, estudiantes de secundaria” (2004, 125). La influencia que ejercieron los movimientos estudiantiles sobre el teatro se tradujo en mayor politización y “el teatro se convirtió en una forma de expresión política, cuando

no de simple agitación” (Tirado, 2014: 305). El teatro se convirtió más en “instrumento ideológico que artístico” (Aldana, 2004: 126) y los grupos universitarios vinculados a él pretendían vincular a los sectores tradicionalmente marginados a su lucha política. Por esos motivos, la actividad teatral no tardó en recibir el peso de la censura (Aldana, 2004).

CAPÍTULO 5

LAS MEMORIAS DE LA MASACRE DE LAS BANANERAS

5.1. Antecedentes

Los acontecimientos de las bananeras generaron varias reacciones. En un primer momento hubo un ambiente de silencio y negación en el que contribuyeron las versiones oficiales que confirmaban la matanza de un pequeño número de trabajadores, catalogados como “malhechores” y “comunistas” que supuestamente representaban una amenaza para la patria, por ese motivo se justificaba la acción del Ejército. Los testimonios de los sobrevivientes fueron silenciados y no tuvieron canales de difusión para transmitir sus versiones de lo sucedido. En los medios de comunicación la información era limitada y guardaba correspondencia con las versiones oficiales³⁰.

El asesinato de los huelguistas no desencadenó ninguna acción legal en contra del actuar del ejército ni de los mandatarios públicos involucrados en el crimen. Por el contrario, el presidente Miguel Abadía Méndez consideró que los sucesos de las bananeras habían tenido una resolución apropiada, opinión compartida por el general Cortés Vargas, que tras los hechos, fue promovido al cargo de comandante de la policía (Ramos, 1990). Por su parte, el Congreso mostraba una inmensa falta de compromiso político desde 1927 y no manifestó ninguna postura de desacuerdo con relación a lo acontecido en las bananeras (Archila, 2001).

Aún en medio de ese ambiente de negación y olvido, surgieron algunas manifestaciones que denunciaron lo ocurrido y que señalaron la complicidad entre el gobierno, el ejército y la compañía bananera norteamericana. Estas primeras formas de elaboración sirvieron como antecedentes a la producción cultural de los años sesenta. Desde 1928, el mismo año de la masacre, se encuentran manifestaciones artísticas acerca de lo ocurrido. Ya en 1929 y 1930 la caricatura política denunció con un tono satírico lo acontecido. No obstante, quizá la mayor contribución a la memoria de las bananeras estuvo liderada por Jorge Eliecer Gaitán, quien en 1929 realizó una denuncia ante la Cámara de Representantes que generó controversia dentro del escenario político nacional. A continuación se recogen estos primeros abordajes del tema de las bananeras que actualmente podemos considerar como contribuciones a su memoria.

³⁰ Las primeras versiones de prensa informaban de ocho muertos y veinte heridos. Ver: diario *La Prensa*, viernes 7 de diciembre de 1928, Barranquilla. Tomado de Cortés, 1979.

5.1.1. La denuncia de Jorge Eliecer Gaitán

En septiembre de 1929, Jorge Eliecer Gaitán, que había sido electo para su primer periodo en la Cámara de Representantes, lideró una denuncia en contra de la UFC y señaló la complicidad del general Cortés Vargas y del gobierno conservador (Ramos, 1990). Fue la figura política de Gaitán la que permitió que los sucesos de las bananeras no quedaran sumidos en el ambiente de silencio y olvido en la esfera política nacional.

La investigación hecha por Gaitán un año después de los acontecimientos encontró “cadáveres de hombres, mujeres y niños en distintos puntos de la zona bananera” (Archila, 2001: 206) y logró recopilar varios testimonios de personas que relataron abusos cometidos por los soldados y que confirmaron los excesos de violencia que ejercieron. Muchos de ellos concuerdan en que la UFC otorgó privilegios al ejército y utilizó algunas estrategias corruptas, como la compra de testigos, para condenar a algunos presos y conseguir la persecución de personas que habían escapado a la masacre (Documentos-testimonios, 1972).

En medio de las intervenciones de Gaitán, se señaló que la UFC no pagaba impuestos, explotaba terrenos cedidos por el Estado y que había reducido los salarios de los trabajadores. El énfasis se ponía en que el gobierno y el ejército habían preferido proteger la propiedad privada de una compañía extranjera antes que la vida de los compatriotas, y que las autoridades colombianas habían actuado subordinadas jurídico y políticamente a los intereses extranjeros (Ramos, 1990). Además, Gaitán pretendía interceder por los líderes y huelguistas presos tras los consejos de guerra (Torres, citado en Botero y Guzmán, 1977).

La figura política de Gaitán se benefició con la denuncia ya que logró un gran renombre al dar a conocer las condiciones en que se desarrolló la masacre de la zona bananera (Pécaut, 2012: 149). Por otra parte, su labor permitió que en el centro del país se conociera una versión distinta a la oficial y que la masacre tuviera reconocimiento y despertara el rechazo de distintos sectores. La masacre de las bananeras fue percibida como una “revelación del desgaste del régimen” (Pécaut, 2012: 116) y contribuyó a la deslegitimación del gobierno del presidente Miguel Abadía Méndez.

Con la denuncia de Gaitán, los sucesos de las bananeras se inscribieron en el plano nacional y quedaron ligados, como memoria, a las representaciones del gaitanismo y del

liberalismo de izquierda en Colombia. Igualmente, la memoria de las bananeras se llevó al centro del escenario político que en ese momento estaba concentrado en Bogotá y desde allí encontró mayores posibilidades de ser reivindicada y elaborada de distintas maneras y fue transmitida a otros lugares del país. Entonces, una memoria colectiva de la huelga y masacre de las bananeras quedó ligada a las representaciones que movilizó la figura pública de Gaitán.

5.1.2. La defensa del general Cortés Vargas

En respuesta al trabajo de Gaitán, salieron otras versiones a la luz pública. Una de las más notables es la del general Cortés Vargas, recogida en su libro *Los sucesos de las bananeras*, editado en 1929. En él, el general se defiende de los señalamientos de Gaitán y justifica su proceder en la dirigencia de la tropa a fin de enaltecer la labor del ejército colombiano en la defensa de la patria (Cortés, 1979).

Según Cortés Vargas, fue enviado a la zona bananera para dar apoyo a las autoridades y a la policía pues los «trabajadores pacíficos» de la zona estaban siendo “hostilizados e instigados por revoltosos” (Cortés, 1979: 22). Cabe resaltar que para él, la huelga se inscribía en un contexto de amenaza comunista, socialista y anarco-sindicalista, como queda retratado en su relato. Por ejemplo, en la manera de referirse a los líderes de la huelga como «dirigentes o cabecillas comunistas» y al referirse constantemente a los huelguistas en general como «malhechores» (Cortés, 1979).

Cortés Vargas había sido encomendado a la “pacificación de la región”, por lo tanto, justificó su proceder ante la huelga como un acatamiento de las órdenes de sus superiores. Su relato confirma que había dudas acerca de la fidelidad de los soldados pues existía el temor de que confraternizaran con los huelguistas e incurrieran en indisciplina ante las órdenes de los superiores. Para poder controlar la situación, alistaron todas las tropas y Cortés Vargas se puso al frente de ellas junto a un coronel y un capitán. Tras anunciar la orden de evacuar, que fue desacatada por los amotinados, el general se sintió en la obligación de cumplir la ley, pues ya había cumplido con lo establecido por el Código Penal (Cortés, 1979: 90); por lo tanto, justifica que al dar la orden de abrir fuego, no estaba incurriendo en delito alguno y se estaba acogiendo a un marco legal.

En la versión de Cortés Vargas se registra que el número total de muertos habría sido de nueve personas. Según él, los tiros fueron altos ya que la tropa disparó de pie, y por consiguiente “fueron pocas las bajas que sufrió el pueblo” (Cortés, 1979: 90). Sin embargo, al citar como documento el acta de levantamiento de los cadáveres, consta que fueron trece muertos en total, contando a los heridos que murieron después en el hospital.

Respecto a las versiones que contradecían su relato, entre ellas los señalamientos de Jorge Eliecer Gaitán, Cortés Vargas declara que son producto de la “imaginación popular y la maledicencia de los enemigos del orden” y reitera que los crímenes cometidos durante el gobierno militar son inventos (Cortés, 1979: 93).

La disputa de versiones sostenidas por Gaitán y por Cortés Vargas es una clara muestra de las primeras pugnas por la imposición de sentido sobre lo acontecido en la zona bananera y nos remiten a la interpretación de las memorias dentro del campo de lucha por las representaciones. Los términos utilizados, la manera de referirse a los “otros” para delinear la propia identidad que se defiende y la interpretación de los eventos según categorías y valores nos permiten acercarnos a las representaciones de lo ocurrido y a las memorias que empezaron a circular desde distintos sectores que configuraban el escenario político de la época.

5.1.3. Los testimonios de los líderes socialistas

Por otro lado, también se encuentran las versiones de los líderes socialistas que fueron testigos de la huelga y la masacre y que vincularon los acontecimientos con el contexto de movilizaciones en el país y con la participación de sectores de la incipiente izquierda política que se autodenominaba como revolucionaria.

El recién fundado el PSR se lanzó a “a una amplia actividad de masas” (Archila, 2001: 192) caracterizada por la improvisación. El conocimiento que en ese entonces se tenía acerca de las tendencias políticas e ideologías era vago y tergiversado dado que el país permanecía al margen de los debates internacionales y no tenía mayores canales de comunicación con Europa. Los movimientos populares mezclaban corrientes como el anarquismo, el marxismo y el comunismo; la indistinción ideológica se evidenciaba también en algunos de los dirigentes (Pécaut, 2012: 106, 107).

Los líderes socialistas que dirigieron la huelga de las bananeras sostenían que la clase obrera debía organizarse de manera independiente de los partidos políticos tradicionales, lo que manifiesta un rechazo a la clase dirigente en general más que al gobierno conservador. El ideario político que se pretendía debía estar por fuera de las representaciones políticas tradicionales; esto abrió el panorama para propuestas políticas autónomas y radicalizadas en medio del bipartidismo. Ello no significa que el PRS o el PCC hubieran tenido posibilidades reales de participación democrática ni que en términos prácticos lograran formar una línea independiente; a lo largo de las décadas de 1920 y 1930, el movimiento popular y el PSR no lograron romper completamente los lazos con el Partido Liberal (Pécaut, 2012: 109).

A pesar de las dificultades que tuvo el PSR para consolidarse como un partido de verdadera oposición dentro del mapa político bipartidista, el hecho de que estos líderes hubieran estado en las bananeras, permitió que hicieran una lectura de los acontecimientos acorde a sus idearios y que plasmaran cuáles eran sus intenciones en la política nacional de la década del veinte, lo que contribuyó a los trabajos de memoria sobre la masacre.

A partir del trabajo de Gaitán, del PSR y de la organización obrera se ha logrado construir una memoria histórica sobre lo acontecido en las bananeras ligada a identidades políticas de izquierda en Colombia. Por ejemplo, existe una rememoración de las bananeras presente en la historia del socialismo, también aparece elaborada en la historia del comunismo, ya que encontró su marco de representación política a partir del trabajo elaborado por el PSR y por sus líderes³¹ (Rojas, 2009).

Debido a que en su momento la huelga fue un medio para expresar reivindicaciones de soberanía nacional y de oposición al “imperialismo yanky” (sic)³², su memoria quedó ligada a discursos de ese tipo. El rechazo a las intervenciones del país norteamericano aumentaron con la masacre, pues el hecho de que una compañía extranjera asesinara a nacionales era una ofensa que se sumaba a los varios episodios que afectaban la soberanía nacional, tal vez el más remarcable de ellos, la pérdida de Panamá y el

³¹ El Partido Comunista (PCC) se fundó tras la disolución del PSR, que tan sólo estuvo activo durante cuatro años. En julio de 1930 el PSR cambió oficialmente su nombre por el de «Partido Comunista de Colombia». En el proceso participaron figuras destacadas del socialismo que también estuvieron en los eventos de las bananeras, como Tomás Uribe Márquez, Alberto Castrillón y Raúl Eduardo Mahecha, ver: Meschkat (2009).

³² Algunos líderes, como Tomás Uribe Márquez, insistían en que la huelga debía virar hacia un movimiento antiimperialista (Archila, 2009)

aumento de los empréstitos para impulsar la economía nacional. Por lo tanto, el recuerdo de la masacre también quedó ligado a los discursos antiimperialistas que recién se divulgaban para la década del veinte.

5.1.4. Primeras manifestaciones artísticas acerca de la huelga y la masacre

Además de los discursos movilizadores en el escenario político que acabamos de considerar, existieron otras manifestaciones ligadas al arte y la cultura que también abordaron el tema de las bananeras y que movilizaron memorias acerca de lo acontecido.

Se tiene el registro de un primer cuento sobre la masacre, publicado el diez de diciembre de 1928, de manera casi inmediata a los acontecimientos. El cuento, que se titula *Lenine en las bananeras*, hace parte de una literatura con tendencias de izquierda y aún no se sabe si fue escrito antes de la matanza, lo que contribuiría a darle un carácter premonitorio, indicio del estado de miedo en el ambiente (Bacca, 2000). Fue escrito por Francisco Gnecco Mozo, que ejercía el periodismo y fue corresponsal del diario *La Prensa* en Ciénaga durante los sucesos de las bananeras; por eso es probable que las impresiones plasmadas en su relato estuvieran relacionadas con la información por él recopilada, lo que le añade un carácter testimonial.

Más allá de esta primera manifestación literaria que sirve como documento de la memoria de las bananeras, se encuentran otras que tuvieron mayor difusión y mayor reconocimiento entre el público, por ejemplo las caricaturas.

En la década del veinte, la prensa era el medio informativo de mayor acceso y a través de él se construía la opinión pública sobre los principales acontecimientos del país. Las caricaturas ofrecían interpretaciones de la actualidad, sesgadas “por el humor, por la malicia o por el deseo deliberado de mostrar el ridículo, o de crearlo, en torno a un acontecimiento o de un personaje” (Colmenares, 1998: ix).

A pesar de que las caricaturas no son fuentes verídicas ni objetivas que pueden ofrecer información sin juicios de valor, se convierten en testimonios valiosos para conocer el pasado en la medida en que transmiten un reflejo de la realidad “que traduce la percepción colectiva” (Colmenares, 1998: ix). Por lo tanto, al observarlas nos podemos remitir a una red de significados que dan cuenta tanto de la subjetividad de quien los produjo como del entramado colectivo al que iban dirigidos.

De manera ilustrativa, nos remitiremos brevemente a la caricatura de Ricardo Rendón y de José “Pepe” Gómez, dos de los principales caricaturistas que contribuyeron a la formación de la opinión pública de las décadas del veinte y del treinta. A partir de sus obras es posible remitirse a sentidos sobre los acontecimientos históricos, especialmente referidos a la crisis del gobierno conservador a finales de la década del veinte y con un claro tono de crítica y oposición a los presidentes conservadores³³.

Además de ser una fuente de representaciones acerca de la tendencia colectiva de oposición al gobierno conservador al final de la década que coincidió con la caída de la hegemonía conservadora, las caricaturas también demuestran un apoyo al antiimperialismo, tema que apenas se empezaba a esbozar (González, 1990).

La obra de ambos caricaturistas denota la preocupación por las políticas permisivas del presidente Miguel Abadía Méndez frente a la instalación de las compañías norteamericanas (ver figura 1) o frente a los empréstitos como amenazas a la soberanía nacional (ver figura 2). La imagen del presidente fue ampliamente cuestionada y deslegitimada, las representaciones lo caricaturizan al punto de llevarlo al ridículo y son evidencia del declive por el que de manera efectiva y simbólica atravesaba el gobierno conservador (ver figura 3).

De manera específica, también hubo expresiones acerca de la masacre de las bananeras en las caricaturas, con las que se cuestionaba la velada información que llegaba al centro del país y se sugería una desconfianza hacia las declaraciones oficiales y la postura asumida por el gobierno (ver figura 4).

³³ “Pepe” Gómez era hermano del político conservador Laureano Gómez. Al comienzo de su trayectoria en la caricatura, identificaba a los liberales con los masones, sin embargo dio un giro y empezó un trabajo de oposición a los presidentes conservadores (González, 1990).

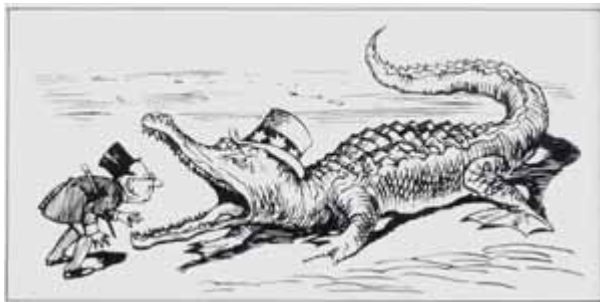


Figura 1

Figura 1: Sin título. Autor: José “Pepe” Gómez, sin año de publicación.

Descripción: El presidente Abadía Méndez se asoma ingenuamente a la boca de un gran caimán que representa el imperialismo de los Estados Unidos debido a que diversas compañías norteamericanas estaban instaladas en la costa Atlántica, específicamente en

regiones aledañas al río Magdalena (donde había presencia de estos animales), como el caso de la UFC.

Figura 2: Sin título. Autor: José “Pepe” Gómez, sin año de publicación.

Descripción: El personaje de “Juan Pueblo”, que representa a la población mayoritaria en Colombia con su vestimenta tradicional del sector rural, es oprimido por otro personaje que representa a los inversionistas extranjeros, especialmente para aludir a los empréstitos norteamericanos. Con esto se simboliza la posición dominante de la economía extranjera sobre la economía nacional y la subyugación del pueblo colombiano ante los intereses de dichos inversionistas.



Figura 2



Figura 3

Figura 3: Título: Estado crítico. Autor: Ricardo Rendón. 1930.

Descripción: El presidente Abadía Méndez se encuentra en un deplorable estado de salud, lisiado en extremo a razón de la crisis ministerial, económica, fiscal, política y moral. A su lado una lápida en la que se lee “Admon. Abadía Abril 1930” y al fondo de la senda por recorres está el palacio presidencial con la bandera del 7 de agosto. El pie de imagen dice “El Doctor Abadía dice que llegará hasta el 7 de agosto”, como una sátira a la condición en que terminó su periodo presidencial que también fue el último de la hegemonía conservadora.

Figura 4: Título: Regreso de la cacería. Autor: Ricardo Rendón. 1930.

Descripción: Abadía Méndez y el general Cortés Vargas comparan los resultados de sus respectivas cacerías, el primero muestra patos que ha cazado como deporte, mientras el general rinde cuentas de una larga fila de hombres muertos. El pie de imagen tiene un diálogo que dice: “Cortés Vargas: ¡Yo maté cien...! –Abadía: Eso no es nada, yo maté doscientos”.



Figura 4

5.2. Construcción de memoria de las bananeras en la producción cultural de 1960

A continuación detallaremos el trabajo con las obras literarias para dar cuenta de la reinención del pasado de las bananeras en la producción cultural de los años sesenta. El objetivo con cada una de las tres obras abordadas es analizar de qué manera aparecen representadas la huelga y la masacre, por qué cada obra constituye un ejercicio de memoria y de qué manera evidencia una lectura del pasado de los años veinte de acuerdo a las condiciones del presente en que fueron producidas, es decir, los años sesenta.

5.2.1. *Cien años de soledad*

*“El compromiso del escritor no es solo con su realidad política,
sino con toda su realidad”*

Gabriel García Márquez

Debemos empezar por señalar que ninguna obra se entiende como construcción de memoria por sí sola, por eso es necesario ponerla en diálogo con su contexto y con los grupos de referencia de los autores. El análisis del componente biográfico es muy útil pues ofrece pistas sobre la proveniencia de ciertos recuerdos que aparecen plasmados en los libros. Esto funciona sobre todo con la obra de García Márquez que puede contrastarse con sus memorias, recogidas en el libro autobiográfico *Vivir para contarla*. A partir de ahí es posible evidenciar los principales marcos sociales de la memoria del autor y establecer conexiones entre el mundo del relato (que transcurre en Macondo) y el mundo que experimentó el nobel.

La novela *Cien años de soledad*, publicada en 1967, es una reelaboración literaria de la historia de Colombia representada a través de las vivencias de la estirpe Buendía en un pequeño pueblo imaginario llamado Macondo. Como “novela total” es la historia de un mundo desde su origen hasta su desaparición y abarca todos los niveles de la vida de ese mundo (Vargas, 2007). La trama del libro da cuenta de los últimos cien años de la estirpe a lo largo de siete generaciones y describe la evolución de Macondo, que es la localidad central de la novela. Tanto Macondo como la estirpe Buendía son elementos entrecruzados, con un destino común e interdependientes entre sí. Lo que se expresa en

los Buendía y en la casa que habitan, es la expresión de la evolución de todo el pueblo, y con él, de toda una sociedad.

El relato no se traslada a otro espacio que no sea Macondo, ni transcurre lejos de la casa de los Buendía, en donde confluyen los personajes secundarios que inciden en la trama. Por este motivo, el espacio del relato es un espacio cerrado, vinculado a una temporalidad circular, característica propia, según Reig, de la construcción literaria del espacio trágico (Reig, 2012).

Existe, no obstante, un mundo exterior con el que Macondo construye un diálogo, y el mundo aparentemente hermético en que se desarrolla la novela empieza a ser permeado por lógicas extranjeras. Subyace una idea de que el exterior es el lugar de la “Historia”, por eso Macondo debe ser reconocido desde afuera para poder figurar en ella. Como menciona Vargas Llosa, Macondo, antes de su primer contacto con el mundo exterior, estaba entregado a la fantasía y la magia y es sólo con la primera ruta de comunicación con el mundo de afuera que realiza su ingreso a la historia (Vargas, 2007: 31). Esto comúnmente se asocia a una representación de la conquista en América Latina, pues a partir de ahí el continente fue dotado de una identidad construida desde la otredad y otorgada por el mundo occidental, que impuso sus nociones de tiempo, espacio e historia³⁴.

En la novela, la lógica de progreso se impone desde afuera. Macondo, recién inaugurado, desea encaminarse hacia el futuro, hacia la modernidad, pero ese proyecto nunca se esboza como algo propio o autóctono, ya que está subordinado a la idea de que el desarrollo se encuentra en la vía que ha seguido el mundo de afuera³⁵. De nuevo, se refuerza el paralelo con América Latina, aunque es más importante notar que esta

³⁴ La identificación de un argumento de-colonial implícito en el libro se encuentra ampliamente desarrollada en Benavides, Ana Cristina. (2014). *La soledad de Macondo o la salvación por la memoria*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores. No obstante, esta construcción literaria del espacio también se ha asociado con las tragedias tebanas, particularmente con la obra de Sófocles, ver: Reig Calpe, Montserrat. (2012). La creación del espacio trágico en la obra de Gabriel García Márquez: una lectura sofoclea, en: *Synthesis*, volumen 19.

³⁵ Este afán “modernizador” se evidencia desde los primeros capítulos. En un comienzo, se manifiesta en el deseo del fundador, José Arcadio, de descubrir los “grandes inventos” del mundo exterior para beneficio de Macondo. El espacio de afuera se representa como avanzado y superior, es el ideal de realización a pesar del escaso conocimiento que se tiene sobre él; mientras que el mundo interior es lo precario, insuficiente en sí mismo. Este elemento se remarca a lo largo de la novela cuando en el mundo de los personajes se otorgan valoraciones más altas a los elementos europeos y norteamericanos, comparados con aquellos que eran propios de Macondo. Por ejemplo, la noción de prestigio social y económico está asociada a los instrumentos importados como la pianola, los muebles y decoraciones (ver capítulo IV de la novela).

misma lógica le sirve al autor para representar a Colombia y a la Costa Atlántica en la significación de sus relaciones con el exterior.

La historia es contada a partir de los miembros de una estirpe que padecen un destino inevitable rumbo a la destrucción, por eso el argumento de la obra es la confirmación de una tragedia que se ha anunciado desde el inicio y que domina el curso del relato. Aunque el libro narra la creación de un mundo y la lucha por su conservación y supervivencia³⁶, el relato se dirige inevitablemente a su desintegración (Benavides, 2014); *Cien años de soledad* da cuenta del surgimiento y el declive de una sociedad condenada a la tragedia, lo que contribuye a que el libro adquiera carácter de mito.

Comúnmente, la obra de este autor se ha catalogado como “realismo mágico” porque el tono del discurso narrativo entremezcla ficción y realidad, creando narraciones inverosímiles, que parecen producto de la imaginación y la fantasía. Sin embargo, la idea del realismo mágico ha sido debatida porque la porción de ficción o de “magia” que tiene la escritura es un recurso literario para comunicar algo del mundo real³⁷. García Márquez afirmaba que “ninguna ficción es totalmente inventada, siempre son elaboraciones de experiencias” (Billon & Martínez, 1999). Es decir que la ficción es un recurso para narrar hechos que tienen sustento en experiencias de vida, es una manera de reconstruir y renarrar los eventos del pasado. Por este motivo, la obra no se debe valorar en términos de la cantidad de verdad objetiva que contiene, ya que no pretende ser un relato oficial o histórico, sino que debe considerarse como una reelaboración y una selección narrativa que funciona más a manera de memoria.

Las memorias detrás de Cien años de soledad

La obra de García Márquez, especialmente la novela seleccionada, puede interpretarse como un ejercicio de memoria en sí misma, pues en ella se expresan elaboraciones desde la memoria individual del autor y también se reconstruyen entramados de memorias colectivas que remiten a los círculos en los que socializó en diversas etapas

³⁶ Este rasgo se hace manifiesto en el personaje de Úrsula, que encarna la conservación de la estirpe y es quien garantiza su sustento. La novela menciona que incluso después de su muerte, Úrsula continuaba “peleando con las leyes de la creación para preservar la estirpe” (García, 2007: 464).

³⁷ Bobes afirma que el criterio del “realismo mágico” con el que se ha intentado definir la obra de García Márquez, es insuficiente porque sólo da cuenta de estilo simbólico común a los distintos pueblos hispanos de América del Sur; sin embargo no sirve como supuesto para explicar el contenido de la obra, ni sus temas, ni los valores literarios que aparecen en ella (2014: 19). Para autores como Benson, el realismo mágico que algunos atribuyen a la portentosa imaginación del autor es más bien “una descripción poetizada de una realidad que en sí misma es insólita” (1989: 221).

de su vida, siendo la infancia uno de las más importante. Finalmente, su obra es un diálogo con la memoria histórica, ya que esconde un reordenamiento literario de la historia de Colombia (Pernett, 2014), sobre todo la de finales del siglo XIX y la transición hacia el XX.

La novela puede ser leída como una reconstrucción del pasado de la región, del país y el continente; y a la vez como una reelaboración de la memoria familiar de García Márquez. El biógrafo Dasso Saldívar recalca que la obra del nobel se basó “en su propia realidad en la que tuvieron gran influencia sus abuelos maternos en Aracataca, su pueblo natal”, y recalca “la coherencia maravillosa entre su vida, su realidad y sus libros y sus cuentos ” (Revista Arcadia, 2014, 21 de agosto). Como resultado, *Cien años de soledad* es una transposición de personajes y hechos de la vida personal del autor para componer la trama de los Buendía. La novela incluye una reelaboración de su familia y su vida personal, paralela a la de su región y su país. Entonces logra relacionar eventos de carácter local en un contexto más amplio que es el de la nación.

El imaginario pueblo de Macondo es una síntesis de los pueblos del Caribe, en especial de Aracataca, Magdalena, de donde el autor era oriundo; pero también es un universo literario en el que confluye la historia del país y del continente. El Caribe se retrata como la región principal y el resto del país aparece de manera secundaria, solo se incluye en la narración en función de sus relaciones con el litoral. Pernett, explica esto en una lógica de centro-periferia, en la que la capital del país –máxima representación de Colombia– sería la periferia y el Caribe el centro; ahí se encuentra una primera contradicción a la versión dominante y oficializada que se enseña en la historiografía y la geografía del país (Pernett, 2014).

Las ficciones garciamarquianas son el resultado de una apropiación y “usurpación” de su realidad, de tal manera que el continente de la ficción está entrecruzado con el biográfico. Es posible identificar el peso de la memoria individual del autor en la construcción de su novela. Se sabe que sus narraciones tienen como punto de partida la recuperación de recuerdos de su infancia que permanecieron activos en él. Por medio de la escritura, García Márquez decidió expresar el reencuentro con un pasado muy íntimo que remite a sus primeros años de vida con sus abuelos maternos, el coronel Nicolás Márquez y Tranquilina Iguarán (Martin, 2009; Saldívar, 2014a).

En *Cien años de soledad*, el autor logró inmortalizar varios recuerdos de su niñez, por ejemplo, la casa de sus abuelos que lo obsesionaba (Martin, 2009: 57). García Márquez no solo representa la casa de sus propios recuerdos, sino que incluye los recuerdos de sus familiares y contribuye a conservar un elemento importante de la memoria colectiva de su grupo familiar.

El libro también expresa un entrecruzamiento con la memoria colectiva de Aracataca y la región del Magdalena, sin embargo, el autor va mucho más allá pues su literatura recrea una visión del mundo que trasciende ese límite espacial. Para Martin, la reconstrucción que hace el autor abarca “no sólo el pequeño pueblo de Aracataca, sino también el resto de su Colombia natal, y acaso, toda América Latina y aún más allá” (Martin, 2009: 57). En este sentido, Macondo deja de ser solo un lugar ficticio y se concibe como un recurso literario para hablar de una sociedad, su historia y su cultura.

El Macondo de *Cien años de soledad* es una síntesis literaria de varios lugares con los que el autor se identificaba, y está construido con recuerdos de experiencias de vida del autor y con otros que le fueron relatados por su familia. El evento de la huelga y masacre de las bananeras es un ejemplo de esto ya que el autor lo tomó prestado de la memoria colectiva de su región. García Márquez tenía tan solo un año de edad cuando ocurrió la masacre, pero su abuelo se encargó de contarle sobre ella de manera reiterativa a tal punto que llegó a apropiársela y conservarla en su memoria. Al respecto el autor menciona,

Yo conocía el episodio como si lo hubiera vivido, después de haberlo oído contado y mil veces repetido por mi abuelo desde que tuve memoria: el militar leyendo el decreto por el que los peones en huelga fueron declarados una partida de malhechores; los tres mil hombres, mujeres y niños inmóviles bajo el sol bárbaro después que el oficial les dio un plazo de cinco minutos para evacuar la plaza [...]. (García, 2002: 22, 23)

Gracias a las memorias del abuelo, el autor pudo reconstruir cien años de historia que no vivió personalmente pero que podía identificar por ser parte de un pasado compartido. Resalta la importancia de la oralidad como vehículo de transmisión de las memorias puesto que a García Márquez le enseñaron su pasado a través de narraciones que conservaba la familia; además en la oralidad se recogen las versiones que las comunidades construyen para dar significado intelectual y afectivo al mundo y a la historia, sin importar que no pertenezcan al mundo de la investigación histórica ni estén

basadas en preceptos científicos u oficiales (Pernett, 2009: 198) y fue por este mismo medio que el autor aprendió sobre el pasado regional y nacional.

Las primeras impresiones que tuvo el nobel acerca de Colombia le fueron comunicadas a través de relatos orales que su abuelo le contaba, que a su vez recogían una mentalidad colectiva presente en la región. Como García Márquez era un niño, creció con la convicción de que esas historias eran ciertas y años más tarde cuando las contrastó con la memoria histórica y los relatos oficiales descubrió que no correspondían. A partir de ahí, tuvo un conflicto con la historiografía y los relatos oficiales que lo llevó a cuestionar la manera en que se había construido la historia nacional. Al respecto, Pernett menciona,

García Márquez había escuchado desde niño las historias de su abuelo sobre la masacre de las bananeras y las guerras civiles en las que había participado, y la distancia que encontró entre estas y lo que decían los libros de textos era abismal. La incoherencia entre la historia escrita y la real se hizo más evidente para él durante sus años de bachillerato [...]. Por todo esto, es comprensible que García Márquez tuviera la historiografía nacional en tan baja estima y que dedicara buena parte de su creación literaria a intentar una reescritura de esta a través de los poderes evocadores de la imaginación literaria. (Pernett, 2014)

Ese conflicto con la historiografía y con los relatos oficiales influyó en su obra y lo motivó a intentar una reescritura del pasado nacional. García Márquez convirtió su literatura en un vehículo para comunicar versiones marginadas y hacer frente a la historia oficial; además fue un medio para reivindicar el pasado tal y como lo había aprendido en su infancia al lado de su abuelo.

Las bananeras en el universo literario de *Cien años de soledad*

El libro reconstruye qué significó la *United Fruit Company* (UFC) para la región desde comienzos del siglo XX y no se concentra únicamente en relatar la huelga y la masacre. Por eso muestra cómo la presencia de la compañía bananera transformó el rumbo del pueblo y repercutió sobre la vida cotidiana de sus habitantes, siendo la masacre una consecuencia de ello. Al respecto, Pernett explica que

Si bien lo que más se ha resaltado sobre García Márquez y las bananeras ha sido el episodio de la huelga y la masacre en *Cien años de soledad*, lo cierto es que en esta novela, así como en *La hojarasca*, se encuentra una descripción completa de lo que

significó para la sociedad caribeña vivir bajo el imperio de la “Mamita Yunai”. Por eso es que el trabajo de García Márquez sobre las bananeras no puede reducirse a un ejercicio de crónica roja que reporta el número de muertos de la masacre. (Pernett, 2014)

Para lograr una reconstrucción profunda de la gran significación que tuvo la compañía en la historia del pueblo, García Márquez le otorga un “presentismo” convirtiéndola en un elemento recurrente a lo largo de todo el relato. La llegada de la compañía a Macondo se menciona muchos años antes de que suceda³⁸ a manera de anuncio premonitorio (capítulo VII), sin embargo no se vuelve a mencionar sino hasta que se confirma su llegada al pueblo con la aparición del personaje de Mr. Herbert, el fundador (capítulo XII).

A partir de ahí, se describen una serie de transformaciones realizadas por los “gringos” de la compañía bananera y se relata lo que significó para el pueblo vivir bajo la bonanza del banano. No es sino hasta el capítulo XV, cuando se relata el episodio de la huelga y la masacre, que se logra entender que detrás de la lógica del progreso aparentemente generado por la compañía, se esconde la peor de las catástrofes que tendrá que sufrir Macondo y que lo llevará de manera irremediable a la destrucción.

Vargas Llosa explica que los cien años de Macondo reproducen las peripecias de toda civilización, pasando por el ciclo de nacimiento, desarrollo, apogeo, decadencia y muerte; y que precisamente esas son “las etapas por las que han pasado (o están pasando) la mayoría de las sociedades del tercer mundo, los países neocoloniales” (Vargas, 2007: 31). Por lo tanto, la presencia de la compañía representa la etapa de decadencia (aunque contribuye a un aparente apogeo del pueblo) y luego la masacre abre el período de muerte (Vargas, 2007).

Para el novelista, la masacre de las bananeras fue el símbolo del declive de su pueblo y de la región, así se lo representó gracias a las impresiones de sus padres y abuelos. En *Vivir para contarla*, menciona que su madre, para referirse a la estación del ferrocarril donde ocurrió la masacre, le dijo “Ahí fue donde se acabó el mundo” (García, 2002: 22).

³⁸ Aparece mencionada por primera vez en el capítulo VII, no como un evento perteneciente a la época en la que está el relato, sino como algo del futuro. Simplemente se anuncia que con el tiempo habrá de llegar la compañía bananera a Macondo. “[...] el cementerio siguió oliendo a pólvora hasta *muchos años después*, cuando los ingenieros de la compañía bananera recubrieron la sepultura con una coraza de hormigón” (García, 2007: 158; énfasis propio).

Con el relato de la masacre, el libro adopta un tono análogo al de la biblia (Figueroa, 1998) y la tragedia se hace inminente. Macondo no vuelve a pasar por un periodo de bonanza o de esperanzas para su conservación, sino que empieza a consumirse dentro de sí mismo. Por eso la casa de los Buendía se deteriora de manera progresiva sin que ningún esfuerzo pueda evitarlo: las hormigas, las polillas y el comején que devoran los cimientos de la casa son un signo más del decaimiento y la aniquilación (Figueroa, 1998).

La masacre de las bananeras es el punto de confirmación de la gran tragedia que se profetiza desde el inicio del libro. Ella contiene los “acontecimientos que habían de darle el golpe mortal a Macondo” (García, 2007: 333). Para Pernet, la masacre de las bananeras de García Márquez

[...] constituye el punto de no retorno en la historia colombiana. Si se sigue la historia de Macondo como una alegoría de la propia Colombia es muy dicente que no hayan sido las guerras civiles ni la violencia política las que acabaran con el pueblo alguna vez paradisíaco, sino la masacre bananera. (Pernet, 2014)

De esta manera, el evento histórico adquiere un peso que no tuvo en las construcciones historiográficas ni en los relatos oficiales, la obra literaria le otorga un nuevo carácter y le añade consecuencias devastadoras. La entrada del imperio norteamericano, la economía bananera, la huelga y su brutal represión, quedan ligadas a la idea del infortunio y la tragedia de un pueblo.

Recreación y representación de la masacre en la novela

El relato del asesinato de los huelguistas (capítulo XV) cambia el sentido que tenían la compañía, los personajes asociados a esta y el mundo de los gringos en general; sin embargo, también cambia radicalmente a Macondo y la visión de mundo de sus habitantes. A partir de ahí, la memoria de Macondo se divide en dos versiones, una asociada con las versiones oficiales que declara que “no ha habido muertos”, y la otra, que requiere ser preservada del olvido que la acecha, que es la que contiene el relato de lo que verdaderamente ocurrió y sólo es reconocida por un personaje, el de José Arcadio Segundo, único testigo sobreviviente.

En la memoria de José Arcadio Segundo está contenido que los soldados fusilaron a tres mil huelguistas y arrojaron sus cadáveres al mar, transportados en un tren de doscientos

vagones³⁹, sólo en ella se reconoce la complicidad entre el ejército y la compañía y la responsabilidad de ambos en el crimen. Pero como esa memoria es poco creíble y tiene escasas posibilidades de ser difundida, sucumbe al peso de su marginalidad. En el mundo del libro, la verdadera historia de la masacre solo es conocida por un solitario personaje impotente ante la injusticia y la impunidad ya que nadie cree en lo que él presencié. José Arcadio Segundo no tiene posibilidades de que su versión sea acreditada o legitimada y debe resignarse a que la versión oficial se imponga sobre ella. Con esto, el autor nos ilustra de manera literaria y casi metafórica lo que en realidad ocurrió con la memoria de la masacre en Colombia. El relato de *Cien años de soledad* da cuenta de la imposición del relato oficial sobre la memoria de los habitantes del Magdalena y del ocultamiento del evento que por ello quedo relegado al olvido histórico.

El orden del relato

La secuencia de acontecimientos que conducen a la masacre de García Márquez guarda un orden con la historiografía. Existen concordancias que llevan a pensar que el autor se basó en documentos para poder corroborar datos y darle mayor sustento a su recuerdo. Al respecto, Pernet menciona que “el proceso de investigación hecho por García Márquez para la escritura de *Cien años de soledad*, fue prolongado y minucioso, con revisiones de prensa, entrevistas a sobrevivientes de la masacre bananera y viajes por la región” (Pernet, 2009: 213).

La masacre de las bananeras aconteció el seis de diciembre de 1928 tras una huelga que había iniciado a comienzos de noviembre. En ese último mes, los trabajadores del banano se negaron a continuar con sus labores y redactaron un pliego de peticiones de nueve puntos. La intransigencia de la compañía para evaluar el pliego condujo a que el movimiento huelguístico se fortaleciera y se organizara durante más tiempo. En la novela, todo lo anterior se conserva, aunque sin datos precisos –como la fecha–, y con modificaciones, como el momento del día en que ocurre la masacre. La historiografía ha reconstruido que la masacre ocurrió de noche, a la madrugada (Ramos, 1990), y en el

³⁹ La literalidad de los tres mil muertos y del tren de doscientos vagones se hace evidente en la novela por la manera en que se repite, casi fiel. Esto es un recurso que el autor utiliza varias veces, al punto de volverlo redundante y que hace que sea leído como un dato histórico, aunque no lo sea. Al respecto, ver: Posada Carbó, Eduardo. (1998). La novela como historia, *Cien años de soledad* y las bananeras, en: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. 35, No. 48, 1998.

libro no se esclarece la hora. No obstante, lo único que se conoce sobre el día es que en el mundo de Macondo, la concentración de huelguistas en la estación comenzó la mañana de un viernes (García, 2007).

El motivo de la reunión, según el libro, es que el Jefe Civil y Militar de la provincia viajaría al pueblo para interceder en el conflicto, sin embargo, así como lo ha reconstruido la historiografía, el personaje esperado no aparece lo que despierta la frustración de los huelguistas. Tras eso, se desencadena la masacre.

García Márquez le otorga una duración más larga a los acontecimientos que rodean la huelga. Si bien la historiografía menciona que estalló en noviembre y duró hasta diciembre, no hace mención de antecedentes ni preparativos para esta. En cambio, el discurso literario de la novela le permite describir un mundo en el que la conspiración de la huelga dura cerca de un año, hasta que llegan los soldados y en poco tiempo se proponen restablecer el orden público sin ninguna tentativa de conciliación, sino por la fuerza (García, 2007: 343, 344).

El carácter obrero de la huelga

En la huelga recreada por García Márquez, se referencia el carácter obrero y la organización sindical detrás de su despliegue. García Márquez convierte al personaje de José Arcadio Segundo en líder de los trabajadores y allí condensa la persecución sindical de la que fueron víctimas los líderes. Además, menciona las sospechas del gobierno de que esté organizando una “conspiración internacional” desde Macondo (García, 2007: 338). Con esto, el autor da cabida en su relato a elementos presentes en la historiografía, en donde se ha reconocido el peso de la organización sindical y la identificación de líderes que fueron perseguidos y que, como pertenecían al Partido Socialista, se les asociaba la influencia de otros países, probablemente Rusia y México. No obstante, el relato de *Cien años de soledad* no menciona de manera directa el socialismo y deja a la huelga y la masacre por fuera de identificaciones políticas a tal punto en que ni siquiera se la asocia con los tradicionales partidos Liberal y Conservador.

En el universo macondiano, los partidos políticos dejan de ser dos bandos en oposición desde el final de la Guerra de los Mil Días, en que ambos se asocian y se hace evidente que nunca estuvieron claras las distinciones o contradicciones entre ellos. Después de

las guerras civiles, la violencia ya no se encarna en nombre de ningún partido político, lo que contribuye a representarla de manera informe. La masacre de las bananeras no remite a los partidos, a duras penas se identifica el gobierno o el Estado detrás de esta a través de las figuras de los soldados; en Macondo la única institucionalidad que se hace presente es el ejército como representación de *lo nacional*.

Los actores en disputa

Los soldados tienen un gran peso en el destino trágico de Macondo, son personajes bien contruidos y en su descripción destacan varios detalles. Primero, los soldados son “cachacos”. El término “cachaco” en sí mismo conlleva una carga despectiva y es la manera en que los costeños designan a los habitantes del centro del país. También son asociados con el páramo y el menosprecio de los habitantes de Macondo hacia ellos es tanto una expresión de regionalismo, como un resentimiento por no estar asociados a ningún recuerdo agradable ni para el pueblo ni para la estirpe⁴⁰. El hecho de que los soldados sean cachacos determina que la peste que azota a Macondo proviene siempre del exterior, no solo entendido como aquello externo a Colombia (más específicamente asociado a Europa y a “los gringos”) sino que también proviene de otras partes del país. Lo anterior refuerza el carácter marginal de un relato contado desde Macondo, que es el Caribe y que son los oprimidos de esta historia.

Aparte de los soldados, otros actores importantes son los que representan a la compañía y a los gringos. Puesto que la novela tiene una ausencia de personajes norteamericanos, Mr. Herbert condensa el máximo de representaciones acerca de ellos. Así, “los gringos” son una comunidad imaginada desde Macondo, que termina por asociarse a los rasgos de los que llegaron por primera vez y fundaron la compañía. Para ello, el autor redonda en estereotipos, por ejemplo la descripción física de Mr. Herbert⁴¹ y su carácter de forastero negociante. También la compañía bananera representa “lo gringo” y se convierte en su eslogan. A través de la figura de la compañía se elabora una

⁴⁰ Algunas de las menciones a los cachacos encontradas en la obra hacen referencia a su “modo de hablar rebuscado” (García, 2007: 147). Sin embargo, la mayoría de referencias despectivas se realizan hacia el personaje de Fernanda del Carpio, que proviene del centro del país, y cuyas costumbres difieren de las de la gente de la costa.

⁴¹ En *Cien años de soledad* se refiere a él como “Rechoncho y sonriente” (García, 2007: 259). La descripción física de este mismo personaje aparece más detallada en “El mar del tiempo perdido” (cuento): “era grande y colorado. Hablaba alto y sin pausas, y movía al mismo tiempo unas manos tibias y lánguidas que siempre parecían acabadas de afeitar” (García, 1973: 147). Si se reconoce el diálogo que hay entre las distintas obras del autor, se puede deducir que se trata del mismo personaje y que ese es el estereotipo dominante que transmite García Márquez para designar a los gringos de la compañía.

representación asociada a la ciencia y la tecnología y a una nueva forma de colonialismo o imperialismo distinta a la de Europa. La presencia de los gringos implica que el pueblo se ve obligado a introducir la técnica norteamericana de cuyo descubrimiento no ha participado (Bobes, 2014: 168), y se somete a una nueva imposición del mundo exterior⁴².

Los huelguistas del relato son trabajadores del banano, habitantes corrientes de Macondo que, al igual que el personaje de José Arcadio Segundo, se emplean en distintos cargos de la compañía bananera. Entre los huelguistas que se conglomeran en la estación, también hay mujeres y niños. Al comienzo de la huelga, los huelguistas son descritos como gente paciente que espera conciliar el pliego con la compañía, pero que, cansada de esperar, actúa de manera violenta⁴³. Como respuesta a eso, se convocan a una reunión en la plaza, donde los esperan las ametralladoras y la muerte.

En general, los huelguistas no son considerados ni héroes ni víctimas, tampoco ganadores o perdedores. De huelguistas, pasan a ser tres mil trabajadores muertos que nadie reconoce o recuerda; es como si para la historia nunca hubieran existido. No obstante, esos trabajadores sin rostro serán conservados hasta el final de Macondo gracias al recuerdo transmitido oralmente por José Arcadio Segundo.

Los documentos y los datos

Además de mencionar el pliego de peticiones de nueve puntos redactado por los trabajadores de Macondo que en efecto existió en la huelga de 1928, la novela resalta otro dato concreto que preserva de interpretaciones ficcionales. Se trata del Decreto Número 4 del Jefe Civil y Militar de la provincia, documento fácilmente identificable dentro de los hallazgos historiográficos que aparece firmado por el general Carlos Cortés Vargas y por su secretario mayor Enrique García Isaza y declara a los huelguistas “*cuadrilla de malhechores*” (García, 2007: 346, énfasis original). La forma de referirse a ellos como malhechores y no como huelguistas o trabajadores da cuenta del discurso del ejército. Además el documento constata que el ejército tuvo un marco

⁴² La imposición de “lo gringo” sobre Macondo conlleva la transformación del espacio físico para su manipulación y explotación. Para ello, la ciencia y la técnica son fundamentales; éstas se representan en los instrumentos que carga Mr. Herbert (ver García, 2007: 259, 260) y en las modificaciones sobre el clima y la geografía del pueblo (García, 2007: 261):

⁴³ El libro menciona que los trabajadores “se echaron al monte sin más armas que sus machetes de labor. [...] Incendiaron fincas y comisariatos, destruyeron los rieles para impedir el tránsito de los trenes que empezaban a abrirse paso con fuego de ametralladoras [...]. Las acequias se tiñeron de sangre” (García, 2007: 344).

“legal” para disparar contra la población, pues facultaba a los hombres de la fuerza pública para *castigar por las armas*.

El decreto, revelando los nombres de Cortés Vargas y de García Isaza, permite hacer una asociación directa con el mundo “real” y establecer más comparaciones o asociaciones con otros datos conocidos por cualquier lector medianamente informado sobre este evento de la memoria histórica del país.

El decreto fue un documento fundamental para reivindicar una parte importante de la identidad del Magdalena, porque a través de él se corroboraron muchas memorias sobre la represión obrera; por ese motivo, fue una pieza crucial para otros escritores de la región, como por ejemplo Álvaro Cepeda Samudio que lo incluyó en su novela *La casa grande* (1962) como un documento que soporta el mundo literario creado por él⁴⁴.

El número de muertos

Según Pernet, la cifra de tres mil muertos no es una invención del autor sino que corresponde a una memoria oral del Magdalena. Según él, este número que circulaba en la zona bananera “como computo mortal de la represión desde antes de 1964” (Pernet, 2009: 212) y ya había sido registrado, antes de García Márquez, por el escritor Efraín Tovar Mozo en su novela *Zig-zag en las bananeras*, publicada ese año, poco antes de *Cien años de soledad*.

No obstante, la cifra de los tres mil muertos ha desencadenado un fuerte debate, sobre todo entre los historiadores porque se ha considerado una irresponsabilidad que el autor creara esa imagen que se integró a la memoria sobre el evento, pasando por encima de relatos históricos.

La historia de los “no-sujetos”

Cien años de soledad es una alegoría de la historia de Colombia –como lo señala Pernet–, que termina produciendo una historia fragmentada, lo que da cuenta de las dificultades de elaborar un “gran relato de nación”. La diversidad cultural ligada a las distinciones entre las regiones del país es un obstáculo más para dicha tarea pues *Cien años de soledad* está elaborada desde una visión Caribe del resto del mundo y esto le resta posibilidades de representar todo el complejo colombiano. No obstante, también

⁴⁴ Más adelante, al analizar la obra de Cepeda Samudio se profundiza más en este aspecto.

permite captar las formas de pensar a “los otros” y entender el lugar de la Costa en el campo de lucha por las representaciones, especialmente en comparación con el centro del país.

Mediante este ejercicio, la obra se convierte en una contribución a la memoria colectiva de la nación, pues incluye elementos que también hacen parte de ella aunque no sean los dominantes. En este mismo sentido, reconstruye eventos de un pasado común de la nación por medio de un discurso literario liderado por personajes que encarnan a los “no-sujetos” de la historia (Benavides, 2014).

La idea de los “no-sujetos” nos remite a las memorias marginales, aquellas que poseen los personajes que no han logrado ser voceros de su propio mundo, que no aparecen en la memoria histórica y mucho menos en la historia oficial. García Márquez ofrece una historia que sólo podrían contar esos personajes, los anti-héroes; por ello la figura del coronel es tan importante, pues el militar de esta historia no es un héroe patrio, ni un vencedor o prócer de la historia nacional; al contrario, es uno más de los vencidos, que incluso termina iniciando una lucha para conquistar la derrota y así poder dar fin a la guerra⁴⁵. De esta manera, se ofrece una versión alternativa y transgresora, ya que hasta los años sesenta el relato oficial transmitido en los colegios bajo el título de “Historia de Colombia”, era un compendio de victorias presentadas a través de la vida de héroes nacionales, a los que el relato oficial convirtió en personalidades victoriosas, nobles y admirables⁴⁶. García Márquez conduce al lector a un plano más íntimo en que los personajes encarnan valores y actitudes excluidos de la memoria histórica.

Para García Márquez no era posible excluir la masacre de las bananeras debido a su significancia en la comprensión del pasado de Colombia. En su experiencia de vida, las bananeras constituyeron un hito. Sin embargo, hubo otros eventos de igual importancia que también se plasmaron en su relato y que entraron a componer la selección con la que construyó una nueva versión de la historia de Colombia. Entre ellos resaltan las guerras civiles de finales de siglo XIX que, como ya mencionamos, fueron cruciales

⁴⁵ En el capítulo IX de la novela se relata ese evento que corresponde al final de la guerra. Eso ubica al lector en una nueva temporalidad, le da a conocer que ya el relato va en un tiempo posterior a la Guerra de los Mil Días y así lo lleva a las primeras dos décadas del siglo XX, que aunque también tuvieron situaciones de violencia y represión, se caracterizan por la ausencia de guerras civiles.

⁴⁶ Esto se puede detallar en los manuales de enseñanza de la historia de los colegios, por ejemplo los libros de Rafael M. Granados y de Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, que desde 1910 se habían constituido en lecturas obligatorias (Pernett, 2014).

para el autor gracias a que su abuelo le dio a conocer sus hazañas guerreras, fundamentales para comprender la reescritura realizada por el nobel.

Reescribir la historia nacional

Cien años de soledad hace una reescritura literaria de la historia de Colombia, sobre todo la de finales de siglo XIX y comienzos del XX, aunque recoge eventos desde la colonia⁴⁷. El libro selecciona acontecimientos relacionados a la memoria histórica de la nación, privilegiando aquellos que afectaron al Caribe. Eso explica por qué la narración deja de lado hechos de gran peso en la historia colombiana que se desarrollaron en otras regiones, como el auge cafetero de finales del siglo XIX, y los evade para dar mayor protagonismo a otros, propios del mundo del autor.

Dicho de otro modo, el relato de nación que construye García Márquez privilegia acontecimientos alternativos y deja de lado aquellos que ya están consignados en la historiografía nacional. Por ejemplo, aparece la historia del enclave bananero en reemplazo de la historia de la economía cafetera; de esta manera, reivindica un componente muy importante de la historia de la región y a la vez se enfrenta a la historiografía nacional, que impone el relato del café debido a su papel en el desarrollo político y social de Colombia y a que fue un éxito para impulsar la economía. A diferencia de ello, aunque la economía bananera se recuerda por el auge modernizador que llevó a la región del Magdalena, no constituye un orgullo nacional debido a que el enclave trajo consecuencias desastrosas para el país.

Reconstruir la historia de la economía bananera implica remitirse a los abusos cometidos por la compañía y a la complicidad de instituciones oficiales como el ejército y la policía, lo que propició las condiciones para la masacre de 1928. Quizá esos motivos contribuyeron a que este capítulo quedara al margen de los relatos oficiales y no apareciera con tanta relevancia en la historiografía sobre finales de siglo XIX y comienzos del XX, pues corresponde al relato de un crimen que nunca salió de la impunidad. Sin embargo, García Márquez le otorga un papel fundamental dentro de su narrativa y lo convierte en una pieza constitutiva para entender el mundo de Macondo y

⁴⁷ Aunque transcurre durante los últimos cien años de la estirpe, la novela remite a eventos anteriores y termina reconstruyendo cuatrocientos años de historia. Esto se explica porque el evento más antiguo que se rastrea en el relato es la toma de Riohacha por el pirata Francis Drake, que antecede trescientos años a la fundación de Macondo (Ver García, 2007: 30). De esta manera, el libro se enfoca en la historia de finales de siglo XIX y primera mitad del XX, pero remite a eventos desde el siglo XVI, ampliando la información sobre el pasado del universo literario.

el destino de la estirpe. Al incluir referencias a la compañía bananera, a las plantaciones y a los abusos que condujeron a la masacre, el autor preserva este episodio del olvido y lo integra a su versión de la historia nacional.

Cien años de soledad, entre el mito y la vulgata

Detrás de toda la composición plasmada en *Cien años de soledad* se esconde una interpretación mítica de la historia que se fundamenta en varios elementos. Por un lado, ya mencionamos la analogía entre la novela y las tragedias sofocleas, con lo que se crea el mito de la profecía que lidera el curso de la historia. Los acontecimientos se dirigen a la constatación de un destino ya anunciado, inmune a las acciones de los personajes que intentan contradecirlo y que de todas formas recaen en él. Por otro lado, aparece el mito de la repetición de la violencia informe⁴⁸, ligado a la desintegración del mundo como constatación de una tragedia.

En el libro, las guerras civiles son la primera forma de esa violencia, son el inicio de un relato que contiene el porqué del declive y la tragedia en Macondo. García Márquez las selecciona como punto inicial para inscribir su relato en la analogía con la historia de Colombia y dar inicio a la sucesión de nuevas formas que adquiere la violencia.

El influjo de la violencia informe no se supera cuando las guerras finalizan sino que se materializa de nuevo, años más adelante, en un nuevo episodio. Con el fin de las guerras, el pueblo entra en un periodo de prosperidad y renovación bastante esperanzador, que le sirve para avanzar en su auge modernizador. Sin embargo, ese estado es frágil y se ve quebrantado por la repetición de la violencia.

Las guerras de finales de siglo XIX responden a una dinámica bipartidista y al conflicto entre liberales y conservadores; pero la violencia deja de ser asociada con el bipartidismo una vez terminan las guerras. La masacre de las bananeras del libro ocurre sin identificaciones políticas y mucho menos bipartidistas. La nueva encarnación de la violencia informe responde a nombres que pronto se sumen en el olvido –como el del

⁴⁸ Por “violencia informe” se entiende una violencia que no responde a actores identificables, ni tiene una temporalidad concreta (un momento de inicio y otro de finalización), ni móviles claros que la originan; lo que da lugar a que esa violencia se represente como una entidad sin forma, que actúa por sí misma afectando el curso de la historia de manera dramática y catastrófica, como si se tratase de una condena cuyo control o prevención no depende de nadie puesto que no hay quien se responsabilice de ella. Esas características se explican en el Capítulo IV como los rasgos característicos de la Violencia bipartidista de los años cincuenta.

general Cortés Vargas – y a actores que desaparecen de Macondo y de su memoria y que no vuelven a ser recordados por los habitantes del pueblo, por ejemplo los soldados y los altos mandos de la compañía. El olvido, que es una peste, colabora a que la representación de la violencia continúe informe y a que solo se identifique como la repetición o como el eterno retorno a un origen fatídico.

Ese origen fatídico está desde el inicio de la historia y su representación más antigua es el incesto (que se conoce desde el personaje de Úrsula); por eso para ella el niño con cola de puerco sería una señal de que la profecía fatídica se ha cumplido, con lo que la maldición del incesto imperaría sobre la existencia de la estirpe, y esto es lo que termina por ocurrir al final del libro. El incesto, en una analogía bíblica, representa el pecado original al que el mundo está condenado y que, por no ser expiado, lo lleva a la destrucción.

No obstante, una interpretación menos bíblica nos muestra que este mito encarna una representación mítica, casi religiosa, de la historia del país como una sucesión de violencias, como si la estirpe estuviera condenada a que siempre recaiga sobre ella el peso de la opresión y de la peste que el resto del mundo o el destino ejerce sobre ella. Esta representación de la historia de Colombia con la violencia como un rasgo inherente a ella ha tenido una efectividad sobre la vida de la sociedad colombiana, así como la tiene sobre Macondo.

Es importante señalar que la repetición y la tragedia son parte de la construcción social narrativa que recoge García Márquez pero que está presente como una mentalidad colectiva sobre el pasado nacional. Existe una representación de la historia del país que no corresponde a un relato histórico ni a una memoria ejemplar sino que se asemeja más a una vulgata, y que enuncia que el pueblo colombiano ha estado y está condenado a sufrir una historia trágica que se repite con sus episodios de violencia y terror. Es común que en Colombia, para hablar de su historia, se aluda a ese mito. Incluso el sociólogo Orlando Fals Borda condensó esa visión de la historia de Colombia y terminó por reproducirla cuando en el prólogo de la reedición de 2005 de su libro *La violencia en Colombia*, expresó que

[...] por periodos sucesivos, la violencia y el terror vuelven a levantar su horrible cabeza enmarañada de Medusa, *como copia casi fiel de lo ocurrido antes*; y ahora, al adentrarnos

en el nuevo siglo, la tragedia tiende a repetirse paso a paso de manera irresponsable. (Fals, 2005: 13; énfasis propio)

Cien años de soledad reproduce esa visión mítica de la historia del país, condenado desde hace tiempo a la repetición de la violencia.

La novela ha generado un gran debate con los historiadores que no podríamos dejar por fuera. Posada Carbó es uno de los historiadores colombianos que identifica un riesgo y una irresponsabilidad en el hecho de que la vulgata de García Márquez se haya fijado en la memoria colectiva como una representación de la historia de Colombia, porque no lo es. Para él, a la novela de García Márquez se le ha prestado tal atención que se ha terminado por acreditar como verdad histórica. Por ejemplo con los tres mil muertos, cifra popularizada después del éxito del libro, que sin embargo, no es fiel a la realidad histórica. Esto sólo significa que la leyenda es adoptada como historia (Posada, 1998).

Posada señala que en muchos casos la novela se ha convertido en una fuente, incluso para algunos historiadores que no dimensionan hasta qué punto la ficción puede ser considerada como historia. Además, la novela ha estado liderando “la versión oficial”, dejando de lado trabajos objetivos y verificables. A partir de 1967, las personas en Colombia empezaron a rememorar tres mil muertos para referirse a la masacre, por lo que la novela tuvo un efecto sobre la conciencia histórica del país (Posada, 1998: 6).

No se puede juzgar esta obra con expectativas de encontrar el relato histórico verificable y objetivo que podrían ofrecer por ejemplo las reconstrucciones históricas; y tampoco se puede apelar meramente a la dimensión ficticia, dejando de lado sus concordancias y referencias con la historia de Colombia que construyen una memoria. Si se reconoce la versión de García Márquez como una construcción narrativa, se comprende que los relatos pueden ser mixtos cuando apelan a distintas fuentes, sobre todo si apelan a memorias, que por sí mismas cargan omisiones, tergiversaciones, exageraciones y sentidos figurados. Por ese motivo, García Márquez recrea una vulgata de la historia de Colombia y particularmente de la masacre de las bananeras. La forma en que esta versión fue (y ha sido) acogida por el público, incluso por el más especializado, es un problema de recepción que merece ser analizado. No obstante, para los alcances del presente trabajo es suficiente con corroborar que el proceso de memoria estuvo presente tanto en el acto creativo (por las memorias contenidas en la novela), como en la posibilidad de transformar representaciones y conocimientos acerca de una masacre real

pero que estaba fechada en tiempos que parecían condenados al olvido y de los que no se tenía mayor registro.

5.2.2. *La casa grande*

“-¿Y qué es la literatura sino la gran historia del mundo bien contada?”

Álvaro Cepeda Samudio

Acerca del universo literario de *La casa grande*

Antes de la publicación de *Cien años de soledad*, el escritor Álvaro Cepeda Samudio, nacido en Ciénaga, había publicado su novela *La casa grande* (1962), basada en la huelga y masacre de los trabajadores bananeros en 1928.

La novela da cuenta de un drama familiar que sustenta la idea de la casa grande, que remite a un recinto doméstico; pero a la vez se convierte en el espacio del relato de los sucesos de las bananeras. Así, “la casa grande” es el espacio familiar, el pueblo, la zona bananera y la nación (Sims, 1998).

En el libro, “el autor representa el acontecimiento al desprenderlo del discurso histórico” (Sims, 1998: 78), el *cómo* de la masacre aparece desde distintas perspectivas y voces, contrario al discurso monológico propio de la historia que establece una única versión. En la novela se deduce el hecho de la masacre al ser presentada tanto por los soldados, como por la familia, el pueblo y la versión oficial. Cada complejo de personajes presenta una perspectiva distinta de los acontecimientos, la novela va incluyendo sentidos olvidados en un gran discurso que se caracteriza por la polifonía (Sims, 1998).

El lenguaje literario de la novela se caracteriza por ser bastante innovador, casi experimental, con predominancia de diálogos y de monólogos que remiten a reflexiones interiores de los personajes, y con descripciones de escenas que se acercan al lenguaje teatral o cinematográfico.

Según Brushwood, en *La casa grande* el hecho histórico se comunica “tal como ha quedado en la memoria, pero siempre en el contexto de pertenecer a una familia y a un pueblo” (citado en Sims, 1998: 78) debido que el autor evita narrar la masacre y opta porque sean los personajes quienes la presentan a través de selecciones provenientes de la memoria colectiva de la familia y del pueblo. Resalta el hecho de que en esta novela no se narran los sucesos de la masacre de una forma tradicional que pueda coincidir con

el discurso de la historia y tampoco se ofrece un relato dominante del *cómo* acontecieron. Por ejemplo en *Cien años de soledad* sí hay un gran fragmento dedicado a narrar el trascurso de la huelga y la masacre, mientras que *La casa grande* sólo nos habla de estos acontecimientos como algo que ya ha ocurrido en el pueblo y que los personajes pueden referenciar gracias a sus recuerdos, aunque la mayoría de ellos no los haya presenciado o sólo pueda dar cuenta de un evento relacionado. El único testigo que puede informar al lector acerca de lo sucedido es un soldado que, en su rememoración, se remite exclusivamente a su experiencia y sólo habla de un muerto, al que él asesinó (Cepeda, 2012: 58-60). Por esto el relato de la huelga y la masacre es parcial y fragmentado, pues, al ser comunicado por varias voces no logra constituir un único relato integrado y unificado como sí se lograría si fuera liderado por un narrador omnisciente, más cercano a lo que ocurre con las reconstrucciones históricas.

Entonces, la novela no comunica una única versión del hecho, lo que en sí mismo constituye una contradicción a la historia, sino que da paso a multiplicidad de memorias. Más que un recuento histórico o una reelaboración de los hechos que rodearon a la huelga y la masacre, el libro de Cepeda hace una interpretación de lo que pudieron significar en la vida cotidiana de los personajes y del pueblo. La mayor parte del libro está contada desde la voz de ellos, ya sea por medio de diálogos concisos o por monólogos en los que cada uno expone sus dilemas morales, sentires y reflexiones. Al lector le corresponde armar las piezas para poder dar cuenta del hecho histórico y para trazarlo como una sucesión con un orden cronológico ya que en la novela los acontecimientos son presentados de forma desordenada, a medida que van apareciendo dispersos en los distintos discursos. Como menciona Vergara, en la novela “no hay continuidad narrativa [...] ni siquiera en la forma del discurso” (2001: 75).

La novela rehúye a dar una versión sólida y concisa de lo sucedido para presentar los hechos con “una estructura fragmentada y un poco dispersa que tanto se parece a la de los recuerdos” (García, 1967). Cada voz presentada en el relato revela detalles que deben irse juntando y organizando para conseguir un relato que funciona a manera de argumento de la obra.

A lo largo de los capítulos se van arrojando informaciones sobre el estado general de La Zona durante la huelga y la masacre. Algunos de esos detalles podrían parecer insignificantes, pero reconstruyen las minucias cotidianas de lo que sucedía por esos

días. Por ejemplo, en un diálogo entre un hombre y una mujer que se encuentran en una cafetería se menciona que no es posible salir del pueblo porque el tren no llegará (Cepeda, 2012: 121). Si ese pequeño detalle se une al otro resto de cabos sueltos que el autor deja a lo largo de la novela, se tiene una descripción del ambiente del pueblo, aparentemente sosegado, pero que está pasando por eventos que lo conmocionan y que son consecuencias de la huelga.

Otro rasgo que contribuye a la polifonía de la novela –característica de la memoria más que de la historia– es que sólo utiliza nombres genéricos, tanto para los personajes como para los capítulos (Los soldados, El Padre, La Hermana, El Pueblo, El decreto, Jueves, Viernes, Sábado, Los Hijos). Sims plantea que de esta manera todos se vuelven ejemplificantes del mundo que se plantea, y que los nombres genéricos ayudan a universalizar o mitologizar el hecho histórico (1998: 79). La construcción arquetípica de los personajes lleva a una identificación casi universal de aquellos que han participado o sufrido de los hechos violentos y contribuye a “des-historizar” los eventos narrados.

La novela presenta dos complejos argumentativos que se cruzan de manera permanente entre ellos, por un lado sigue el curso de la historia de la huelga y la masacre, y por el otro nos muestra la historia de la familia. Para Gilard, este segundo aspecto constituye el eje central de la novela; según él, Cepeda construyó una historia de decadencia familiar y el tema de la masacre sólo le sirvió para suministrar el anclaje temporal y las coordenadas ideológicas de esa historia (Gilard, 1985: 21).

No obstante, la afirmación de Gilard deja por fuera el hecho de que la novela sí ofrece una reescritura de los eventos de las bananeras e integra algunos de sus elementos más representativos (los soldados, la estación del ferrocarril, el nombre de los pueblos, el decreto militar, el papel de los líderes sindicales y de los huelguistas, etc.), sólo que de forma desordenada y dispersa con lo que diluye la cronología con la que típicamente se podrían re-narrar los acontecimientos. Lo que sucede es que la novela intercala las voces que dan cuenta de la huelga y la masacre con aquellas que informan al lector acerca del drama familiar, pero ambos universos están conectados. Así, menciona Sims, “el lector no puede leer los capítulos que contienen el discurso histórico o militar sin pensar en la presencia implícita del pueblo o de la familia” (1998: 82).

Ambos complejos se pueden analizar por separado. En un primer momento extraeremos de la novela todo aquello que refiere a la huelga y la masacre de las bananeras,

intentado identificar los hechos en medio de la polifonía, y la mayor cantidad de voces y actores sociales que aparecen representados. Luego procederemos a analizar qué representaciones se movilizan en la historia familiar y de qué manera esta afecta la reescritura del evento histórico, pues, ambos complejos están interconectados y los sentidos de uno atraviesan al otro.

La huelga y la masacre de las bananeras en *La casa grande*

Cepeda le da voz a una variedad de personajes que comúnmente han sido silenciados por la historia y por las versiones oficiales. Esto nos recuerda la noción de los no-sujetos de la historia (Benavides, 2014), también presente en *Cien años de soledad*, y que se presenta por medio de relatos marginales a los que los trabajos de memoria dan lugar.

La casa grande construye y vehiculiza memorias acerca de la masacre a través de un relato ficcional que se aleja de la versión oficial e incluso la contradice. Como menciona Vergara, “en el fondo de la narración subyace la visión de un periodista empeñado en presentar un *vox populi* para desmentir la versión oficial de la masacre” (2001: 72), lo que da como resultado que el relato contenido en esta novela constituya una vulgata histórica que aunque se nutre del relato histórico y de las versiones oficiales termina por subvertirlo dando primacía a los mecanismos de la memoria.

Cepeda imagina prototipos de personajes que comparten su experiencia del hecho histórico, estos habitan el mundo imaginario de la casa grande que a su vez está basado en elementos de la realidad vivida por el autor; por ejemplo el espacio del relato concuerda con el universo Caribe de donde él provenía y retoma la memoria colectiva de esa región.

Al igual que con García Márquez, la masacre de las bananeras hizo parte de la infancia del escritor ya que Cepeda llegó a vivir a Ciénaga poco tiempo después de sucedida, por eso la confección literaria de la novela está llena de elementos de las experiencias vividas por él. Según Bancelin,

[...] algo tomó Cepeda de la historia oficial. El resto proviene de la tradición oral, de los chismes que escuchó y que le llegaron por boca de los que vivían en la zona por ese entonces [...]. Hacía escalas en las casas de las amigas de su madre, donde todavía se comentaba la terrible matanza de las bananeras luego del paso de los años. Pero eran

conversaciones casi clandestinas, porque en la calle el suceso era innombrable. (Bancelin, 2012: 121)

Además, el escenario literario fue edificado a partir de objetos, lugares y personas conocidas. Bancelin conjetura acerca del personaje del Padre que, aparentemente, estuvo inspirado en un terrateniente bananero que hacía negocios con la UFC y que era vecino del barrio del escritor. Según la biógrafa,

[...] otros personajes de la obra están inspirados en [...] cinco hermanos con los que Álvaro trabó amistad recién llegado a Ciénaga y que fueron sus vecinos [...]. Allí pasaba todo el día y regresaba de noche. A la mañana siguiente emprendía de nuevo el camino, no sin anunciar antes: ‘Mami, me voy para la casa grande’. (Bancelin, 2012: 124)

La casa de sus vecinos estaba ubicada al lado del cuartel militar, que Cepeda conoció muy bien y que reproduce de identifica forma en su novela (Bancelin, 2012).

Para narrar los sucesos de las bananeras el escritor se vale de la polifonía que incluye una amplia gama de personajes involucrados en los hechos o afectados por ellos; así da amplitud al relato y no lo cierra a la visión de un único sector. Los personajes de Los Soldados son los que dan apertura al libro y a través de un diálogo se da a conocer la posición de los dos personajes que han sido transportados a la zona para acabar con la huelga. En estas dos únicas voces se incluyen otras, ajenas, que dan cuenta de la posición de altos mandos militares encargados de dar las órdenes a los soldados. El discurso del mandato militar es una voz anónima que no por ello deja de existir dentro del relato (Vergara, 2001), lo que le permite al lector conocer la estructura militar detrás de la represión de la huelga y detalles acerca del elemento militar y su presencia en la región.

Gracias a los diálogos de los soldados, el lector puede conocer que la matanza ha ocurrido, aunque no se narran los sucesos. Cepeda hace un salto temporal y ubica al lector en un tiempo en que uno de los soldados narra cómo ha asesinado a uno de los huelguistas (Cepeda, 2012: 59). A través del diálogo entre los soldados se pueden extraer otros argumentos necesarios para dar sentido a lo narrado; se entiende entonces que fueron enviados a acabar con una huelga de trabajadores que reclamaban mejores

condiciones laborales, se informa que los huelguistas no estaban armados lo que les representaba una desventaja ante los soldados⁴⁹.

En el siguiente capítulo aparece otro discurso que, a manera de rememoración, narra una versión de la masacre. Allí se menciona que todo ocurrió en la estación y que estaba llena de soldados. Poco a poco se informa cuándo llegaron los soldados, cómo fue su paso por el pueblo, también se da a conocer la existencia de las plantaciones. No se precisan los motivos de la huelga y el autor también rehúye a ofrecer cifras, por eso no hay un número ni siquiera tentativo de muertos. Sin embargo, sí le da a conocer al lector que los soldados eran más de ciento ochenta (Cepeda, 2012: 46).

Poco a poco, Cepeda revela el carácter obrero de la huelga, la cooperación que los jornaleros recibieron de parte de los operarios de los ferrocarriles y los comerciantes, la oposición a la compañía. También da a conocer que La Zona está en huelga y con ello se refiere a varios pueblos, de manera que no circunscribe los eventos de las bananeras a un solo espacio sino que los retrata como acontecimientos que han rebasado los límites espaciales del pueblo central de la novela. Con ello crea una imagen de un espacio que supera a la casa grande, aunque el resto del drama se desarrolla en ella, y hace que el evento histórico se conciba como un evento que pertenece a la memoria de toda la región.

Otro elemento importante dentro de la reconstrucción que hace la novela es la aparición de las voces de los líderes de la huelga. En el capítulo “Jueves”, se desarrolla el diálogo entre dos personas que discuten acerca de si los militares harán uso de sus armas para acabar la huelga que han ayudado a organizar; entonces el autor devuelve al lector a un punto en que todavía no ha ocurrido la masacre como parte del juego temporal que prevalece en su narrativa. Parte del diálogo transcurre así:

“-Claro que es cosa nuestra. Nosotros metimos al pueblo en esto [...].

-A mí me trajeron para organizar una huelga, no para proteger a nadie. Como se lo digo: aquí va a haber bala y yo me voy esta noche” (Cepeda, 2012: 122).

En la versión de Cepeda, los líderes tenían conocimiento de la determinación de los militares para abrir fuego y no intentaron nada para impedirlo; al contrario, uno de los

⁴⁹ En un diálogo, uno de los soldados menciona: “¿Por qué los mataron? No tenían armas. Tú tenías razón: no tenían armas” (Cepeda, 2012: 58).

personajes comunica su intención de huir y dejar al pueblo a merced de los soldados. Para este personaje, su labor era organizar la huelga y fue cumplida, lo que pueda suceder después se sale de su responsabilidad. Los líderes no vuelven a aparecer en el resto del relato y dejan muchas incógnitas, pero son fundamentales porque ayudan a entender que antes de la masacre hubo una organización obrera con la colaboración de líderes; que aparecen representados como inútiles o cobardes al momento de enfrentar el inminente desenlace.

Otra voz importante que destaca dentro de la polifonía y que otorga información acerca del hecho histórico es una que puede identificarse como una versión oficial ya que refiere a una locución radial y a un informe de rendición de cuentas presentado por los militares. Se trata del capítulo “Sábado”, en el que se hace un recuento cronológico de las actividades de las tropas y se informa acerca de la alerta que mantienen debido a la actividad delincuencia de los “bandoleros”, forma en que se refieren a los huelguistas. Esto representa otro discurso, con el uso de una jerga distinta (lenguaje de tono militar) y es una defensa de las acciones de los militares, pues dentro de él se justifica que estos hagan uso de las armas y disparen contra los “bandoleros” (Cepeda, 2012: 137). Este capítulo se complementa con otro que lo antecede y que lleva por nombre “El Decreto”, en el que se presenta el decreto número 4 del Jefe Civil y Militar de la provincia de Santa Marta.

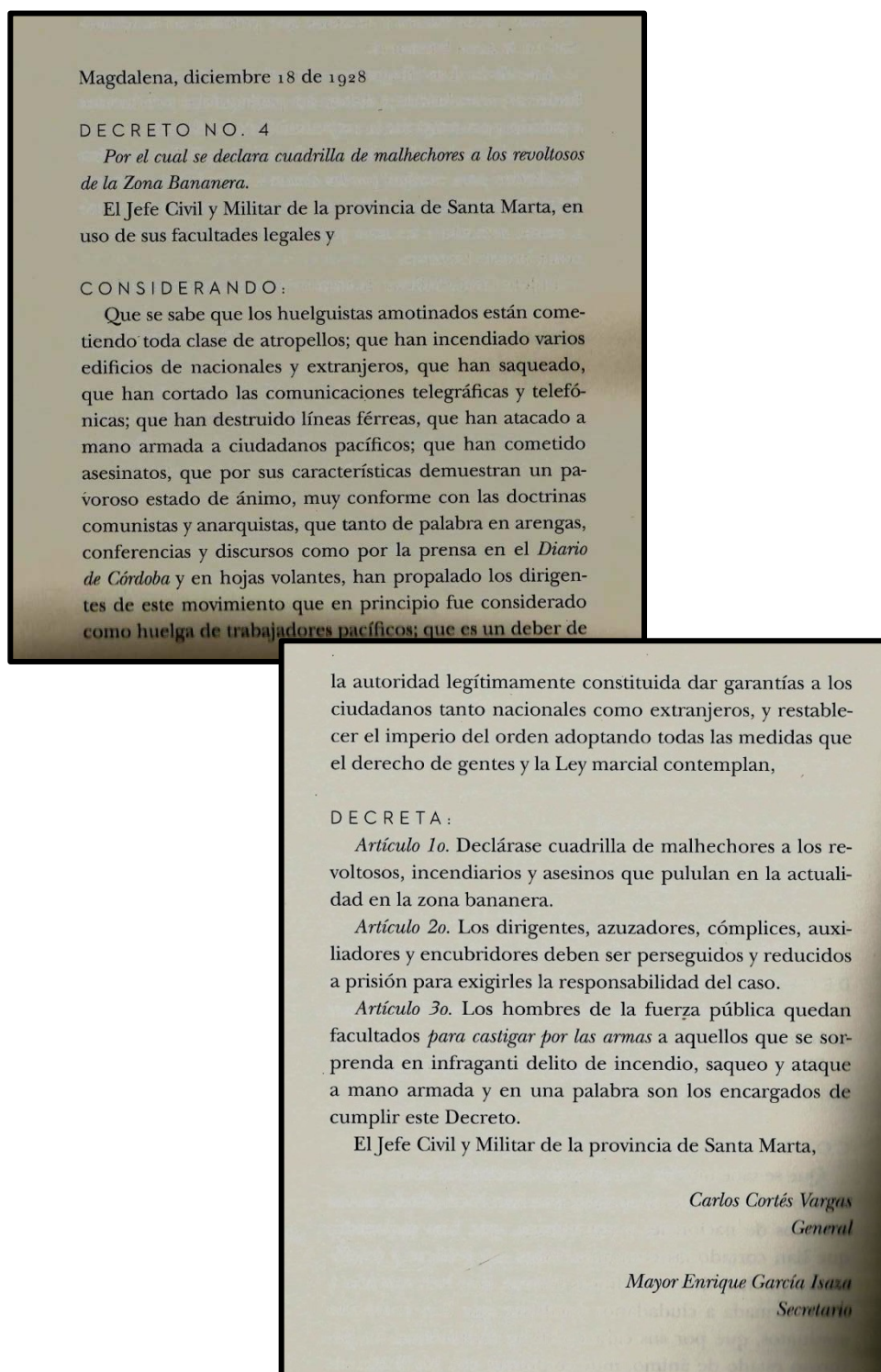
El decreto se integra en la novela como si se tratase de un anexo. Está ubicado en medio de los capítulos, lo que contribuye a un salto temporal pues le comunica al lector, de manera tardía, el lugar, la fecha y las condiciones de la huelga y la masacre. Con el decreto se acentúa aún más el contexto de la novela, ya que le otorga un anclaje espacial, temporal e ideológico a los acontecimientos (ver Imagen 03).

Con la aparición del decreto se realiza una compaginación con la historia y se utiliza a manera de documento para contrastar el mundo del relato con el mundo por fuera de él. Para Sims, “el decreto representa la supuesta objetivación de la realidad y la voz monológica y autoritaria del mundo oficial” (1998: 81), por eso es un “guiño” a la historia y lleva al lector a considerar el documento a la luz de las voces que la historia no ha podido callar, es decir, las voces marginadas como las que han dominado el curso de la novela.

Cepeda realizó unas leves modificaciones al decreto original, por ejemplo cambió la fecha del 6 de diciembre al 18 del mismo mes. Apparently, este recurso le sirvió para dislocar el decreto de su contexto histórico (Sims, 1998) y separarlo de la cronología que se mantiene en los relatos acerca del acontecimiento. Con ello, acentuó la oposición que toda la novela establece con la historia y con los relatos lineales en ella privilegiados pues es evidente que el decreto es una disrupción más en el orden del relato ya que aparece para confirmar y complementar datos e informaciones que se han podido deducir de los otros capítulos y de las voces de los personajes, otorgándoles una corroboración objetiva, más allá de la subjetividad desde la que son introducidos los datos en la novela.

El objeto del libro es presentar el sentido que los acontecimientos tuvieron en la vida de los personajes y el cómo fueron experimentados por ellos. Toda la presentación de los hechos se hace de forma personalizada y desde cualquier voz que pueda dar señas acerca de lo sucedido. Por eso es un relato que cualquier no-sujeto de la historia puede ayudar a complementar.

Para comprender esta manera de narrar el hecho histórico es necesario analizar el drama de los personajes principales (los miembros de la familia). Con ello se conectan los dos complejos que hemos identificado dentro de la novela y se le da otro sentido a los sucesos de las bananeras pues pasan a relacionarse con decisiones individuales y sus consecuencias se evidencian sobre las vidas de los personajes. Cepeda le da un carácter íntimo al evento histórico: todos los hechos están relacionados con personajes comunes de la vida del pueblo que han sido afectados por ellos de una u otra forma.



⁵⁰ Tomado de Cepeda Samudio, Álvaro. (2012). *La casa grande*. Bogotá: El Áncora Editores.

La casa grande o la violencia como drama familiar

Ninguno de los sucesos narrados en la novela escapa del espacio de la casa grande, todo sucede dentro de ese recinto imaginado que sirve para representar varios complejos. Como menciona Sims, “la casa grande es a la vez el recinto familiar y la nación que han sido sacudidos por la violencia” (1998: 83).

En *La casa grande*, la violencia proviene del interior y no de afuera como sucede con *Cien años de soledad*. Incluso puede notarse la ausencia de personajes extranjeros y las escasas referencias a los Estados Unidos. Toda la violencia se circunscribe a lo doméstico, a lo íntimo y primario y ahí tiene su origen. El horror de la masacre se presenta como parte del hecho histórico, pero luego se conecta al drama familiar para mostrarle al lector que el evento se relaciona con la historia de El Padre, que es un terrateniente, poseedor de plantaciones de banano, quien al verse perjudicado por la huelga manifiesta su apoyo a los soldados y a la brutal represión. El Pueblo, que es el principal afectado por la violencia ejercida en su contra, identifica al Padre como culpable de la tragedia y afirma que ha sido él quien ha solicitado la presencia de los militares; en consecuencia, trama la venganza y asesina al Padre (ver Cepeda, 2012).

En el mundo literario, la masacre de las bananeras tiene consecuencias inesperadas sobre la vida de los personajes, por ejemplo conduce a la muerte del Padre, lo que transforma el drama familiar del que da cuenta la novela. Esas consecuencias inesperadas trascienden cualquier narrativa del hecho histórico y lo conectan con el mundo íntimo de quienes tuvieron que vivir en las mismas coordenadas de los acontecimientos.

El personaje de El Padre representa la fuente de odio y violencia que también se manifiesta en contra de su familia. Los hijos (enunciados arquetípicamente como El Hermano y La Hermana) son las verdaderas víctimas de esta figura patriarcal. La violencia engendrada en el seno del hogar se vuelve contra ellos y es un rasgo ligado a la sangre pues, según manifiestan los personajes, se ha transmitido de generación en generación. Esto lleva a que la historia familiar se presente como una tragedia en la que los personajes “son conducidos a su destino por un hado omnipotente, como ocurre en la tragedia griega” (Vergara, 2001: 78). En *La casa grande*, los personajes sufren a causa del mandato patriarcal proveniente de un personaje tirano, que hace las veces de villano de esta historia. La Hermana y El Hermano encarnan el sentido trágico de la

novela debido a que no pueden deshacerse del legado violento del progenitor. Este rasgo implica que los personajes no tienen posibilidad de evitar su destino ni el fatal desenlace. El personaje de la Hermana quiere contradecir el mandato del padre y romper con la larga cadena que ha reproducido el odio y la violencia que, según rememoran algunos personajes, se ha perpetuado desde 32 años atrás (Vergara, 2001: 79). No obstante, la Hermana no logra huir del fatal destino.

Este rasgo que lleva a asociar a la novela con una tragedia griega también está presente en *Cien años de soledad*, como vimos anteriormente. También en esa novela los personajes están condenados a un destino trágico del que no pueden huir pues se reproduce a sí mismo a través de la repetición y se impone sobre las decisiones de los individuos; de esta forma, los personajes quedan a merced de un fatal destino que es su condena por haber nacido en el espacio del relato. Como menciona Gilard, la historia de la familia en *La casa grande*, “se funda detalladamente en la reproducción fiel de actitudes que van reapareciendo a lo largo del tiempo” (1985: 24). En este caso, el espacio de la casa grande está “apestado” por esa trágica condena de repetición del odio, tanto los hermanos como Los Hijos y El Pueblo están atrapados por el destino. Incluso Los Soldados dan cuenta de esa tragedia cuando manifiestan que han sido llevado a esa situación por el destino (Vergara, 2001).

Al final del libro, en un diálogo fatalista, Los Hijos que son la última generación de las tres que abarca la novela y que representan a “las generaciones que quedan después de la violencia” (Sims, 1998: 83) manifiestan su imposibilidad de huir del destino:

“-Es que si no hablamos ahora nos va a llenar el odio y entonces también estaremos derrotados.

-De todas maneras estamos derrotados.

-Sí: de todas maneras” (Cepeda, 2012: 165).

Se supone que Los Hijos se debaten entre el odio destructivo y el amor y la compasión (Sims, 1998), pero finalmente reconocen el destino fatal que se ha transmitido de manera inevitable. El curso de la historia está atravesado por el odio y la violencia como un signo trágico del que no se puede escapar, son consecuencia del pasado y no se pueden modificar en el presente pese a los intentos de los personajes, por ello tampoco se puede cambiar el porvenir pues incluso las generaciones subsiguientes declaran estar

derrotadas antes de intentarlo; todas ellas son herederas del odio, la violencia y la injusticia.

Cepeda compone una versión de un país que atenta contra sí mismo y que deposita un odio originario sobre su propia sangre. La violencia se genera en el seno de un “nosotros”, vinculada a una identidad tan primaria como la que supone la filiación familiar, que en este caso puede extrapolarse a la identificación nacional, así representa una violencia entre iguales, donde no existe una clara identificación del enemigo.

Consideremos por ejemplo que El Padre es asesinado por El Pueblo al que él también ha pertenecido pero contra el que ha atentado y por eso se convierte en su enemigo; no obstante, todas las partes en disputa provienen de un mismo universo dentro de los márgenes de la casa grande como espacio imaginado del relato, lo que les concede una identificación común.

La historia de Colombia como la historia del eterno retorno de la violencia

La novela de Cepeda Samudio compone una visión de la historia semejante a una tragedia griega, en la que los personajes están condenados a un destino fatal del que no pueden huir pese a sus intentos. Alude a una “naturaleza cíclica del tiempo [...]”. El tiempo circular, cíclico, muestra el sentimiento de que la historia se repite” (Vergara, 2001: 77).

También en *Cien años de soledad* los personajes viven en un tiempo circular y las circunstancias de una época se repiten de generación en generación, adecuándose al mundo cambiante. En esa novela habíamos identificado que la repetición también alude a la “reencarnación” de la violencia informe. En *La casa grande* sucede algo casi idéntico ya que las generaciones sufren un odio abstracto que se transmite por los vínculos de sangre, se hereda y se repite. No es casual que ambos escritores utilizaran la repetición como un elemento indisociable de la historia del país, así como tampoco es casual que sostuvieran esa versión durante los años sesenta, tras la Violencia bipartidista de la década anterior.

Los universos literarios de estos dos autores funcionan como metáforas de Colombia en las que la historia del país, su pasado, su presente y su futuro, están atravesados por una violencia informe. Entendemos que esa historia corresponde a una representación y no a los hechos o cómo sucedieron realmente. Durante los años sesenta se estaba buscando

una salida a la Violencia de los años cincuenta, darle cierre implicaría trabajar sobre sus sentidos y significaciones para elaborarla de manera ejemplar y superarla, pero ¿cómo componer un relato histórico íntegro con un fenómeno de las dimensiones de la Violencia y con las características que dificultaron la actividad narrativa en torno a él⁵¹?

Las novelas de los años sesenta son un ejemplo de la precaria elaboración del pasado reciente debido a su reaparición literal en la memoria, construida a manera de vulgata y mito, al punto de que los autores transpusieron una representación de la Violencia a todo el relato de nación y no sólo al periodo que le era propio. En sus narrativas, la experiencia de la Violencia aparece de manera implícita a través del uso literario de los rasgos que la caracterizan y que componen su extrañeza, en especial la repetición⁵². Los autores no pretendían renarrar lo ocurrido durante los años cincuenta⁵³ pero sí mostrar que supuestamente había existido una continuidad de condiciones que aseguraron el eterno retorno de la violencia a lo largo de la historia.

Los escritores se remiten a un pasado más lejano para rastrear los orígenes de tales condiciones, García Márquez retrocede hasta las guerras civiles de finales de siglo XIX y desde allí comienza el relato de la guerra que se repite durante años. Cepeda Samudio deja la incógnita del origen y lo representa como un odio que ha estado desde un tiempo anterior, por fuera de los límites de su relato, lo que reafirma aún más su carácter abstracto.

En medio de esa búsqueda retrospectiva, los escritores no pueden pasar por alto el episodio de la masacre de las bananeras, dado que hace parte de sus entramados de memoria colectiva y encuentran preciso involucrarlo en sus relatos para rescatarlo del olvido histórico y por fin reivindicar esa memoria de su región. Entonces retratan los sucesos de las bananeras como parte de un relato más grande, regido por la circularidad y la repetición.

⁵¹ Especialmente el silencio y olvido impuestos por el Frente Nacional, así como las características que componen su *inquietante extrañeza*, todo ello explicado en el capítulo anterior.

⁵² Ya enumerados en el capítulo anterior.

⁵³ Por este motivo las novelas seleccionadas no se encuentran caracterizadas como novelas sobre la Violencia ni como novelas de la Violencia como sí ocurre por ejemplo con *Cóndores no entierran todos los días*, *Viento seco* y tantas otras novelas dedicadas a los hechos de la década del cincuenta.

5.2.3. *La denuncia*

“El conocimiento de la historia y la utilización ideológica de este conocimiento [...] es condición esencial para el cambio de la historia y de la sociedad”

Enrique Buenaventura

La denuncia fue elaborada como una readaptación de *Soldados* (1966), otro texto de la literatura teatral elaborado por el dramaturgo Carlos José Reyes, quien a su vez se basó en *La casa grande* de Cepeda Samudio (Buenaventura, 2010c; Vergara, 2001).

La adaptación de Reyes fue muy importante para la evolución que tuvo el teatro colombiano en la década del sesenta. Con *Soldados* se inauguró la Casa de la Cultura en Bogotá, que después se convertiría en el teatro La Candelaria (Vergara, 2001). Fue una obra con un eco importante a nivel nacional y el tema que abordaba no podía ser pasado por alto. *Soldados* dio apertura a las manifestaciones teatrales sobre las bananeras que, como se observó en el Cuadro 1 (página 14), tuvieron su auge en la década de 1970 y contribuyeron a la expansión del Nuevo Teatro en Colombia a lo largo de esos años.

Nos remitimos entonces a los últimos años del apogeo que tuvo la memoria de las bananeras ya que después de los años setenta fueron cada vez menos y más dispersas las elaboraciones artísticas que se hicieron sobre ella, además tuvieron menos reconocimiento. De la explosión teatral de 1970 quedaron algunas obras remarcables y de gran importancia, por ejemplo *El sol subterráneo* de Jairo Aníbal Niño que también mantiene un contenido de denuncia frente al aparato militar.

La mayoría de las elaboraciones teatrales sobre las bananeras pertenecen a autores de regiones distintas al Magdalena, contrario a lo que sucede con las novelas y los cuentos. Se reconoce que los primeros y los principales abordajes del tema provinieron del Magdalena debido a que ya existía una apropiación de la memoria dada por los entramados de memoria colectiva, pero desde allí las memorias se difundieron a otras regiones. Esto da cuenta del recorrido que hizo la memoria de las bananeras dentro del campo artístico nacional durante esa década, pues pasó de las elaboraciones literarias del Caribe a ser exhibida en el centro del país en forma de teatro, y de ahí fue adoptada por otras ciudades, por ejemplo Cali con el Teatro Experimental de Enrique Buenaventura (TEC).

Lo anterior demuestra que al hecho histórico se le dio importancia más allá de los límites de la región donde ocurrió y que fue interpretado como una memoria perteneciente a la nación, superando el carácter localista y ofreciendo la posibilidad de vincularlo al complejo identitario de la nación.

La obra de Buenaventura hace un abordaje el tema de las bananeras que dista mucho de las formas de representación que la antecedieron, pues se enfoca particularmente en la denuncia que realizó Jorge Eliecer Gaitán en 1929 ante la Cámara de Representantes cuando se abrió un debate sobre los consejos verbales de guerra a los que habían sido sometidos los dirigentes y obreros implicados en la huelga. Hasta entonces, ninguna otra obra había rescatado el rol de Gaitán ni el proceso judicial que se hizo en torno al evento, por eso a diferencia de ellas, *La denuncia* matiza el carácter impune que tuvo la masacre.

Si tenemos en cuenta el contenido de las obras anteriores a *La denuncia*, se pueden observar las particularidades de esta obra, primero, porque selecciona un hecho histórico posterior a la huelga y la masacre que está directamente relacionado con ellas; segundo porque rescata la memoria de personajes concretos del escenario político nacional de esa época (por ejemplo Alberto Castrillón y Jorge Eliecer Gaitán) y por último, porque se enfoca particularmente en las consecuencias de la huelga y la masacre y no en esos eventos como tal. La reescritura que se encuentra en *La denuncia* está elaborada con un marcado sesgo ideológico debido a que expone un análisis marxista de la sociedad colombiana de esa época (Monleón, 2010) y reproduce un discurso político de izquierda.

Cabe anotar que la vinculación con la política era algo que venía dado como una herencia familiar en el caso de este autor. El padre de Enrique era de afiliación liberal y colaboraba con varios políticos entre 1910 y 1930 y transmitió a sus hijos ese sentido político. Tanto Enrique como su hermano mayor Nicolás estudiaron en el Colegio Santa Librada de la ciudad de Cali, donde algunos profesores tenían idearios marxistas e influencias del materialismo histórico. Enrique fue vinculado al Partido Comunista muy joven, siendo aún estudiante del colegio (Bermúdez, 2012: 18, 24, 27).

Acerca de La denuncia

El texto de esta obra fue publicado por primera vez en 1974 en la revista *Primer acto*, donde Buenaventura trabajaba desde 1957 (Monelón, 2010). Se publicó acompañado de tres ensayos escritos por el dramaturgo (Buenaventura, 2010a), el primero de ellos es una reflexión sobre la función crítica del teatro frente a la historia, el segundo detalla de qué manera se realizó la creación colectiva de la obra y el último expone el por qué se eligió el tema de las bananeras y recalca la importancia que cobró el evento dentro del arte nacional durante los años sesenta.

Estos tres ensayos son fundamentales para abordar la obra escogida debido a que en ellos el autor amplía su interpretación del evento histórico y le permite al lector desentrañar la conexión entre esa interpretación y sus filiaciones políticas. Con esto, una vez más, se evidencia la relación íntima del autor con su obra. Si en *Cien años de soledad* y *La casa grande* las bananeras aparecen como recuperación de memorias provenientes de la socialización primaria de los autores, en *La denuncia* aparecen vinculadas a los círculos de referencia de Buenaventura, especialmente los relacionados con su actividad política de izquierda.

La denuncia surgió en un momento en que la vida escénica estaba estrechamente ligada al pensamiento político. Los dramaturgos consideraban que el teatro colombiano debía ser una expresión del conjunto del teatro latinoamericano. Para Monleón, esa realidad teatral y política fue la que suscitó la necesidad de corregir la versión de la crónica oficial (2010: 10). Por esos motivos, el propósito de la obra era ofrecer una versión alternativa y hacer frente a la historia oficial, considerada un instrumento de poder y dominación (Monleón, 2010).

El trabajo del TEC no consistía solamente en sacar un producto para consumo cultural, sino que proponía una retroalimentación con el público para socializar las ideas expuestas en las piezas teatrales, definir nuevos parámetros y mejorarlas de acuerdo a las demandas de los espectadores. *La denuncia* retomó el tema de la masacre para responder a dudas e interrogaciones que *Soldados* creaba en la audiencia (Velasco, 1989: 90).

Desde 1968 el TEC estaba realizando montajes de la obra de Carlos José Reyes que se limitaba a mostrar el conflicto de los soldados frente a la huelga y el desenlace de la

masacre. Según Buenaventura, el público, mayoritariamente compuesto por obreros, campesinos y estudiantes, empezó a pedir un contenido más completo para responder cuestiones como qué pasó con la huelga, cuál fue la causa del conflicto y cuáles sus implicaciones (Buenaventura, 2010b). Así, la obra de Cepeda Samudio y la adaptación de Reyes sirvieron como incentivo y punto de partida para una investigación más detallada sobre ese pasado.

Según Buenaventura (2010b), el TEC empezó a consultar documentos y encontró información sobre el proceso que Gaitán lideró en la Cámara de representantes para denunciar la represión de la huelga. Este hecho en particular se convirtió en el punto de partida de la elaboración artística. El grupo de trabajo decidió comparar la huelga y la masacre como realidad histórica y la visión que tenían los congresistas de 1929 acerca de esos hechos cuando se llevó a cabo el debate (Buenaventura, 2010c: 111). *La denuncia* nació con el fin de contrastar e integrar en un solo relato fuentes muy distintas y a veces contradictorias, como por ejemplo los discursos sostenidos por los representantes durante el debate y los testimonios de varias personalidades que estuvieron involucradas en los hechos.

El proceso de creación colectiva de la obra estuvo atravesado además por un sesgo en la manera de interpretar las fuentes. Tanto Buenaventura como su equipo de trabajo decidieron ensamblar la obra como un análisis desde el materialismo histórico (Monleón, 2010) y por eso el texto tiende a encajar los hechos históricos en categorías y nociones que estaban en auge desde finales de los años sesenta y que eran el lenguaje cotidiano de los grupos de izquierda. Este sesgo se evidencia en el libreto de la obra debido a la manera en que se narra la historia y se hace una lectura desde la lucha de clases entre los “siervos de la tierra” y la “burguesía industrial” (Buenaventura, 2010a).

El TEC realizó su análisis de la historia desde coordenadas marxistas (Monleón, 2010) y escribió una versión que incorporaba la visión del Partido Comunista acerca de la composición de la sociedad colombiana. A pesar de esto, Buenaventura afirmaba que su teatro distaba mucho del teatro ideológico-proselitista y lo justificaba como una reacción ante el conflicto político que se vivenciaba (Monleón, 2010).

El resultado fue una obra desde la posición de la izquierda colombiana, particularmente desde el ideario del Partido Comunista, en la que se privilegia la voz de los líderes socialistas, representados en el personaje de Alberto Castrillón. Además, contiene una

posición antiimperialista que aprovecha la postura de Gaitán contra la complicidad entre el ejército y la compañía para denunciar los intereses del capital extranjero y sus efectos negativos sobre la economía nacional. Aunque en el texto no se menciona al personaje de Gaitán por su nombre, sino que se enuncia como “Representante 1”, resulta claro que se trata de él debido a su rol histórico al liderar el proceso de denuncia, además Buenaventura lo explicita en uno de sus ensayos (Buenaventura, 2010b).

La mayoría de personajes que aparecen en la obra concuerdan con las personas que realmente estuvieron involucradas en los hechos. Aparte de Castrillón y de Gaitán, aparecen también el general Cortés Vargas, Mister Herbert, Mister Brandshaw y varios contratistas y comerciantes de la región cuyos nombres y funciones fueron extraídos de los testimonios y pruebas recogidas por Gaitán durante su investigación en la zona. La obra también reproduce de manera fiel fechas, localidades y eventos, lo que pareciera matizar el carácter ficcional ya que casi toda la información contenida en ella se puede comprobar en documentos y testimonios consultados por el TEC. A pesar de esto, se reconoce que la obra de teatro no pretende fundar un relato histórico ni una versión oficial, sino que compone una memoria supeditada a un ideario político; elabora un discurso con un tono panfletario, rico en explicaciones y en categorías para asir la realidad social, lo que le resta valor artístico al relato elaborado en ella.

En cuanto a la composición de la obra, se identifica que los personajes están divididos en dos bandos, aquellos que defienden los intereses de la compañía y que ponen por encima el interés económico y los capitales extranjeros, con lo que justifican la forma en que se procedió para terminar con la huelga; y los otros que se oponen a los primeros y privilegian el bienestar del pueblo y los intereses nacionales.

La obra se separa en tres momentos para hacer un rápido panorama de todos los acontecimientos. Comienza en el Congreso, en las reuniones de la Cámara, con el debate entre los representantes. En medio de eso, se hace necesario especificar cuáles fueron los hechos históricos que se están discutiendo y se pasa a la segunda parte, llamada “El progreso” donde se relata de manera breve la llegada de la *United Fruit Company* a Colombia, su repercusión económica, política y social y ahí se retrata una visión del país en los años veinte como “una nación que salía de una época semifeudal e iniciaba, tímidamente, su incursión en el capitalismo en la era moderna” (Buenaventura,

2010c: 120). La tercera parte se refiere a la huelga y luego retorna al Congreso para concluir con el debate.

El eje de la obra es el debate de la Cámara, tomado como hecho histórico por reelaborar y transmitir. En este caso, la memoria que se construye es más sobre ese debate que sobre la masacre; sin embargo desde ahí es necesario ir en retrospectiva hacia los acontecimientos de 1928 que Buenaventura pone en segundo plano y sólo para contextualizar al lector acerca de lo denunciado. Por ese motivo, *La denuncia* no reescribe cómo ocurrió la masacre sino que se detiene más en la huelga porque allí puede explorar a fondo la movilización obrera y la participación del Partido Socialista Revolucionario que es lo que interesa mostrar con la obra.

Uso político de la memoria de las bananeras

Buenaventura aprovecha la elaboración artística para ubicar el evento histórico en un contexto de confrontación entre el comunismo internacional y el capitalismo internacional. La lectura que realiza *La denuncia* alude al modelo productivo colombiano y explica los eventos de las bananeras como una trágica consecuencia de la entrada del país en el modelo capitalista.

El arte de Buenaventura fue utilizado como un medio para comunicar su línea política ya que el dramaturgo era miembro del comunismo colombiano desde los años cincuenta (Semanario Voz, 2014, 15 de enero), por lo que para la década de 1970 ya tenía una base discursiva amplia desde la que analizó la historia del país y la puso al servicio de ese proyecto político.

La denuncia recrea personajes dentro de un mapa de actores según los intereses políticos y económicos que defienden. Fácilmente se identifica que el autor toma partido por los personajes que le ayudan a reconstruir la historia del PSR, por ejemplo algunos líderes como Raúl Eduardo Mahecha, Alberto Castrillón (personaje central), Erasmo Coronel, Pedro M. del Río y Nicanor Serrano, con el fin de hacer justicia a su memoria y limpiarla tras el desprestigio al que la ha sometido la versión oficial (Buenaventura, 2010a: 40).

Estos líderes socialistas son elevados a la categoría de héroes (Buenaventura, 2010b: 98) y a partir de ahí se entiende que la transmutación artística tiene como intención

dignificarlos tras la victimización que sufrieron por haber sido perseguidos y posteriormente condenados por la historia.

Igualmente, Buenaventura reconstruye las victorias del PSR y hace alusión a los Congresos Obreros que se celebraron en distintas ciudades durante la década del veinte y de los que resultó la organización o el apoyo para algunas huelgas y movilizaciones obreras⁵⁴ que se cuentan como triunfos del recién conformado movimiento obrero.

Paralelo al desarrollo de la obra, se va presentando la lectura marxista de la historia de Colombia, para ello se vale especialmente de las figuras de los narradores que interrumpen los diálogos para introducir interpretaciones de la realidad política y económica del país. Con ello se da un salto importante pues Buenaventura le otorga a unos personajes supuestamente ubicados en 1929 un discurso propio de los años sesenta que es en últimas el que quiere imponer.

Buenaventura pretende que su reescritura de la historia encaje en un análisis desde el materialismo histórico, por eso crea un relato en el que los hechos de las bananeras se enmarcan en un contexto adaptado a conceptos y categorías que estaban en auge durante los años sesenta y setenta con la emergencia de amplios grupos de izquierda. Por ese motivo, en *La denuncia* se evidencia más que en ninguna otra obra la reinterpretación del pasado en función del presente en que se realizó.

La versión desarrollada en *La denuncia* retrata un país cuyos principales problemas son el subdesarrollo, la pobreza y la dependencia. Para el desarrollo capitalista de la sociedad se debía establecer una “política de desarrollo del subdesarrollo” (Camacho, 2014); no obstante, Buenaventura muestra cómo el afán capitalista conllevó una mayor explotación de la fuerza de trabajo, representada en aquellos que “nunca han tenido y los que tuvieron y les fueron expropiados (los medios de producción)” (Buenaventura, 2010a).

Según la obra, para el final de la década de 1920 el mapa de actores tuvo una recomposición que llevó a la burguesía industrial al poder y este sector cedió la dominación nacional al imperialismo. De acuerdo con esta lectura, la masacre de las bananeras habría estado enclavada en un periodo de transición que marcó “la muerte de

⁵⁴ Se hace alusión al Primer Congreso Obrero y al Congreso celebrado en Guacamayal, fundamental para la conformación de la Unión Sindical Obrera y las huelgas de 1924, especialmente la petrolera de Barrancabermeja y la de braceros del río Magdalena.

un país y el nacimiento de otro” (Buenaventura, 2010b: 93) debido al paso de la “semicolonia” a la “neocolonia”. Como lo resumen los narradores de la obra en unos versos que citan:

Las viejas luchas de los señores/de la tierra/y sus recuas de siervos/eran reemplazadas/por las luchas entre patronos y obreros./ Y una oligarquía renovada/ cabalgando sobre los muertos de Las Bananeras/ y sobre el descontento popular;/ asaltaba, alegremente el poder. (Buenaventura, 2010a: 45)

La burguesía industrial habría accedido al poder en 1930, incentivada por los movimientos reivindicatorios de la clase obrera; sin embargo, la lectura de Buenaventura señala que esa transición implicó una amenaza mayor a la soberanía nacional.

El periodo de la “neocolonia” habría empezado con la transición de la hegemonía conservadora a la República liberal, por eso la obra de Buenaventura contextualiza el tránsito hacia la década de 1930 como una transición que abriría nuevas posibilidades de representación para los sectores campesinos y obreros, y pone el énfasis en los cambios que se intentaron introducir con la “Revolución en marcha” de López Pumarejo y con el gaitanismo. En una escena de la obra, en la instalación del Congreso, los personajes de los representantes hacen referencia a una esperanzadora “nueva época” que iniciará tras la caída del conservadurismo; mencionan que “un cambio sustancial, una verdadera revolución está en marcha” (Buenaventura, 2010a: 45), pero luego ese panorama esperanzador es cuestionado cuando se reconoce que la transición a la República liberal solo contribuyó al mantenimiento de la oligarquía en el poder con sus antiguas formas tradicionales de violencia política y de represión de la población.

El análisis de Buenaventura sugiere que detrás del capital financiero norteamericano estuvo la complicidad de la “casta terrateniente” que históricamente había expropiado a colonos, pequeños propietarios, terrazgueros y comunidades indígenas (Buenaventura, 2010b: 93). Para él, estos personajes privados de la propiedad de la tierra componen una parte importante del mapa de actores y el Representante 1, que hace alusión a Gaitán, recoge en una sola todas las voces de los “siervos de la tierra”, víctimas de la UFC y del gobierno colombiano que se inclinó por los intereses extranjeros (Buenaventura, 2010a).

La lucha de clases para Buenaventura se da entre una clase desposeída, enunciada como “siervos” o “peones de la tierra” y una poseedora y dirigente que se divide en varios sectores con divergencias de intereses, entre ellos la burguesía nacional anti-imperialista, la pro-imperialista y la burguesía terrateniente.

Buenaventura también identifica la influencia de una burguesía liberal y una pequeña burguesía liberal encabezada por Gaitán que mantenía estrechos contactos con el socialismo (Buenaventura, 2010b: 106). Acerca de la figura de Gaitán, referida en la obra como “nuevo caudillo popular” y ejemplificada como un “líder digno de confianza” (Buenaventura, 2010a: 43), puede decirse que la obra hace memoria de los comienzos de su trayectoria política que se vio impulsada por la popularidad que ganó entre las masas obreras colombianas tras su defensa en el caso de las bananeras. La obra vehiculiza memoria acerca de Gaitán y complementa el imaginario predominante de esta personalidad política, enfocado en lo concerniente al “Bogotazo” a finales de la década de 1940.

Debido a que la obra procura enaltecer la memoria de los líderes socialistas, podemos decir que recompone su relato desde los “vencidos” de la historia. Los “vencidos” son aquellos personajes que sí tuvieron un lugar en las versiones oficiales, pero figuraron como los perdedores de la contienda política o su accionar fue deslegitimado y desprestigiado en ellas, tal como ocurrió con el socialismo que, según la versión oficial, encarnaba la “amenaza comunista”.

La reescritura de Buenaventura busca sacar a la clase obrera del encasillamiento de “vencida” y por eso resalta los logros de la organización. Por ejemplo, menciona

[...] no todos los resultados son negativos para la clase obrera. Los obreros –en la medida de sus posibilidades históricas– aprenden la lección. La organización espontánea y caudillista empieza a ser reemplazada por la organización leninista. La lucha sindical empieza a ser diferenciada, pero al mismo tiempo ligada dialécticamente a la lucha política, y en 1930 se funda el Partido Comunista. (Buenaventura, 2010b: 109)

Para el dramaturgo, la fundación del Partido Comunista puede considerarse una victoria del movimiento obrero que aprendió a organizarse y a fundamentar su acción tras la derrota de las bananeras. Por lo tanto, lo acontecido en ese terreno no habría significado una pérdida total, sino una oportunidad de aprender y mejorar para las futuras reivindicaciones.

Finalmente, la posición de Buenaventura ante los acontecimientos lo lleva a declarar la inocencia de Castrillón y de Mahecha quienes a pesar de sus vínculos con la Unión Soviética y con el PSR no ejercieron una fuerte influencia comunista sobre la huelga. La versión oficial sobre las bananeras insistía en la existencia de un “plan subversivo” o una “subversión comunista” y fue soportada tanto por la prensa, como por los historiadores y por Cortés Vargas, denominado por Buenaventura como el “general-historiador” ya que este militar también pertenecía a la Academia Colombiana de Historia⁵⁵ (Buenaventura, 2010b: 102).

En la obra se declara que “la huelga era legal y pacífica, la compañía tuvo una conducta ilegal [...]. No podía ser de otro modo” (Buenaventura, 2010b: 105). Para Buenaventura, la experiencia de las bananeras fue fallida debido a la desventaja que tenía la clase obrera, apenas en gestación, ante *la compañía imperialista* que tenía experiencia en “destrozar huelgas y subyugar pueblos” (Buenaventura, 2010b: 105; énfasis original). Por lo tanto, deslegitima la versión oficial y limpia la memoria de la huelga al catalogarla como producto de un movimiento espontaneo sin infiltración de ningún tipo (Buenaventura, 2010b: 99).

El conflicto con la historia

Según el dramaturgo, la historia de Colombia había estado dominada por un sector terrateniente de la burguesía que no sólo alcanzó el monopolio de la tierra sino también el monopolio simbólico de la escritura de la historia. Por ese motivo su obra se enfrenta a los relatos de aquellos a quienes él designa como “terratenientes-historiadores” (Buenaventura, 2010b). El conflicto de Buenaventura con la historiografía colombiana se da porque identifica que ha sido propiedad de un pequeño grupo de poder. Para el autor, la “propiedad de la historia” contribuyó a que se impusiera una versión conveniente para ese pequeño grupo y a que ninguna otra pudiera tener reconocimiento, pues la hicieron adoptar en los programas de estudio escolar y, así como con la tierra, privaron a cualquier otro sector de la sociedad a incursionar en su tenencia (Buenaventura, 2010b).

⁵⁵ Probablemente Buenaventura se refería a la Academia Nacional de Historiografía, fundada en 1902 a finales de la Guerra de los Mil Días y que se dispuso por Ley 24 de 1909 como academia oficial y cuerpo consultativo del gobierno (Tirado, 2014: 275).

Entonces, decide transmitir una versión alternativa para hacer frente al monopolio de la historia y se vale de personajes que existieron y que fueron condenados en las versiones oficiales. La actividad política llevada a cabo por los grupos de izquierda requería una revisión de la historia debido a que respondía a intereses hegemónicos y no daba lugar a la expresión de otras voces; sin embargo, las posibilidades de difusión de las versiones alternativas recopiladas o construidas por estos grupos no eran ampliamente reconocidas y por ello se valieron de diversos recursos para movilizarlas. El arte se convirtió en una forma de contar nuevas versiones y de transmitir otros discursos que complementarían o contrastarían con “la versión de la crónica oficial” (Monleón, 2010: 10).

Por ese motivo la obra teatral incluye varias voces y pone en escena a personajes que encarnan distintos sectores sociales que de una u otra forma estuvieron involucrados en los acontecimientos de las bananeras, por ejemplo el general Cortés Vargas, imprescindible para contar la historia sin importar en qué versión, los trabajadores, los políticos del centro del país, los gerentes de la compañía y los líderes socialistas, representados en el personaje de Alberto Castrillón, quien realmente participó en la huelga liderando como miembro del recién fundado Partido Socialista Revolucionario, PSR.

Buenaventura reescribe la historia para explicarle a los espectadores cómo Colombia llegó a ser una nación dominada por una oligarquía que privilegió los intereses extranjeros y contribuyó a la sobreexplotación del pueblo. El TEC se vale de los sucesos de las bananeras para retratar el proceso que sufrió el país en su entrada al capitalismo, por lo tanto, disloca el acontecimiento histórico de sus coordenadas y lo traspone a la lectura de todo el proceso de nación. Lo que se evidencia en esta obra es que la lectura de lo sucedido con las bananeras es equivalente a la historia de todo el país, por lo menos de la historia de su transición económica y por eso también lo extrae de las coordenadas del mundo Caribe y lo traspone a toda la nación.

El discurso predominante en *La denuncia* es el del subdesarrollo debido a la desigualdad en la tenencia de los medios de producción y no el de la violencia como ocurre en las dos novelas analizadas. Para Buenaventura, el relato de nación se construye desde una perspectiva más economicista y política, que aprovecha para denunciar el conflicto agrario, generado por la tenencia de la tierra, otro elemento que discursivamente estaba en auge tras la década de 1960.

REFLEXIONES FINALES

Acerca de la construcción de memoria en los años sesenta

Durante los años sesenta se estaba ensayando un proceso de construcción de memoria acerca de las décadas anteriores. No se movilizaba una sola memoria, sino varias. Una de ellas, por ejemplo, correspondía al pasado reciente de la Violencia de los años cincuenta como una memoria literal, mítica y fragmentada, que no explicaba los acontecimientos como resultado de acciones de actores concretos en defensa de unos intereses precisos, sino como el efecto de una potencia anónima que sembraba la destrucción a su paso.

Además de la memoria de la Violencia como fuerza anónima e impersonal, en los años sesenta también se estaban movilizand o otras representaciones con las que se intentaba descifrar la división social y la apropiación del estatuto de poder. Entre ellas podemos identificar tres tipos de representaciones políticas. La primera corresponde al imaginario político bipartidista de confrontación excluyente entre liberales y conservadores que se disputaban la hegemonía política desde el siglo XIX; la segunda refiere al imaginario político de unión nacional promovido desde la “dictadura” de Rojas Pinilla con el que se pretendía establecer una relación Pueblo-Fuerzas Armadas en oposición a las oligarquías y partidos políticos tradicionales. Finalmente, se encuentra el imaginario político de la concordia que surgió tras la instauración del Frente Nacional como una propuesta para la superación del enfrentamiento violento entre los partidos y como única alternativa frente a la dictadura⁵⁶.

El Frente Nacional significó una supuesta ruptura entre la barbarie y la civilización. El pacto político se fundó sobre el imaginario de la civilización y la contención del caos. Por ello, la retórica política usada para justificarlo construyó un escenario simbólico en el que la violencia estaba ausente. La época de los enfrentamientos entre liberales y conservadores fue ocultada, no se definieron ganadores ni perdedores, ni víctimas y victimarios. Los juicios y responsabilidades fueron dejados de lado en la medida en que se consideró que toda la población era portadora de la barbarie y “todos” eran culpables. El silencio y el ocultamiento del periodo de la Violencia contribuyeron a la invención de su *desmemoria*.

⁵⁶ Comunicación personal con el profesor Alberto Valencia Gutiérrez.

Si entendemos la memoria como un campo de batalla en el que se enfrentan varias representaciones, hemos de considerar que durante los años sesenta también circulaba una representación relacionada con los años veinte y la masacre de las bananeras, promovida especialmente por sectores afines a la izquierda. El auge rememorativo de las bananeras puede considerarse como otra forma de desmemoria del pasado reciente de la Violencia, en la medida en que lo obvió o lo pasó por alto para conectar el presente de los años sesenta con un pasado muy anterior –ubicado en los años veinte– con la pretensión de establecer algunas continuidades entre ambas épocas.

La obra de García Márquez contribuye a la desmemoria de la Violencia porque trata de reprimirla, pero la construcción narrativa de Macondo se realiza sobre la base de una representación de una violencia anónima, atemporal, mítica, que ha condenado el devenir histórico a un eterno retorno de lo mismo. El mecanismo represor, entonces, revela en sí mismo el recuerdo que se quiere reprimir. La reconstrucción que hace García Márquez de las guerras civiles del siglo XIX, de la masacre de las bananeras y de los demás episodios de la historia de Macondo, está fundada sobre la misma matriz de significados utilizada para hablar de los años cincuenta. El “fantasma” de la Violencia reaparece a lo largo de toda su obra, pues lo que se dice de Macondo es lo mismo que podría decirse de la Violencia.

La obra de Cepeda Samudio guarda similitud con la anterior en la medida en que también dibuja la tragedia de un mundo condenado a la catástrofe en medio de situaciones que se repiten eternamente y que se heredan como una condena, descripción que concuerda con la representación ya mencionada de la Violencia.

Tenemos entonces que desde varios sectores se evadió la referencia directa a los acontecimientos de los años cincuenta. Tanto desde el Frente Nacional, con sus mecanismos de supresión y de encubrimiento, como desde los agentes culturales que elaboraron relatos de otros horizontes temporales y pasaron por alto el de la Violencia. Es decir que en los años sesenta las élites políticas no eran las únicas interesadas en ocultar el pasado de la Violencia, sino que era una tendencia de la que también participaron intelectuales y sectores de izquierda.

Aunque en las obras se evidencia la reproducción de una memoria literal y mítica de la Violencia, no ocurre lo mismo con la rememoración de la masacre de las bananeras.

Incluso puede considerarse que los relatos sobre este acontecimiento tienen la intención de transformarse en memorias ejemplares.

El relato de las bananeras cuenta con varios elementos definidos y homogéneos que han permitido la elaboración de una narrativa íntegra y unificada acerca de lo sucedido, a pesar de que aún se encuentran algunas imprecisiones y vacíos como el número de muertos. Por ejemplo, es posible identificar un punto de inicio y uno de finalización, se tiene una delimitación clara de los actores y sus motivaciones, excepto quizá por el hecho de que la denominación “huelguistas” engloba a una población con varios factores diferenciales que podrían ser tenidos en cuenta (diferencias de grupos etarios, de género, de proveniencia social, etc.); hay unas coordenadas espaciales precisas y una correspondencia con el contexto social, político e ideológico de la época. Por lo tanto, es una memoria que puede dar respuesta a los interrogantes de cuándo, cómo, dónde, quiénes y por qué. Estas especificaciones dentro del relato han garantizado que la memoria de las bananeras tenga límites definidos y que no sea una memoria atemporal como la de la Violencia que se traspone a otras temporalidades y genera una continuidad entre acontecimientos distintos.

La ejemplaridad en el tratamiento dado a los sucesos de las bananeras radica en la intención de darles una utilidad en el presente. La obra de Enrique Buenaventura es la que más pretensiones tiene de trascender hacia la ejemplaridad ya que procura extraer una lección de los errores del pasado: si el PSR no había logrado la victoria en 1928, había sido por una serie de falencias de la organización y del desconocimiento de las bases ideológicas. La identificación de las fallas podía prevenir su repetición y permitiría corregirlas para alcanzar el triunfo de la organización obrera y del Partido Comunista. De haber optado por una memoria literal, probablemente el trabajo del TEC se habría quedado encerrado en el pasado, reiterando los errores y el resentimiento y sin proponer soluciones a futuro.

En síntesis, las reconstrucciones literarias pasan por alto la elaboración de la Violencia, algunas de ellas reproducen, de manera indirecta, una memoria literal y mítica que contribuye al ocultamiento de lo sucedido. Por otro lado, lo que las reconstrucciones literarias logran con los sucesos de las bananeras es muy distinto ya que definen varias de las características propias de un relato íntegro y unificado y buscan introducir el pasado en el presente como un acto reivindicativo.

Finalmente, podemos señalar que el Frente Nacional, aunque mantuvo una continuidad en cuanto a las prácticas políticas y a las estructuras que configuraban el escenario social y político, significó una alteración en el orden de las representaciones y produjo una sensación de ruptura, de estar entrando en una nueva era, por lo que habría que dar forma a una nueva memoria. Debido a eso, se convirtió en el escenario propicio para la creación y la circulación de nuevas memorias acerca del pasado, y sobre todo, para los cuestionamientos acerca del origen del conflicto –o del caos– al que supuestamente se le estaba dando término⁵⁷.

Fueron las condiciones de los años sesenta, especialmente las condiciones a las que se accedió tras la instauración del Frente Nacional, las que condicionaron los procesos de construcción de memoria. Como vimos, incentivaron a que se hiciera *tabula rasa* del pasado de la Violencia o a que se ocultara y encubriera. Bajo las condiciones del Frente Nacional se propició la revisión de la historia y se dio lugar a la reaparición de pasados que se creían olvidados, como el de la masacre de las bananeras.

Algunos analistas concluyen que el nuevo modelo de sociedad que se deseaba implantar en la década de los sesenta no se concretó; sin embargo, como menciona Camacho, fue “un ejemplo de esas revoluciones que no estallan pero que transforman la fisonomía de una nación”. Indudablemente, la experiencia de los sesenta logró transformar la cultura moderna e introdujo cambios sustanciales. Es importante considerar que incluso logró modificar las representaciones y las mentalidades compartidas, otorgando nuevas maneras de pensar el mundo. La literatura es una gran expresión de esos cambios, pues apeló a nuevas formas de interpretación que tuvieron gran acogida en la sociedad y que transformaron la manera de percibir e integrar el arte en la vida cotidiana.

Los años sesenta funcionaron a manera de estructura de oportunidades para la reinención del pasado en Colombia, tanto desde la academia (como con las contribuciones de la Nueva Historia), como bajo otras formas de elaboración, por ejemplo la literatura y el teatro. Fue gracias a las condiciones de la época que se propició la circulación de diferentes representaciones en medio de un intento por

⁵⁷ Esta reflexión nos remite a la actualidad del proceso de paz sostenido en la Habana entre la guerrilla de las FARC y el gobierno, que ha movilizado la ilusión de un posconflicto, motivo por el que la pregunta por el origen del conflicto armado ha cobrado vigencia. Al respecto se pueden considerar los múltiples artículos en publicaciones periódicas que recogen diferentes hipótesis acerca del nacimiento de las guerrillas. Nos referimos a que la pregunta por el origen estaba presente entre las generaciones de los años sesenta y es una pregunta que aún continúa vigente, aunque los acontecimientos a los que alude sean diferentes.

construir memoria. Quizá la intención de las generaciones de los años sesenta era sentar las bases para la fundación de un relato íntegro y unificado de nación que permitiera a los ciudadanos involucrarse y reconocerse en él.

Acerca del trabajo con las obras literarias

Las obras literarias se enfrentaron a los relatos oficiales y hegemónicos al darle reconocimiento a los relatos marginados y subalternos. Además, son obras que desafiaron la tradición artística y renovaron las formas de hacer literatura y teatro en el país, lo que se evidencia en la innovación de estilos y contenidos.

Si pudiéramos clasificar cada una de las obras literarias abordadas en función del tratamiento social y estético que dan al tema de las bananeras podríamos decir que la obra de Buenaventura pretende demostrar una tesis, pero se inclina hacia la denuncia panfletaria con un carácter moralizante y maniqueísta soportado en un discurso ideológico, lo que le hace abandonar la dimensión estética. Por otro lado, la obra de Cepeda es la que más ejemplifica las rupturas con los moldes de la novela y con la tradición formal de la literatura en Colombia gracias a su carácter experimental y transgresor en la linealidad y cronología del relato, la creación de los personajes y el uso de diferentes recursos. Tanto ésta como la obra de García Márquez se separan del esquematismo del análisis social que pareciera prevalecer en la de Buenaventura y lo que logran es una ‘estetización’ de la realidad con la que cambian el discurso histórico oficial, no sólo en su contenido sino también en su forma.

Los escritores de la Costa ofrecen una variedad de puntos de vista, versiones y testimonios que le permiten al lector superar la visión reduccionista de la realidad y lograr una interpretación más amplia, en la que se involucran distintas voces para reconstruir un relato del pasado desde las experiencias más cotidianas, con lo que se reivindica la mundanidad de los sujetos detrás de la historia.

Buenaventura por su parte se da a la tarea de reivindicar las memorias de los líderes socialistas que fueron un actor importante no sólo en la historia de las bananeras sino en la del siglo XX en Colombia. La obra de este autor contribuye a la historia de estigmatización y persecución del PSR que comenzó en los años veinte, y ayuda en la comprensión de lo que fue el Partido Comunista Colombiano algunos años después. Además, el trabajo del TEC acogió la memoria de Gaitán y del primer proceso que se

llevó a cabo para que los hechos no adolecieran de completa impunidad, una tarea relevante en la medida en que reactivó la memoria de un proceso que no había sido elaborado en el arte.

El trabajo del TEC da un uso particular a la memoria de las bananeras al utilizarla como referente para la memoria y la historia del PCC pues alrededor de los sucesos del Magdalena se pueden recuperar personajes, fechas y eventos fundacionales para esta vertiente de la izquierda y para la historia de la clase obrera en el país.

El ejercicio llevado a cabo por los autores creó representaciones acerca de los acontecimientos de las bananeras que entraron a competir en el escenario de luchas y disputas con otras representaciones de lo sucedido. La construcción de memoria de la masacre de las bananeras permite evidenciar la pugna entre las memorias hegemónicas y las memorias subalternas.

La elaboración del pasado tiene una connotación política que crea sujetos visibles y sujetos no visibles de la historia. La literatura tiene la posibilidad de contar un relato desde los sectores subalternos y marginados para mostrar la participación de cualquier tipo de actor en el devenir histórico de la nación.

Las obras obtuvieron reconocimiento y fueron legitimadas por los lectores que establecieron nexos entre ellas y su propia realidad. Las narrativas consignadas en la literatura y el teatro crean discursos, transmiten sentidos y propician la inquietud y la discusión entre los lectores, son una fuente de conocimiento y actualización sobre algunos hechos y también permiten que el pasado esté disponible y se pueda recuperar en cualquier presente.

El papel de la escritura como mecanismo para la elaboración del pasado es innegable. Se puede considerar su importancia dentro de los trabajos de la memoria debido a que es una herramienta para transformar los recuerdos literales en memorias ejemplares. En el caso de la obra de García Márquez, se observa claramente una elaboración de los recuerdos de la infancia del autor, algunos de ellos que pudieron ser experiencias traumáticas que requerían ser “exorcizadas”⁵⁸ por algún medio. En estos casos, la narrativa fijada por la escritura sirve como un catalizador para recuperar el pasado,

⁵⁸ En su libro biográfico, *Vivir para contarla*, García Márquez utiliza este término para referirse a una experiencia traumática de su infancia. Al respecto menciona: “Aquella visión me persiguió durante años [...], hasta que conseguí exorcizarla en un cuento” (García, 2002: 33).

reinventarlo y resignificarlo de manera que sea útil en el presente y en el futuro. No obstante, no se puede afirmar que la elaboración del pasado por medio de la escritura siempre lleve a un duelo exitoso ni a la transformación ejemplar de los recuerdos⁵⁹.

La escritura permite que los relatos sean compartidos y apropiados en el escenario público, lo que contribuye a su reconocimiento como transmisores de memoria. La relación entre la memoria colectiva y los relatos escritos es una relación de ida y vuelta ya que los relatos hacen uso de elementos consignados en la memoria colectiva y, al reelaborarlos, aportan nuevamente a ella e introducen nuevas representaciones. A través de la escritura y de la literatura se retratan las múltiples memorias acerca del pasado, lo que confirma la abundancia de relatos y fragmentos de narraciones que no se han unificado en un único relato integrado de la nación.

Desde las ciencias sociales es posible analizar la manera en que se ha construido socialmente la historia de una época, tal como se lo propone esta monografía al considerar que los relatos pueden abordarse como “hechos objetivos”, aun cuando son construcciones impregnadas de la subjetividad de los actores sociales. Se trata de analizar los procesos por los que una sociedad inaugura una leyenda o un mito de su pasado; no solamente de reconstruir en qué consistieron los hechos, sino qué significados y sentidos tuvieron en la vida de los sujetos.

⁵⁹ Recordemos por ejemplo el caso de Primo Levi, novelista italiano de origen judío que sobrevivió al holocausto en los campos de concentración de Auschwitz. Tras la guerra, Levi se dedicó a la escritura y produjo más de una docena de obras con un fuerte componente autobiográfico. Su último libro, *Los hundidos y los salvados*, escrito en 1986, es una reflexión sobre su experiencia cuarenta años después de que ocurriera, y un último intento por comprender y superar la permanencia del horror de la guerra, inmune al paso del tiempo. Levi se suicidó en 1987, un año después de la publicación de su obra, sin embargo, debemos reconocer que las letras fueron un insumo importante para sobrellevar el peso del pasado.

BIBLIOGRAFÍA

I. REFERENCIAS CONCEPTUALES Y TEÓRICAS

CHARTIER, Roger. (2005). *El mundo como representación*. Barcelona: Editorial Gedisa, S.A.

ERLL, Astrid. (2012). *Memoria colectiva y culturas del recuerdo. Estudio introductorio*. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Lenguajes y Estudios socioculturales, Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales; Ediciones Uniandes.

FARFÁN, Rafael. (2008). Maurice Halbwachs y el deber (actual) de la memoria colectiva. En: *Revista Anthropos. Huellas del conocimiento*, No. 218, (enero – marzo). España.

FREUD, Sigmund. (1986). Lo ominoso. En: *Obras completas*, Vol. 17, De la historia de una neurosis infantil y otras obras 1917-1919. Argentina: Amorrortu Editores.

GILLIS, John. (1996). Memoria e identidad: la historia de una relación. Publicado como Memory and identity: the story of a relationship. En: J. Gillis (editor), *Commemorations. The politics of national identity*. Princeton University Press. Traducción de Natalie Abad de Ruhr. Recuperado de: <http://www.cholonautas.edu.pe/memoria/gillis.pdf> (consultado el 21 de febrero de 2013).

HALBWACHS, Maurice. (2004a). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

_____ (2004b). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos Editorial.

JELIN, Elizabeth. (2012). *Los trabajos de la memoria*. Lima: Instituto de Estudio Peruano (IEP), Serie Estudios sobre memoria y violencia.

JODELET, Denise. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En: S. Moscovici (compilador), *Psicología Social, II*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica S.A.

LARRIÓN, Jósean. (2008). El orden de la desmemoria. La condición social de la memoria fragmentada, las memorias combativas y la ignorancia de nuestro tiempo pasado. En: *Revista Anthropos. Huellas del conocimiento*, No. 218, (enero – marzo). España.

MENDOZA García, Jorge. (2004). Las formas del recuerdo. La memoria narrativa. En: *Athena Digital*, No. 6. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.

MONTESPERELLI, Paolo. (2004). *Sociología de la memoria*. Buenos Aires: Nueva Visión.

PÉCAUT, Daniel. (2013a). Memoria imposible, historia imposible, olvido imposible. En: *La experiencia de la violencia: los desafíos del relato y la memoria*. Medellín: La carreta editores.

_____ (2013b). Configuraciones del espacio, el tiempo y la subjetividad en un contexto de terror: el caso colombiano. En: *La experiencia de la violencia: los desafíos del relato y la memoria*. Medellín: La carreta editores.

RODRÍGUEZ Idárraga, Nicolás. (2008). *Los vehículos de la memoria. Discursos morales durante la primera fase de la violencia (1946-1953)*. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Ediciones Uniandes.

TODORV, Tzvetan. (2008). *Los abusos de la memoria*. España: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.

VÁZQUEZ, Félix. (2001). *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario*. España: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.

II. OBRAS Y ARTÍCULOS ACERCA DE LA HUELGA Y LA MASACRE DE LAS BANANERAS

ACEVEDO, Tatiana. (2012). El tamaño sí importa. En: *El Espectador*, 2012, 30 de abril. Recuperado de: <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/el-tamano-si-importa-articulo-342860> (consultado el 23 de octubre de 2014).

ARCHILA Neira, Mauricio. (2001). Conflictos sociales en los años veinte: la masacre de las bananeras. En: *Memorias de la II cátedra anual de historia «Ernesto Restrepo*

Tirado». *Las guerras civiles desde 1830 y su proyección en el siglo XX*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia.

_____ (2009). Primeras representaciones de la masacre de las bananeras. En: M. Archila & L. J. Torres (editores). *Bananeras: huelga y masacre 80 años*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Grupo de Trabajo Realidad y Ficción.

ARCHILA, Mauricio & TORRES, Leidy Jazmín (editores). (2009). *Bananeras: huelga y masacre 80 años*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Grupo de Trabajo Realidad y Ficción.

BOTERO, Fernando & GUZMÁN, Álvaro. (1977). El enclave agrícola en la zona bananera de Santa Marta. En: *Cuaderno colombianos*. Tomo III, segundo trimestre de 1977. Medellín: La carreta literaria.

CASTRILLÓN, Alberto. (1974). *120 días bajo el terror militar*. Bogotá: Editorial Tupac Amaru.

CORTÉS Vargas, Carlos. (1979). *Los sucesos de las bananeras (Historia de los acontecimientos que se desarrollaron en la zona bananera del Departamento del Magdalena. - 13 de noviembre de 1928 al 15 de marzo de 1929)*. Bogotá: Editorial Desarrollo.

DOCUMENTOS, TESTIMONIOS. (1972). *1928, la masacre en las bananeras, documentos testimonios*. Colombia: Editorial Los Comuneros.

MAHECHA, Raúl Eduardo. (1929). Intervenciones en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, editado por Secretariado Suramericano de la Internacional Comunista. En: *El movimiento obrero revolucionario latinoamericano*. Buenos Aires: La correspondencia latinoamericana.

RAMOS, Jokabeth. (1990). *Determinantes generales de la masacre de las bananeras: 1928*. Universidad del Valle, Facultad de Humanidades, Departamento de Historia. Cali, Colombia.

UNIÓN OBRERA COMUNISTA. (2008). 80 aniversario de la masacre de las bananeras. En: *Semanario Revolución obrera*. Año 11, 6 de diciembre de 2008. Recuperado de: <http://www.revolucionobrera.com/numeros/ro-261.pdf> (consultado el 29 de febrero de 2014).

WHITE, Judith. (1978). *Historia de una ignominia: la United Fruit Company en Colombia*. Colombia: Editorial Presencia Ltda.

III. OBRAS Y ARTÍCULOS ACERCA DE LA HISTORIA SOCIAL, POLÍTICA Y ECONÓMICA DE COLOMBIA

ARCHILA, Mauricio. (1995). Protestas sociales en Colombia, 1946-1958. En: *Regiones, ciudades, empresarios y trabajadores en la historia de Colombia: IX Congreso de Historia de Colombia, Tunja, mayo de 1995*. Colombia: Archivo General de la Nación.

AYALA, César Augusto. (1999). Frente Nacional. Acuerdo bipartidista y alternación en el poder. En: *Revista Credencial Historia*, No. 119, noviembre de 1999. Recuperado de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/noviembre1999/119frente.htm> (consultado el 4 de agosto de 2014).

BERGQUIST, Charles. (1981). *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910. La guerra de los mil días, sus antecedentes y consecuencias*. Medellín: Fondo Rotatorio de Publicaciones FAES.

CAMACHO, Álvaro. (2009). Los años sesenta. Una memoria personal. En: *Revista de estudios sociales*, no. 33. Bogotá: Universidad de los Andes. P.p. 70-78.

_____ (2014). La encrucijada del Frente Nacional: análisis y síntesis. En: *Obra selecta, Volumen II, Coyuntura y estructura social y política*. Bogotá, Cali: Universidad de los Andes, Universidad del Valle.

COLMENARES, Germán. (1998). *Ricardo Rendón: una fuente para la historia de la opinión pública*. Colombia: Fondo Cultural Cafetero, Tercer Mundo Editores, S.A.

DUZÁN, Silvia & KALMANOVITZ, Salomón. (1986). *Historia de Colombia*. Colombia: Editorial El Cid.

FALS Borda, Orlando. (1970). El problema de la autonomía científica y cultural en Colombia. En: A. Rodríguez (compilador). (1975). *Eco, 1960-1975. Ensayistas colombianos*. Colombia: Biblioteca Colombiana de Cultura, Instituto Colombiano de Cultura, COLCULTURA.

_____ (2005). Prólogo para la presente edición. En: O. Fals Borda, E. Umaña Luna & G. Guzmán. (2010). *La violencia en Colombia*, Tomo I. Bogotá: Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

FALS Borda, Orlando; UMAÑA Luna, Eduardo & GUZMÁN Campos, Germán. (2010). *La violencia en Colombia*, Tomo I. Bogotá: Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

GONZÁLEZ, Beatriz. (1990). La caricatura política en Colombia. En 160 años, crítica y humor: otra manera de juzgar los hechos. En: *Credencial historia*, No. 10, enero 10 de 1990. Recuperado de: <http://www.banrepcultural.org/node/32880> (consultado el 27 de mayo de 2014).

GRANADOS, Rafael M. (1972). *Historia de Colombia. La independencia y la República*. Texto adaptado al cuarto año de bachillerato. Duodécima edición. Bogotá: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo.

HELG, Aline. (1986). El desarrollo de la instrucción militar en Colombia en los años veinte: estudio del impacto de una misión militar suiza. Recuperado de: http://www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/17_05ens.pdf (consultado el 4 de enero de 2014).

MELO, Jorge Orlando. (1978). El Frente Nacional. Reformismo y participación política, en: *Estrategia Económica y Financiera*, Julio de 1978. Recuperado de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/histcolom/frente.htm> (consultado el 4 de agosto de 2014).

_____ (1985). Proceso de modernización en Colombia, 1850 – 1930. En: *Universidad Nacional de Colombia*, sede Medellín. Revista de extensión cultural No. 20, diciembre de 1985.

_____ (1991). La República conservadora. En J.O. Melo, et al. (compiladores). *Colombia hoy: perspectivas hacia el siglo XXI*. Bogotá: Siglo XXI Editores de Colombia S.A.

_____ (2000). Medio siglo de historia colombiana: notas para un relato inicial. En: F. Leal Buitrago & G. Rey (editores). *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*. Bogotá: Tercer mundo editores.

MESCHKAT, Klaus. (2009). Introducción. Del Socialismo Revolucionario al Estalinismo en Colombia, 1927-1933. En K. Meschkat, et al (compiladores). *Liquidando el pasado. La izquierda colombiana en los archivos de la Unión Soviética*. Bogotá: Distribuidora y Editora Aguilar, altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

OQUIST, Paul. (1978). *Violencia Conflicto y Política en Colombia*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.

OROZCO, Ivan. (2003). *La postguerra colombiana: divagaciones sobre la venganza, la justicia y la reconciliación*. Working paper #306. Kellogg Institute. Recuperado de: <https://kellogg.nd.edu/publications/workingpapers/WPS/306.pdf> (consultado el 25 de octubre de 2014).

PÉCAUT, Daniel. (2006). *Crónica de cuatro décadas de política colombiana*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

_____ (2012). *Orden y Violencia. Colombia 1930-1953*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.

POSADA Carbó, Eduardo. (1998). La novela como historia, Cien años de soledad y las bananeras. En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. 35, No. 48, 1998.

ROJAS, Humberto. (sin año de publicación). La ideología del Frente Nacional. En: A. Camacho & H. Rojas (compiladores). *El Frente Nacional, Ideología y Realidad*. Bogotá: Editorial Punta de lanza.

ROJAS, José María. (2009). El liderazgo socialista de los años veinte: una aproximación. En: K. Meschkat, et al. (compiladores). *Liquidando el pasado. La izquierda colombiana en los archivos de la Unión Soviética*. Bogotá: Distribuidora y Editora Aguilar, altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

TIRADO Mejía, Álvaro. (2003). Derechos de Colombia, Panamá y Estados Unidos en el canal de Panamá. Los tratados Torrijos-Carter y el tratado de Montería. En *Credencial Historia*. No. 165. Septiembre de 2003. Recuperado de: <http://www.banrepcultural.org/node/86423> (consultado el 20 de enero de 2014).

_____ (2011). Los años sesenta. En: Y. González (compiladora). *Colombia, la alegría de pensar*. Bogotá: Universidad autónoma de Colombia.

_____ (2014). *Los años sesenta, una revolución en la cultura*. Bogotá: Colección Debate, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.

URIBE Celis, Carlos. (1991). *Los años veinte en Colombia. Ideología y cultura*. Bogotá: Ediciones Alborada.

URIBE, María Tila. (2007). *Los años escondidos. Sueños y rebeldías en la década del veinte*. Bogotá: Ediciones Antropos.

VALENCIA, Alberto. (2002). La novela familiar de “La Violencia” en Colombia. En: A. Papacchini; D. Henao & V.M. Estrada (Editores), *Violencia, guerra y paz. Una mirada desde las ciencias humanas*. Cali: Universidad del Valle.

IV. OBRAS LITERARIAS Y TEATRALES

BORGES, Jorge Luis. (1956). Funes el memorioso. En: *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé editores.

BUENAVENTURA, Enrique. (2010a). *La Denuncia*. Cali: Centro de investigación Teatral Enrique Buenaventura CITEB. Fundación Festival Teatro de Cali.

CEPEDA Samudio, Álvaro. (2012). *La casa grande*. Bogotá: El Áncora Editores.

GARCÍA Márquez, Gabriel. (2002). *Vivir para contarla*. Bogotá: Editorial Norma, S.A.

_____ (2007). *Cien años de Soledad*. Edición conmemorativa. Colombia: Asociación de Academias de la lengua española, Real Academia Española, Grupo Editorial Norma, S.A.

REYES, Carlos José. (1966). *Soldados*. Bogotá: Ediciones Casa de la Cultura.

V. OBRAS Y ARTÍCULOS ACERCA DE LA LITERATURA Y EL TEATRO

ALDANA, Janeth. (2008). Consolidación del campo teatral colombiano. Del movimiento Nuevo Teatro al teatro contemporáneo. En: *Revista Colombiana de Sociología*. No. 30 de 2008. Bogotá.

APULEYO, Plinio. (1982). *El olor de la guayaba: conversaciones con Gabriel García Márquez*. Bogotá: Oveja Negra.

BACCA, Ramón Illán. (2000). Proemio. En: R.I. Bacca. (compilador). *Veinticinco cuentos barranquilleros*. Barranquilla: Ediciones Uninorte.

BANCELIN, Claudine. (2012). *Vivir sin fórmulas, la vida intensa de Álvaro Cepeda Samudio*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana, S.A.

BARRENECHEA, Ana María. (1996). La literatura fantástica: Función de los códigos socioculturales en la constitución de un tipo de discurso. En: S. Sosnowski (editor), *Lectura crítica de la literatura americana, Tomo I, Inventarios, invenciones y revisiones*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

BENAVIDES, Ana Cristina. (2014). *La soledad de Macondo o la salvación por la memoria*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

BENSON, John. (1989). Vuelos reales y mágicos en la obra de García Márquez, en: A. Pinera, R.L. Williams (compiladores), *De ficciones y realidades: perspectivas sobre literatura e historia colombianas*. Colombia, Tercer Mundo Editores, Universidad de Cartagena.

BERMÚDEZ, Héctor Fabio. (2012). *Nicolás Buenaventura Alder: semblanza (1918-2008)*. Universidad del Valle, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas. Cali, Colombia.

BILLON, Ives; MARTÍNEZ-CAVARD, Mauricio (directores). (1999). *Gabriel García Márquez, la escritura embrujada*. [Largometraje]. Colombia, Francia: Les Films de Village, France 3, ABC Cine Nuevos Proyectos, Ministerio de Cultura de Colombia (productores).

BOBES Naves, María del Carmen. (2014). Prefacio. En: A.C. Benavides, *La soledad de Macondo o la salvación por la memoria*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

BOST, David H. (1991). Una vista panorámica de las respuestas literarias a la huelga de las bananeras de 1928. En: *Revista de estudios colombianos*, No. 10. Colombia: Asociación de colombianistas norteamericanos. Tercer mundo ediciones.

BUENAVENTURA, Enrique. (2010b). El teatro y la historia. En: *La Denuncia*. Cali: Centro de investigación Teatral Enrique Buenaventura CITEB. Fundación Festival Teatro de Cali.

_____ (2010c). Cómo trabajamos en La denuncia, Teatro Experimental de Cali. En: *La Denuncia*. Cali: Centro de investigación Teatral Enrique Buenaventura CITEB. Fundación Festival Teatro de Cali.

DONOSO, José. (1997). Historia personal del boom. En: S. Sosnowski (editor), *Lectura crítica de la literatura americana, Tomo IV, Actualidades fundacionales*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

FIGUEROA, Cristo. (1998). Cien años de soledad: reescritura bíblica y posibilidades del texto sagrado. En: “*Cien años de soledad*”, *Treinta años después. Memorias de XX Congreso Nacional de literatura, lingüística y semiótica. Octubre 29, 30, 31 de 1997*. Bogotá: Universidad nacional de Colombia, Instituto Caro y Cuervo.

FIGUEROA, Mario Bernardo. (2009). Recuerdo y escritura. A propósito de la masacre de las bananeras en García Márquez. En: M. Archila & L. J. Torres (editores). *Bananeras: huelga y masacre 80 años*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Grupo de Trabajo Realidad y Ficción.

GARCÍA Márquez, Gabriel. (1967). Prólogo, en: A. Cepeda Samudio. (2012). *La casa grande*. Bogotá: El Áncora Editores.

GILARD, Jacques. (1985). La novela de Cepeda Samudio, en: A. Cepeda Samudio. (2012). *La casa grande*. Bogotá: El Áncora Editores.

_____ (1997). El grupo de Barranquilla y la renovación del cuento colombiano. En: S. Sosnowski (editor), *Lectura crítica de la literatura americana, Tomo IV, Actualidades fundacionales*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

HALPERÍN Donghi, Tulio. (1997). Nueva narrativa y ciencias sociales hispanoamericanas en la década del sesenta. En: S. Sosnowski (editor), *Lectura crítica de la literatura americana, Tomo IV, Actualidades fundacionales*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

LEVI, Primo. (2014). *Los hundidos y los salvados*. España: Ediciones Península.

MARTIN, Gerald. (2009). *Gabriel García Márquez: una vida*. Barcelona: Random House Mondadori, S.A.

MONLEÓN, José. (2010). Prólogo, las lecciones de Enrique (1974-2010). En: E. Buenaventura (autor). *La Denuncia*. Cali: Centro de investigación Teatral Enrique Buenaventura CITEB. Fundación Festival Teatro de Cali.

PERNETT, Nicolás. (2009). La masacre de las bananeras en la literatura colombiana. En: M. Archila & L. J. Torres (editores). *Bananeras: huelga y masacre 80 años*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Grupo de Trabajo Realidad y Ficción.

_____ (2014). García Márquez y la historia de Colombia, en: Revista *El Malpensante*, edición no. 152, mayo de 2014.

PIEDRAHITA, Guillermo. (1994). *La producción teatral en el movimiento del Nuevo Teatro colombiano, investigación*. Cali: Universidad del Valle, Departamento de Letras, Facultad de Humanidades.

REIG Calpe, Montserrat. (2012). La creación del espacio trágico en la obra de Gabriel García Márquez: una lectura sofoclea. En: *Synthesis*, volumen 19. Recuperado de: http://biblioteca.universia.net/html_bura/ficha/params/title/creacion-espacio-tragico-obra-gabriel-garcia-marquez-lectura-sofoclea/id/55774098.html (Consultado el 28 de agosto de 2014).

RESTREPO, Ana María. (2009). *Literatura y memoria. Sobre la narrativa de las guerras civiles en Colombia a finales del siglo XIX*. Bogotá: Fundación Gilberto Alzate Avendaño.

SALINAS, Alexander. (2007). Novela negra y memoria en Latinoamérica. En: Revista *Poligramas*, No. 27, (enero – junio). Colombia: Universidad del Valle, División de Humanidades.

SALDÍVAR, Dasso. (2014a). *García Márquez, el viaje a la semilla*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana, S.A

_____ (2014b). La casa natal. En: Publicaciones Semana, *Gabo 1927-2014*. Edición de colección. Bogotá: Publicaciones Semana, S.A.

SIMS, Robert L. (1998). La casa grande de Álvaro Cepeda Samudio: novela, historia y multiplicidad de voces. En: *Huellas*, Revista de la Universidad del Norte, No. 51, 52, 53, diciembre de 1997, abril-agosto de 1998. Recuperado de: <http://ciruelo.uninorte.edu.co/pdf/BDC235.pdf> (consultado el 27 de octubre de 2014).

VARGAS Llosa, Mario. (2007). *Cien años de soledad*. Realidad total, novela total, en: G. García. (2007). *Cien años de soledad*. Edición conmemorativa, Real Academia Española, Asociación de academias de la lengua española. Santillana Ediciones generales, S.L.

VELASCO, María Mercedes. (1989). La proyección teatral de la masacre de las bananeras, en: *Latin American Theatre Review*, Volumen 23, Número 1. Recuperado de: <http://kuscholarworks.ku.edu/handle/1808/2897> (consultado el 10 de octubre de 2014).

VERGARA Aguirre, Andrés. (2001). Coordinadas para un plano de *La casa grande* de Álvaro Cepeda Samudio, en: *Estudios de literatura colombiana*, no. 8, enero-junio de 2001.

VI. ENLACES

Revista Arcadia. (2014, 21 de agosto). Saldívar destaca “coherencia” de García Márquez entre realidad y la ficción. Recuperado de: <http://www.revistaarcadia.com/agenda/articulo/saldivar-destaca-coherencia-de-garcia-marquez-entre-realidad-la-ficcion/38581> (consultado el 18 de septiembre de 2014).

Semanario Voz. (2014, 15 de enero). Enrique Buenaventura, forjador del nuevo teatro. Recuperado de: <http://www.semanariovoz.com/2014/01/15/enrique-buenaventura-forjador-del-nuevo-teatro/> (consultado el 25 de noviembre de 2014).

VII. CARICATURAS E IMÁGENES

FIGURA 1:

BANCO DE LA REPÚBLICA; Biblioteca Luis Ángel Arango; Gómez, Pepe. (1987). *Pepe Gómez: la caricatura en la historia*. Colombia: Banco de la República. Recuperado de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/pgom/pgom4aq.htm> (consultado el 10 de marzo de 2014).

FIGURA 2:

BANCO DE LA REPÚBLICA; Biblioteca Luis Ángel Arango; Gómez, Pepe. (1987). *Pepe Gómez: la caricatura en la historia*. Colombia: Banco de la República. Recuperado de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/pgom/pgom4aq.htm> (consultado el 10 de marzo de 2014).

FIGURA 3:

COLMENARES, Germán. (1998). *Ricardo Rendón: una fuente para la historia de la opinión pública*. Colombia: Fondo Cultural Cafetero, Tercer Mundo Editores, S.A. p.p. 148.

FIGURA 4:

COLMENARES, Germán. (1998). *Ricardo Rendón: una fuente para la historia de la opinión pública*. Colombia: Fondo Cultural Cafetero, Tercer Mundo Editores, S.A. p.p. 236.

IMAGEN 01:

Documento facilitado por Carlos Alberto Mejía, de su archivo personal.

IMAGEN 02:

El Espectador, 2012, 30 de abril. Recuperado de:
<http://www.elespectador.com/noticias/judicial/el-tamano-si-importa-articulo-342860>
(consultado el 23 de octubre de 2014).

IMAGEN 03:

Cepeda Samudio, Álvaro. (2012). *La casa grande*. Bogotá: El Áncora Editores. p.p. 113-114.